

LA DUQUESA Ó LA SOBERBIA,

DRAMA EN OCHO CUADROS,

original de Manuel García Muñoz,

Representado por primera vez con éxito brillante en el Teatro principal el dia 5 de Junio de 1849.

Al distinguido actor D. Joaquin García Parreño,

en prueba de franca amistad,

El Autor.

Personajes.	Actores.	Personajes.	Actores.
HERMINIA. . . .	Sra. Duclos.	OLIVERIO. . . .	Sr. Prats.
ERNESTINA. . . .	« Rizo.	BERNARD. . . .	« González.
Duquesa de SENETERRE.	« Cruz (D.ª Maria).	Baron de ROCHEGUE.	« Valero.
BARONESA. . . .	« Perez.	MACREUSSE.. . .	« Casanóvas.
ELENA..	« Cruz (D.ª Jacinta).	Baron de RAVIL. .	« Verges.
BARBANZON. . .	« Martinez.	MORNAND. . . .	« Comerma.
LENAI.	« Raurell.	UN CRIADO.. . . .	« Guillen.
MAILLEFORT. . .	Sr. Guerra.	OTRO..	« N. N.
GERALDO. . . .	« Parreño.	SEÑORAS Y CABALLEROS.	

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de la casa del comandante Bernard.

ESCENA PRIMERA.

BERNARD Y MAD. BARBANZON.

BERN. Repita usté esa cancion,
que... ó soy muy torpe, señora,
ó no le he encontrado ahora
recta significacion.

BAR. Pues mil veces la he cantado
sin oir crítica alguna.

BERN. Es que ahora una por una
sus palabras he juntado
y carecen de sentido.

BAR. Pues viene muy mal la pulla;
y no busque usté una bulla
por mi canto.

BER. Permitido
séame, señora mia,
observar que usté en la ausencia
de su bien sufre dolencia
y come cuanto le envia
la Providencia.

BAR. Es muy justo:
pero qué sabe un marino
del dolor de un amor fino,
ni de ausencia ni disgusto?

BER. ¿Y á qué viene...

BAR. Escuche usté.

BER. Escucho, y con atencion
mi buen ama Barbanzon.

BAR. Habla una mujer...

BER. Lo sé.

BAR. Que ausente de quien adora
dice que come de todo
para encontrar así el modo
de calmar el mal que llora;
y comerá hasta veneno...

BER. Está bien; ya lo he entendido:
por los cabellos traido...

BAR. Qué dice usted? él tan bueno
tratado de esa manera!...
BER. Por Dios!.. no quise decir...
BAR. Es que no debo sufrir
que cual si fuese un cualquiera
se ultraje al pobre Santiago.
BER. (Siempre ese recuerdo!) Bien,
nada digo: mas tambien
concédame usted en pago
que las canciones mejores
son las canciones á bordo
que el bramido del mar sordo
lleva en ecos silvadores.
Aquella cancion... — Marinos...
BAR. Por Dios!.. que hay aquí señoras.
BER. Señoras!... aquí... á estas horas!.
BAR. Deje usté esos desatinos
y téngame mas respeto.
BER. Es verdad!... siempre me olvido...
BAR. Su canto no es para oido;
no sea usted indiscreto.
BER. Qué quiere usted? en el mar,
abandonado á las olas,
el pobre marino á solas
bien puede alegre cantar;
porque aquello es sonreir
en medio de la tormenta,
y allí la vida se cuenta
próxima siempre á morir.
Ah! qué dias!... qué placeres
buen ama en mi juventud!...
BAR. Sí, y para mayor quietud,
el horror de las mujeres,
el tigre de Bonaparte
los mandaba. (*Se rie el comandante.*)
BER. Bravo!.. bravo!...
siga ustéd.
BAR. Se rie!.. alabo!..,
el corazon se me parte...
Horror debia inspirarle
su proceder y no risa.
BER. Qué hizo, pues?
BAR. Seré concisa
sus crímenes en contarle.
Por Santiago... (un buen soldado,)
lo supe: en Fontenebló (1)
al santo Papa enganchó
á su coche, y el malvado
dentro de este fué á anunciar
su divorcio á Josefina.
Así labró su ruina!
BER. De véras!.. hizo enganchar...
BAR. Al papa. La Emperatriz
tan cristiana... sufriria!!...
Ni de noche ni de dia
se me olvida la infeliz!...
(*Llaman á la puerta.*)
BER. Deje usted ya su dolor,
y abra que será Oliverio.
BAR. Voy allá.

ESCENA II.

EL COMANDANTE.

BER. Cuánto dicterio
lanza al buen Emperador!...
pero en fin... pobre mujer!...
es su afecto verdadero
hácia mí, y así no quiero
quitarle un solo placer.

ESCENA III.

DICHO, MAD. BARBANZON Y OLIVERIO *que se quedan al foro. El comandante está en un sillon fumando en su pipa.*

OLIV. No hay mas, buena Barbanzon;
yo la quiero seducir. (*La abraza.*)
BAR. Quite usted.
OLIV. La ha de decir...
Ah! grandes misterios son!..
BAR. ¿Pero no podré saber...
OLIV. Despues: dónde está mi tio?
BAR. Allí.
OLIV. Bien.
BAR. ¿Con que confio...
OLIV. Sí, despues; hasta mas ver.
BAR. Qué será?.. grandes misterios!..
verémos con lo que sale.

ESCENA IV.

EL COMANDANTE, BERNARD Y OLIVERIO.

OLIV. Mucho aquí mi voto vale;
pero hoy son asuntos serios...
BER. Y bien sobrino, que tal?
OLIV. Hasta despues de comer
nada me queda que hacer.
Mi negocio va tal cual.
La cuenta un poco embrollada
está aun, mas mi desvelo...
BER. Ya me fatiga ese celo
que demuestras.

(1) Los nombres franceses están escritos del modo que se pronuncian para mayor inteligencia de los poco versados en el idioma frances.

OLIV. Nada, nada;
es mi placer trabajar: —
basta; nada quiero oir.
Ah! tengo á usted que acudir...
hoy tenemos que luchar...
BAR. Cómo!.. con quien?
OLIV. Con el ama.
BER. Esplícate.
OLIV. He convidado...
á comer...
BER. Ay desgraciado!...
OLIV. Hoy mismo á un amigo.
BER. Llama
en nuestro socorro al cielo.
OLIV. Y es un Duque.
BER. Cómo!.. un Duque!
Mejor me hallara en mi buque
sin esperanza y consuelo.
Díselo tú.
OLIV. Tiene miedo
la marina?
BER. Al ama sí;
entre borrascas crecí
y resistirla no puedo.
OLIV. Eh! yo seré mas audaz;
aquí se acerca; valor.

ESCENA V.

DICHOS, *y poco despues* MAD. BARBANZON.

OLIV. Es preciso, si señor...
BER. Que viene, déjame en paz.
OLIV. Es el duque de Santer
mi convidado.
BER. Bien; á ella!...
OLIV. Mi tio...
(*A la señora Barbanzon que sale en este momento.*)
BER. Tus labios sella.
Tú solo te has de esponer.
OLIV. Vamos, tio!...
BER. Yo no quiero...
BAR. Pero qué es?
OLIV. A un camarada
he convidado...
BAR. Me agrada!
OLIV. Tres cubiertos, eso espero.
BAR. Pero señor!... está loco...
convidar sin prepararme...
eso es querer disgustarme.
OLIV. Él se contenta con poco.
BER. (Peor creí que saldrias.)
(*Aparte á Oliverio.*)
BAR. Tan solo una mala sopa
y un estofado!
OLIV. La tropa
no está hecha á gollerias:
y en fin, por usted guisado
cuyas manos son de oro,
sin malgastar un tesoro
en su sabroso estofado,
contentará el paladar;
como un rey será servido,
ya ve usted que no he querido
al Emperador nombrar.
BAR. Si hubiese estado avisada...
No podria usté escojer
otro dia?
OLIV. Hoy ha de ser:
lo pensó mi camarada,
no fuí yo.
BAR. Dígale usté:
«ven mañana... ú otro dia...»,
y yo me prepararia.
OLIV. Pues si ya le convidé!
Ea, buen ama, no hay mas!..
BAR. Una comida tan pobre!...
OLIV. Con poco que de ella sobre
estamos bien. Ademas,
él ha quedado en venir.
BAR. Bien, bien!.. lo que yo quisiera...
OLIV. Como si algun Duque fuera
recibirle?
BAR. Sin decir
agua va...
OLIV. Es un compañero
en las campañas curtido.
BAR. Señor, si hubiese venido
en un dia de puchero!...
Pero... en fin, vamos allá!
OLIV. Todo corre por mi cuenta;
él con poco se contenta.
BAR. Se hará lo que se podrá.

ESCENA VI.

BERNARD Y OLIVERIO.

OLIV. Victoria, tio, victoria!...
BER. Bien puedes cantarla á fe;
cómo has vencido no se.
Pero ahora que hago memoria,
es un Duque el que esperamos!
Sabes que es un compromiso
sin darnos un mal aviso

convidarle? Nos hallamos
por fuerza desprevenidos.

OLIV. Es muy franco y es muy bueno.

BER. Pero... estoy de asombro lleno!..
Camaradas tan unidos
un Duque y tú!

OLIV. Está bien claro.
Así que cuente la historia
que al buen Geraldo da gloria
no lo hallará usted tan raro.

BER. Esplícate.

OLIV. Es muy sencillo.
Él, criado en el colegio
que yo, de linaje egregio,
con todo el fausto y el brillo
de una espléndida fortuna,
no desdeñó mi amistad,
desdiciendo así en verdad
de los que son de su cuna.

BER. Es verdad.

OLIV. Pasé á otra tierra
con las armas en la mano
á instancias del veterano, (*Por su tio.*)
é hice en Africa la guerra.

BER. Pobre Oliverio! es muy cierto:
y prueba bien tu valor
la herida que te hace honor:
ántes que cobarde, muerto.

OLIV. Se hizo allá lo que se pudo.
Sigo pues: estando allí
llegar á Geraldo ví,
que me asombró.

BER. No lo dudo.

OLIV. Le vi llegar de soldado.

BER. Un capricho?

OLIV. Nada de eso:
en él tan raro suceso
fué suceso meditado.

BER. Pero... cómo!.. no comprendo!..
siendo noble y poderoso...

OLIV. Porque es múy pundonoroso.
Usted estraña sabiendo
que el de Santer es un nombre
tan antiguo y respetado
que de él tuviese el Estado
para su sosten un hombre?
Geraldo tiene talento,
es honrado...

BER. Es tu retrato.

OLIV. Tio!...

BER. Sigue tu relato
que me das contentamiento.

OLIV. Salió del colegio, en donde
(cual dije) nos conocimos,
y á la edad en que salimos
tampoco á usted se le esconde.
Entónces en el sorteo
cúpole el caer soldado,
y su padre de contado,
á impulsos de su deseo,
creyendo que se infamaba
su hijo con nuestra carrera,
notable prisa se diera
por librarle. Se afanaba
por ponerle un sustituto;
pero Geraldo le dijo:
« Si apreciais á vuestro hijo,
y del nombre que disfruto
os complace que haga alarde,
dejadme ir, yo no quiero
obtener por mi dinero
un diploma de cobarde. »

BER. Oh voto á brios, sobrino;
me gusta ese Duque...

OLIV. Eh?
qué tal le parece á usté?

BER. Que fué solo obrar con tino:
habrá ascendido?...

OLIV. No, tio;
llegó como yo á sargento:
y á impulsos de su ardimiento
y llevado de su brio
en una accion muy reñida
fué herido: á mi me debió,
como á él otras veces yo,
en aquel dia la vida.
Le dejó tan mal parado
su herida, que fué forzoso
volviera á este suelo hermoso
mi amigo mas apreciado.
Hoy iba por el baluarte
de Monzó, y oigo mi nombre;
ví al punto bajar un hombre
de un cabriolé que parte
sin su dueño, este en sus brazos
me recibe, y era él,
que siempre á su amistad fiel
quiere renovar sus lazos.
Me propone comer juntos;
me pregunta donde vivo;
se lo digo, y escesivo
es su placer; sus asuntos
deja solo por venir:
(ya veis si es delicadeza
en él de la alta nobleza
á nuestra mesa asistir.

Me dijo le presentara
á usted, de quien ya le he hablado,
y contento, alborozado,
de mi allí se separara.

BER. Me place; así le veré;
comprendo su corazon;
tendré una satisfaccion
en hablarle, por mi fe.
(*Llaman á la puerta.*)

OLIV. Han llamado; él es sin duda.
Voy á abrir.

ESCENA VII.

DICHOS Y LA SEÑORA BARBANZON.

BAR. El convidado.

BER. Gracias á Dios que ha llegado.
Mira el ama como suda. (*A Oliverio.*)
Que pase adelante.

ESCENA VIII.

DICHOS Y GERALDO.

GERAL. Amigo!

OLIV. Bien venido!... Le presento
(*A Bernard.*)
á usted tio al que ha un momento
elogiaba, y que conmigo
hizo la guerra.

BER. Un honor
recibo con la visita

GERAL. Ese nadie me le quita
comandante; yo el favor
recibo solo: — concluyo.
Le habrá usted dicho Oliverio
que entre él y yo no hay misterio,
todo es mio y todo suyo.
Usté, anciano militar,
su tio, que le ama tanto,
de un sobrino el amor santo
por puro debe aceptar.
Yo lo soy de usted tambien
siendo de Oliverio hermano.

BER. Es verdad; venga esa mano.
Le describiste muy bien.

BAR. Pero... en fin, donde comemos?

GERAL. Buena Barbanzon, aquí.

BAR. Como!... me conoce!...

GERAL. Sí.
Solo por usted perdemos
las amistades á veces.
Él es un Bonapartista,
y conmigo se malquista.

BAR. Ah! ya!...

BER. Halaga sus chocheces.
(*A Oliverio.*)

GERAL. Usted es de mi partido,
él me lo ha dicho: verémos:
ya somos dos; vencerémos.
Y usted no lo dé al olvido
comandante, iré la carga
contra el tirano.

BAR. Lo apruebo.

GERAL. Que yo tolerar no debo
á los de cáscara amarga.

BER. Y la sopa, Barbanzon? —
En que piensa usted, señora?

BAR. Soy su amiga desde ahora,
y amiga de corazon.

BER. Pero qué hacemos? la mesa...
la mesa... Oliverio... vamos:
por Dios, en nada pensamos:
lo que ahora mas interesa...

GERAL. Es comer.
(*Entre Oliverio y Geraldo ponen la mesa.*)

BER. Será un banquete...
de soldados.

GERAL. Eso quiero:
se hace un plato prisionero
y otro plato se acomete.

BAR. Es mozo en todo cabal. (*Yéndose*).

ESCENA XI.

DICHOS *ménos* BARBANZON.

GERAL. Mil veces en las montañas,
terreno de las campañas,
no comí ni bien ni mal.

BER. Y yo en el mar indomable
crujiendo el barco azotado
hambre y terror he pasado;
pero siempre infatigable.

OLIV. Tanto en el mar como en tierra,
aunque llena de inquietud,
la vida de mas virtud
es la del soldado en guerra.

GERAL. Escepto las queridillas...

OLIV. Eso es preciso; es el alma
de nuestra vida; la palma
por ellas, cien maravillas
conseguimos.

BER. Calla, calla!...

OLIV. Tio, es decir la verdad,

Volvemos á la ciudad
tras la sangrienta batalla;
si algun laurel alcanzamos,
á los piés de nuestra bella
le ponemos; solo ella
comprende lo que gozamos.
Ese es el triunfo mayor...

BER. Calla loco, que al marino
recuerdas... qué desatino!...
dejemos eso.

GERAL. Mejor
será tratar de otro asunto.
Ven hoy á un baile conmigo.

OLIV. Quien, yo?

GERAL. Mi mejor amigo!

BER. Oliverio?

OLIV. Yo barrunto
que estás loco. Este uniforme
qué efecto produciria
en tu baile? brillaria
como debe?

GERAL. Estoy conforme
con tu idea; me olvidaba
de la farsa que respeta
los vicios de la etiqueta
de la corrupcion esclava.
Vales mas que todos ellos.

BER. Ni sus frases escojidas
son, ni sus ropas lucidas,

GERAL. Sus sentimientos son bellos.
En ellos todo es mentira,
y aquí creed, buen anciano,
que es el terreno muy llano
y un noble pecho respira.

OLIV. Quiero creer lo que dices;
y así, los que no finjimos,
á otros bailes asistimos:
son bailes mas infelices...

GERAL. Y no podré yo acudir?...

BER. Habrá la dificultad
de vuestra clase.

OLIV. Es verdad.

GERAL. Es muy fácil el finjir
que soy artesano.

OLIV. Sí.

GERAL. Ojalá que tu pudieras
con medidas tan lijeras
frecuentar... Con que iré? dí.

OLIV. Es en el piso tercero
de esta casa.

GERAL. Cerca es;
¿y ofrece algun interes...

OLIV. Te debo advertir primero
que la señora de Hervó,
la dueña, es muy respetable;
y en su casa es admirable
la circunspeccion.

GERAL. Si?

OLIV. Oh!
Allí se juega, se canta,
se baila, se cuchichea;
pero hasta el punto que sea
admisible: lo que encanta
mas en dicha reunion
es que los viejos y viejas
que cuentan rancias consejas,
(*Se sonrie el comandante.*)
perdon tio, en un salon
diferente que nosotros
se entretienen, y no hay lujo...

BER. Maldito el que le introdujo
miéntras de hambre mueren otros.

OLIV. Y el baile acaba temprano,
y á la salida no hay coches,
y así pasamos las noches
del invierno y del verano;
pero en los dias de fiesta
solamente.

GERAL. Me complace
la descripcion que nos hace
de su reunion modesta.
Pues en la mia hallarias
mas falsedad, mucha farsa,
mucho insolente comparsa,
muchas almas secas, frias,
gastadas, mucha indolencia;
un aura... así... corrompida;
la esperiencia de la vida,
pero fatal esperiencia.
A propósito, yo creo
que conoces á algun ente
cuya fortuna reciente
se encuentra en el apojeo.
Macrus...

OLIV. Como!... ese canalla,
tan malo... de un alma impía,
que en el colegio era espía,
cabida en tal sitio halla?...
El cura con quien vivia...

GERAL. Del cura Ledú, ellos son
carne y uña, y del Baron
de Rochej se serviria..
el Baron tiene una hermana
que se precia de muy buena,
astuta en estremo; Elena
se llama: de buena gana

le habrá protejido; tanto,
que mi madre que no es tonta
ha estado á creerle pronta,
y le tiene por un santo.

OLIV. Y Mornand? aquel tan grueso?...

GERAL. Aquel es un personaje.

OLIV. Como!... estraño tu lenguaje.

GERAL. Personaje de gran peso.

OLIV. Ya!... por su enorme barriga.

GERAL. Tiene en la cámara alta
su asiento, y solo le falta
ser ministro.

OLIV. Pues que diga (*A su tio.*)
quien era.

GERAL. Tan solo un necio,
presumido y ambicioso,
intrigante y envidioso,
que dá lástima y desprecio.

BER. Y ocupa tan alto asiento?
Así se gobierna!...

GERAL. Justo:
eso dá pena y disgusto.
Un hombre de gran talento,
que tiene en la sociedad
un lugar muy distinguido,
en todas partes temido
por el fondo de verdad
que encierra siempre su acento,
en el punto en que los vió,
sin duda les comprendió
su escondido pensamiento.

BER. Y quien es quien así inspira
á los malos tal temor?

GERAL. Un hombre cuyo vigor
en él parece mentira;
un jorobado.

OLIV. Qué dices?...

GERAL. De la casa de Hot-Martel
segundon.

OLIV. ¿Y cómo él
se atreve...

GERAL. A esos infelices
se los lleva por delante.
Y... ay! quien de su lengua es blanco!
porque Mallfort es muy franco
y es su sátira punzante.
A los buenos los aprecia,
tiene un corazon sensible,
con los malos es terrible;
los aturde, los desprecia.

OLIV. Pero siempre estará espuesto...

GERAL. Tiene un puño incomparable,
y una destreza admirable
en las armas; y dispuesto
se halla siempre á sostener
lo que ha dicho ó lo que ha hecho.

BER. Es un hombre de provecho.

GERAL. Si lo es?... lo va usté á ver.
El digno Marques defiende
la causa del desgraciado,
y un vituperio infundado
contra cualquiera le ofende.

BER. Así debe ser.

OLIV. Prosigue.

GERAL. Un tal Ravil, un truan
que por tan infame y tan...
odio general consigue,
con nuestro Mornand divino,
y algunos admiradores,
ó mas bien aduladores,
que cual ántes se convino
asistieron á mi casa
á un baile que dió mi madre,
donde aunque á mi no me cuadre
pasa siempre lo que pasa,

(*La señora Barbanzon entra y sale conforme lo exije el servicio de la mesa.*)

hubieron de mancillar
de la manera mas vil,
de la noble Bomesnil,
de una conducta ejemplar,
la sana reputacion.

BER. OLIV. BAR. Qué infamia!...

GERAL. Dicha señora
se halla moribunda ahora.
Su hija, por disposicion
del doctor, á Italia fué
á variar de aire.

BAR. Es muy cierto,
y en donde su padre ha muerto.
Sabe usted por quien lo se?
(*A Olivcrio.*)
por la *Duquesa*, que va
á curar con su piano
de su dolor inhumano
á esa millonaria.

OLIV. Ah!..

BER. Siga usted. (*A Geraldo.*)

GERAL. Como decia,
mucho allí se la ultrajó,
y el que mas se ensangrentó
fué Mornand.

OLIV. Lo juraria.

GERAL. Al punto se oyó un mentís:
hubo silencio; el salon

dejó libre la reunion,
pues creo que concebís
el desórden natural
que produjo aquella voz.
Luego con gesto feroz
hácia el obeso mortal
se acercó Mallfort.

OLIV. Que ës
el jorobado?

GERAL. El que has dicho.
Y tuvo el raro capricho
el sarcástico Marqués
de pedirle *un rigodon.*

BER. Qué locura!

OLIV. Qué humorada!...

GERAL. Envuelta en una estocada
le entregó la peticion.

BER. Le mató?

GERAL. Le hirió en un brazo
porque matarle no quiso,
y misterioso, este aviso
le dió, sin fijar el plazo:
«yo os recordaré esta herida.»

BER. Es singular!...

BAR. Muy bien hizo.

OLIV. Así él se satisfizo
y no le quitó la vida.
Pero es muy tarde; me espera
mi cuenta.

GERAL. Es cierto: recuerdo
que me lo dijiste.

BER. (Pierdo (*Aparte.*)
la ocasion, y no quisiera...)
A la mesa! mas sobrino,
Geraldo, no nos sentemos
sin que primero brindemos.
(*A la señora Barbanzon.*)
Copas! — Tú ve por el vino
(*A Oliverio.*)
que me traje de levante,
miéntras la ama Barbanzon
desempeña su mision.

BAR. Con mucho gusto. (*Vase.*)

OLIV. Al instante. (*Vase.*)

ESCENA X.

GERALDO Y BERNARD.

BER. Ah!... se fueron!... Yo queria
estar solo con usté.

GERAL. Puedo servirle?

BER. Sí.

GERAL. En qué?

BER. A Oliverio causaria,
y á mí placer sin igual,
por sus servicios prestados,
sus sentimientos honrados,
verle ascender á oficial.

GERAL. Lo merece.

BER. Y es tan bueno!...

GERAL. Le conozco.

BER. Se desvela
por mi bien, y solo anhela
que esté tranquilo mi seno.

GERAL. Bien: verémos... yo hablaré
al Marqués...

BER. Ah!... sí: yo creo
se cumplirá mi deseo.
Aquí están ya; calle usté.

ESCENA IX.

DICHOS BARBANZON *con copas y* OLIVERIO *con botella.*

BER. Vengan las copas: vertamos
el licor que da vigor.
«Por el Duque» que en rigor
justo es que por el bebamos.

BAR. Y quien es el Duque?

GERAL. Yo.

BAR, El?

BER Y OLIV. Sí.

BAR. No me han advertido...
Señor, á haberlo sabido..
pero no se me avisó.

OLIV. Pero si él...

BAR. Yo siento...

GERAL. Basta
buena mujer. Ahora toca
á Oliverio.

OLIV. Punto en boca;
(*A Barbanzon que quiere hablar.*)
es Duque de buena pasta.
Brindo pues... «Por la *Duquesa*
de nuestro barrio.»

GERAL. Me asombra!...

BAR. Buen bríndis!

GERAL. Como se nombra...
ó en fin, qué Duquesa es esa?

OLIV. Es una jóven muy bella
á la par que virtuosa
que por muy pundonorosa
la llaman así.

GERAL. No es ella
la que tiene junto á sí
la de Bomesnil ?
OLIV. La viste ?
GERAL. No : donde la conociste ?
OLIV. Aquí, muy cerca de aquí;
en casa de la de Hervó.
GERAL. Cada vez mas me interesa
tu reunion y tu Duquesa :
quiero conocerlas. Oh !
tendré un placer...
OLIV. Vamos, bebe
y sentémonos.
GERAL. De modo...
BAR. Y un buen bríndis ante todo.
BER. Ah ! es fuerza !... un bríndis nos debe.
GERAL. Bien : « Brindo porque alcancemos
todo lo que deseamos. »
(Con intencion mirando al comandante.)
BER. Ah ! Geraldo !
(Aparte á él. Todos se muestran complacidos.)
OLIV. Vamos, vamos.
GERAL. Es muy justo y lo obtendrémos.
(Aparte á Bernard.)

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa la habitacion de Herminia.

ESCENA PRIMERA.

HERMINIA.

HERM. Al cabo satisfaré
mi deuda con mi trabajo,
que así en nada me rebajo.
Pero Dios mio !.. porqué
me habrá querido humillar
quien pagó mis alquileres ?
Nacen en el mundo seres
solo por hacerse odiar.
Oyó la conversacion
que tuve con el casero
y le aprontó ese dinero;
qué villana condicion !
Creerá ese jóven acaso
que su socorro no humilla ?
que no ha sufrido mancilla
mi honor por su necio paso ?
Quién sabe !.. Tal vez presuma...
Al que se gana el sustento
con sus manos ó talento,
cuánto sinsabor le abruma !...
Madre mia !.. cuánto llora
la infeliz que te ha perdido !
siempre sola aquí he vivido,
pero tu sombra, señora,
benéfica me cubria :
yo no conocí á mi padre
ni te pude llamar madre,
pero contenta vivia.
Te conocí para verte
en tus últimos momentos :
comprendí tus sentimientos
en tu agonía de muerte.
Ah ! me amabas y sabias
que era tu hija ! Dios santo,
cuánto sufririas !... cuánto
como yo padecerias !

ESCENA II.

HERMINIA Y MALLFORT.

MALLF. Señorita, perdonad !...
HERM. Ah! quien... quién sois? no os conozco...
MALLF. (Su mirada reconozco,
su semblante, su bondad.
Oh !.. cuanto se la parece !)
HERM. Caballero...
MALLF. Dispensadme :
ah !.. que os contemple dejadme ;
porque al contemplaros crece
un sentimiento profundo
de veneracion en mí,
cual no se conoce aquí
en lo que llamamos mundo.
HERM. No os comprendo : ese interes...
MALLF. Es paternal, hija mia ;
si ; mi edad, la faz sombría
que representa al Marques
de Mallfort, me dan derecho
á hablar á usted con cariño;
amor de viejo ó de niño
es el que siente mi pecho.
HERM. Dispense usted que me asombre;
es tan dulce vuestro acento !...
á mas en mi pensamiento

creo encontrar vuestro nombre...

MALLF. Mallfort.

HERM. Si... si... la Condesa
de Bomesnil elogiaba
la bondad de usted.

MALLF. (Hablaba
del pobre deforme!..) Á esa
señora usted ha asistido
con su afecto y su cuidado,
y tan solo la ha dejado
cuando al mal ha sucumbido
que la agobiaba?

HERM. Porqué
recordarlo?

MALLF. Me es forzoso;
aunque nos sea penoso
todo lo recordaré.
Hará tres meses que ha muerto?

HERM. Eso hará.

MALLF. Siempre á su lado,
usted su pecho ha sondeado.
Es verdad?

HERM. Pero... no acierto...

MALLF. Respóndame usted, señora;
alguna conversacion,
alguna ambigüa espresion,
acaso consoladora,
algun acento muy hondo
nacido del corazon,
alguna dulce impresion
que demostrase su fondo,
sus miradas cariñosas,
su sonrisa enamorada,
nada la decian? nada?..
Acaso mis misteriosas
palabras usted comprende...
ah! si; lo veo... usted gime!..
el alma en su faz se imprime...
me entiende!.. gran Dios!.. me entiende.

HERM. Pero... no sé...

MALLF. Usted derrama
ardientes lágrimas... sí;
al verla la conocí.
Llore usted: el alma inflama
esa emocion: virtuosa
jóven bella, es un tesoro
cada gota de ese lloro
que abrasa su faz hermosa.

HERM. Es una fascinacion....
yo lloro... y no sé porqué!...

[MALL]F. Ah!.. sí!.. sí... lo sabe usté,
me lo dice el corazon.
Valor... Dios mio!.. valor; (*Ap.*)
sabe mi secreto.

MALLF. Es justo:
baña mi semblante adusto
tambien el llanto.

HERM. Su honor!.. (*Ap.*)

MALLF. No es verdad que su voz tierna
llegaba dulce hasta el pecho,
en cuyo recinto estrecho
se estendia grata, eterna?
No es verdad que consolaba
su mirada cariñosa?
que era bella, bondadosa?
Yo tambien... tambien la amaba.
Nunca se lo dije... oh!..
nunca de mi labio osada
salió mi pasion; guardada
la tuve; mas la encontró.
Ella con vista certera
penetró en mi seno ardiente,
vió debajo de mi frente
bullir mi mente: sí, era
penetrante su mirada!
Dios, gran Dios!.. si hubo algun ser
con la forma de mujer
de un alma privilegiada,
ella fué sin duda, ella.
Es verdad? verdad, señora?
Usted la amaba!.. y ahora..,

HERM. Por Dios!.. piedad!

MALLF. Fué mi estrella!..
Usted estrechó su mano!...
la recibió usté en su seno!..
un ósculo de amor lleno
grabó en su mejilla!...

HERM. En vano,
en vano resistir quiero!..
Hable usted... ay! hable usté:
este ardor... ah!... yo no sé...
prosiga usted, caballero.
Oh! me estoy volviendo loca!..

MALLF. Esa señora...

HERM. Callad!..

MALLF. Esa señora...

HERM. Piedad!
Esto en lo increible toca!.. (*Ap.*)

MALLF. Es vuestra...

HERM. No...

MALLF. Vuestra madre.

HERM. Usted ignora, Marques,
que murió al tener yo tres
años... y tambien mi padre.

MALLF. Mas... señorita... no atino...

HERM. Deje usted esa quimera;

seguir en su idea fuera
apoyar un desatino.
¿Cómo... vamos!.. soy sensible
y al escuchar los tormentos
de sus largos sufrimientos
me acongojé... es indecible
lo que en su lenta agonía
padecí; pero... por eso...
el sueño de ese suceso
me atribuye usted?.. Creia,
por eso lo llamo un sueño,
que la Condesa era pura

MALLF. Ah! sublime criatura!... (*Ap.*)
Comprendo bien el empeño
que tiene usted en negar:
palmo á palmo y frente á frente
tendrémos osadamente
señorita que luchar.

HERM. Qué va á decir! (*Ap.*)

MALLF. Usted sabe
tan bien como yo que es hija...
yo siento que usted se aflija,
pero es preciso que acabe
de una vez mi incertidumbre.
Si usted por ella renuncia,
si por su honor no pronuncia,
aunque esto la apesadumbre,
su nombre; si usted recela
que el mundo pueda tachar
la reputacion sin par
de la Condesa, si anhela
qne afirme que á su nobleza,
á su bondad y ternura,
á su mágica hermosura,
unió su casta pureza,
su última revelacion
diré á usté; al dejar el mundo
nunca miente un moribundo;
esta fué su confesion.

HERM. Dios mio, será verdad!... (*Ap.*)
Hable usted ya. (*Sin afectar interes.*)

MALLF. Yo creia
que una hija solo tenia
la de Bomesnil; juzgad
de mi asombro y mi amargura
cuando yo que la adoraba
de sus virtudes dudaba
y casi la creí impura.

HERM. Caballero!...

(*Con altivez. Mallfort contempla á Herminia y prosigue.*)

MALLF. Me contó
que de su padre á disgusto,
padre criminal é injusto,
del Conde se enamoró.
Para obligarle á asentir
á aquel enlace, fugóse
con él, y al fin resolvióse
triste el padre á consentir.
En aquel tiempo tuvieron
una hija... que en Bové
abandonaron, porque
preocupados creyeron
que la necia sociedad
de su seno arrojaria
á la niña que crecia
hermosa en su oscuridad
ántes de su enlace ansiado
tenida, y en conclusion,
porque solo así el perdon
ella de su padre amado
alcanzaba. Lamentó
al morir que un juramento
la impidiese en tal momento
á la hija que abandonó
reconocer. Arrancado
su juramento tal vez
seria por la doblez
de algun ambicioso osado.
Al cura Ledú ví entrar
cuando murió la Condesa,
y os juro que me interesa
sus planes adivinar.
El cura Ledú proteje
los designios de un malvado,
y un hombre así interesado
no es muy raro que aconseje
el delito de ocultar
á una hija quien le dió el ser,
si él así puede obtener
los medios para medrar.
De esa suerte heredó solo
Ernestina sus riquezas:
y á veces tantas bajezas
vemos aquí y tanto dolo!...

HERM. (Todo lo comprendo ya!... (*Ap.*)
Madre mia! hoy mas penosa
es mi abnegacion costosa,
mas nunca de aquí saldrá
tu secreto.)

MALLF. Esta cartera
para la infeliz me dió
abandonada.

HERM. Y nombró?..

MALLF. No, no me dijo quien era;
pero yo lo adiviné.

Tómela usted, señorita;
es para usted: necesita
una esplicacion?.. diré
tan solo que no he cesado
de inquirir; y al fin, ahora
sé ya que la profesora
de piano ha consolado
de tal modo á la doliente,
tanto su muerte ha sentido,
que yo al fin he comprendido
que solo así una hija siente...

HERM. Esta es una pesadilla
de que la víctima soy;
sí! Diciendo á usted no estoy
que no soy yo?... es muy sencilla
y por demas comprensible
mi contestacion.

MALLF. Sí á fé:
y ya infiero, ó mas bien sé
cuánto en usted es posible.
Basta ya: en delicadeza
la iguala usted: un favor
le pido solo...

HERM. Señor!

MALLF. Que no ofende su nobleza
de corazon. Hija mia
llamé á usted..: Con que placer,
cual si me debiese el ser,
cual protector, la daria
tan dulce nombre!

HERM. Le admito,
y acepto su proteccion;
que solo veneracion
me inspira usted.

MALLF. Dios bendito!...
yo reverencio tu nombre!...
Tu bondad ofrece calma
cuando mas padece el alma;
tú nunca olvidas al hombre.
Hay quien me ama!... Es cierto? es cierto?

HERM. Escuche usted: mi franqueza
confirmará la pureza
de mis palabras. No he abierto
á nadie mi corazon,
porque solo encontraria
una indiferencia fria
y muy poca compasion;
pero usted... señor Marques...

MALLF. Deje usté el título aparte;
el título es un baluarte
contra la franqueza; es
una distincion mezquina;
aquí está la distincion;
(*Señalando el corazon.*)
lo demas palabras son.
Prosiga usted.

HERM. Me he encontrado
enferma, sin trabajar...

MALLF. Infeliz!

HERM. Y en aprontar
el alquiler me he atrasado
de esta habitacion modesta.

MALLF. Y bien!...

HERM. Ya me he convenido
con el dueño; lo ha sabido
usted por eso. Molesta
el dueño al que no le paga;
y antes de que usted viniera
una escena sucediera
que poco el saberla halaga.

MALLF. Diga usted.

HERM. Vino el casero
á la sazon que subia
un jóven, que atento oia
segun supe, al que grosero
me ultrajaba.

MALLF. Infame gente!

HERM. El casero se marchó;
pero al instante volvió
si cabe mas insolente
que se fué. Le habian pagado
por mí.

MALLF. Como?

HERM. Y en su odioso
lenguaje, al par misterioso,
me refirió que al contado
que salió cobró el dinero
que le adeudaba; que habia
encontrado á quien sabia
cumplir como caballero,
que seria algun amante;
yo frenética me opuse
á admitirlo; y le propuse
que se llevara al instante
mi piano: esto llegó
á conmoverle sin duda,
y con su franqueza ruda
de otro proyecto me habló;
de dar leccion á su hija
para cobrarse; acepté
y al punto en busca se fué
del jóven. — Que se me aflija,
que me humillen no consiento.

MALLF. Cuánta virtud!...

HERM. Hice bien?

MALLF. Sí; pero espero tambien

que acuda usted al momento
desde hoy mas al que la adora
como hija.
HERM. Lo haré así.
MALLF. Al fin me ausento de aquí
con un consuelo. Sé ahora
que aprecio á usté en su valor,
que el arrancarle un secreto
que está en su pecho sujeto
será imposible.
HERM. Ah señor!...
MALLF. Pero al ménos sé que puedo
velar por usted. Ya nada
me pide usté?... afortunada....
HERM. Resignada al ménos quedo.
MALLF. Ernestina...
HERM. (Hermana mia!) (*Ap.*)
MALLF. Yo velaré por las dos.
HERM. Dios vaya de usted en pos.
MALLF. Dios, señorita, me guia.

ESCENA III.

HERMINIA.

Es un sueño?... es realidad?
no cabe en mi pensamiento;
me abruma si es finjimiento
y me abruma si es verdad.
Mi madre!... madre querida!...
nunca se olvidó de mí:
me amabas como yo á tí
que era parte de tu vida.
En el colegio por tí
sin duda llegué á saber
que yo le debia el ser
á una Condesa. Ay de mí!...
Oh madre! madre querida!
para morir en mis brazos
me llamaste!... — y sus abrazos
me esquivaba estremecida!...
Ah! la conocí al mirarla;
ántes de mirarla: un hijo
qué no ve en su idea fijo?...
Ay!... aun pude consolarla!

ESCENA IV.

HERMINIA Y GERALDO.

GERAL. Dispense usted señorita
que haya hasta aquí penetrado:
en poco tiempo han pasado
raros sucesos...
HERM. Permita
usted que pregunte...
GERAL. Voy
á complacerla: le pido
por mi accion perdon, rendido;
ya comprende usted quien soy.
HERM. En efecto; y he estrañado
un proceder tan injusto.
GERAL. He causado á usté un disgusto,
mas juro que no he pensado
al cometer tal error
en la menor consecuencia
de mi fatal imprudencia;
se lo juro por mi honor.
HERM. Quiero concederlo; sea:
mas si usted de honor entiende,
jamas olvide que ofende,
miéntras el vulgo lo crea
un socorro á una mujer.
GERAL. Esa observacion merezco;
pero yo siempre le ofrezco
cuando veo padecer.
Jamas pude imaginar
enojarla en lo mas léve;
pero usté enojarse debe
pues que se sabe apreciar
en lo que merece. Siento
sin malicia haber causado
tal molestia: la he tratado,
lo veo, sin miramiento;
pero si usté es vengativa
y quiere saciar su sed
de venganza, doy á usted
arma contra mí ofensiva;
no me perdone señora,
y vivirá eternamente
impresa aquí y en mi mente
una pena matadora.
HERM. Está usted ya perdonado:
no soy rencorosa.
GERAL. Oh!
grave peso me quitó
usted de encima. Admirado
me ausento de aquí, pues veo
hermanadas la nobleza,
la piedad y la belleza,
y en el alma de usted leo.
HERM. Muy mal la lisonja sienta
en quien perdonado va.
GERAL. El alma mi lengua da
agradecida y contenta.
HERM. Siga usted ya su camino
que se espone á reincidir.

GERAL. Si es ofender el sentir
ofenderla es mi destino.
HERM. Tiene usted ya mi perdon.
GERAL. Gracias le doy : voy contento ;
tiene usted mi pensamiento.
Llevo herido el corazon. (*ap.*)

ESCENA V.

HERMINIA.

Qué es esto que esperimento !...
Será la ofensa ?... es amor ?...
Madre, dame tu favor
piadosa desde tu asiento.

CUADRO TERCERO.

El teatro representa la habitacion de la Duquesa de Seneterre.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA DE SENETERRE Y GERALDO.

DUQ. Estoy quejosa de tí
y tú bien sabes porque.
GERAL. Dice usted que yo lo sé !...
Pues si siempre acierta así
se luce usted.
DUQ. No me enojes;
tu tienes penetracion
y comprendes mi afliccion.
Vamos !... bien !... de hombros te en-
Tendré que esplicarme mas. (cojes?
Cuales son tus reuniones
que no te ven los salones
de la nobleza jamas ?
donde te escondes ?
GERAL. Diré :
esos salones me asustan ;
son muy vastos, me disgustan ;
allí se estiende la fé,
tanto, que en los artesones,
en las molduras se queda
sin que ya encontrarse pueda
su huella en los corazones.
DUQ. Siempre lo mismo !... me irrita
que seas así. Tu quieres
procurarme padeceres.
GERAL. Pero madre...
DUQ. Tu maldita
estravagancia... Qué gente
te gusta tratar ?... canalla !
GERAL. No ; gente en la que se halla
una virtud sorprendente.
DUQ. Soldados !...
GERAL. Y bien !... soldados.
No lo he sido yo tambien ?
DUQ. Maldito capricho !...
GERAL. Y bien !
no le tendrán los menguados
que visten sedas y oro
y deslizan entre orjías
sus abandonados dias
derrochando su tesoro.
DUQ. Parece que hayas nacido
de alguna plebeya oscura.
Nada la nobleza pura
te dice que has recibido
al nacer ?
GERAL. Sí : me ha obligado
al ver de Dios las bondades...
DUQ. A contraer amistades
que tu nombre han mancillado !...
GERAL. Madre !... — A que esos poderosos
inútiles, sus amigos
en los campos enemigos
no han buscado ? Son vistosos
sus trajes, chamuscaria
la pólvora sus cabellos !
son elegantes, muy bellos ;
mas nada la patria mia
les debe : — concluyo ya :
con su brazo y con su lanza,
con su ardor y su pujanza
briosos peleando allá
conquistaron los abuelos
de los nobles, nombre, sí.
Murmuran, hablan de mí !
señora, es que tienen celos.
DUQ. Tu le das el colorido
que te conviene.
GERAL. Eso no,
bien sabe usted que hablo yo
solo lo que ya he sentido.
Estoy convencido de eso,
y nadie me hará variar
si no me puede obligar
con razones de mas peso.

DUQ. Óyeme y sé razonable.
GERAL. Diga usted; á su mandato
estoy sumiso, le acato
por ser de mi madre.
DUQ. Afable
te necesito: he pensado...
GERAL. Alguna sublime idea?
es preciso que lo sea
habiéndolo usté acordado.
DUQ. Es cosa que mucho importa
porque se trata de tí,
de tu suerte.
GERAL. Qué! ¿de mí...
DUQ. De un enlace que reporta
grandes bienes.
GERAL. De un enlace?
usted se burla.
DUQ. Por qué?
en tu ventura pensé.
GERAL. Pero... vaya un desenlace
que tiene ese misterioso
pensamiento!... Yo casarme!...
Es querer anonadarme:
eso madre es peligroso.
DUQ. No me hagas desesperar.
Es con la bella Ernestina
de Bomesnil, que es divina,
con quien te quiero enlazar.
GERAL. Está en Italia!...
DUQ. Está aquí:
ha heredado posesiones
inmensas.
GERAL. Y te propones
casarme con ella?
DUQ. Sí.
GERAL. Pero esto es una sorpresa
que me desalienta.
DUQ. Vamos,
para tu bien te casamos
con ella. La Baronesa
de la Rochej me ha propuesto
este enlace ventajoso,
que unido al nombre precioso
de nuestra casa...
GERAL. Pero ësto
es un sueño.
DUQ. He respondido
en tu nombre....
GERAL. Muy mal hecho.
DUQ. He dicho que satisfecho
con su mano..,
GERAL. Me ha perdido!..
Yo casarme con... no sé...
tal vez será fea...
DUQ. Ella!...
pues si no hay mujer mas bella.
GERAL. Sí, porque le gusta á usté;
porque es rica.
DUQ. Es millonaria!
GERAL. Para usted esto es bastante
para casarme al instante
con una septuajenaria
si se ofrece.
DUQ. La verás.
GERAL. Y si es bella y caprichosa?
si une lo necia á lo hermosa?
DUQ. De ella te enamorarás.
GERAL. Ademas, que es imposible;
mi libertad lo primero:
yo tengo amigos y quiero
tratar con ellos: sensible
seria por complacerla...
DUQ. Son ellos ántes que yo?...
Y eres buen hijo!...
GERAL. Sí; oh!
eso sí.
DUQ. Vendrás á verla
conmigo: ó ántes... un plan
tenemos ya concertado...
Tú la serás presentado
de modo que halagarán
tus prendas á la heredera.
GERAL. A la heredera?... eso es!...
casamiento de interes.
DUQ. Cual si fueses un cualquiera!...
GERAL. Soy ménos rico; y en fin,
no me causa sensacion...
yo tengo aquí otra ilusion...
DUQ. Algun pensamiento ruin,
indigno!
GERAL. No, no lo creas;
un cielo ví en un momento;
pero pasó, y alimento
tan solo vagas ideas.
DUQ. Podré saber cuales son?...
¿será alguna aventurera...
GERAL. Aventurera?... no, era
celeste fascinacion;
pero se desvaneció.

ESCENA II.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO. Señora, pide licencia
para entrar á su presencia

el señor de Macrus.

DUQ. Oh!...
Solo ahora me importuna
su visita. — Bien, que pase.
(*Vase el criado.*)

GERAL. Porque no hace usted se case
Macrus... con tan gran fortuna?

DUQ. Te chanceas? ya hablarémos:
trato de hacerte dichoso.
Sí; tu eres muy bondadoso;
al fin nos entenderémos.

ESCENA III.

DICHOS Y MACRUS, *á quien introduce el criado.*

MACR. A los piés de usted, señora.
Caballero... (*Geraldo no le saluda.*)

DUQ. Bien venido.
Geraldo!
(*Aparte é incomodada con su hijo.*)

MACR. Este maldecido
siempre aquí! qué piensa ahora?
(*Aparte.*)

DUQ. A qué altura está su asunto
de san Policarpio?

GERAL. Engaña
al pobre con tal patraña?
[illegible] tocado usted un punto
[illegible]ado.

[illegible] Yo lo creo:
usted dice al pobre: *calla*
y *muere* que así se halla
el cielo, mas se hace reo...
aconseja privaciones
y usted de nada se priva.
Esa es bondad escesiva:
todos oirán sus lecciones
con placer.

DUQ. Pero hijo mio!
hablas así al fundador
de esa sociedad!... temor
no tienes por ser impio?

MACR. Deje usted... está ofuscado!
me juzga mal: la reforma
que siempre ha sido mi norma,
y tanto, tanto en mi ha obrado
él no ha visto; me conoce
del colejio solamente.

GERAL. Que creo que es suficiente.

MACR. La relijion con su roce
me ha hecho otro.

GERAL. Bien. (Me voy:
(*Aparte.*)
no me podré dominar;
lo mejor será callar.)
Harto convencido estoy
del filantrópico afan
(*Sonriendo y con marcada ironía.*)
que le anima: está en su centro:
si al volver ya no le encuentro
lo sentiré. (*A Macrus.*)

ESCENA IV.

LA DUQUESA DE SENETERRE Y MACRUS.

MACR. Ah!... con mi plan (*Aparte.*)
doy al traste si me irrito;
paciencia.

DUQ. (En ira me abraso.) (*Ap.*)
Vamos, no le haga usted caso:
lo que le dije repito:
tiene celos de su fama.
Como escucha que yo alabo
la conducta de usted!...

MACR. (Bravo!)
(*Aparte.*)

DUQ. Y como tanto me ama...

MACR. Es un jóven escelente;
tiene el genio un poco vivo...
es elegante... espresivo...

DUQ. Con usté estuvo imprudente.

MACR. La molesto á usted, señora?...

DUQ. Usté á mí!... Lo ha sospechado?...

MACR. Veo su semblante airado...

DUQ. (Como le perdona ahora! (*Aparte.*)
qué fino!.., su ofensa olvida
y me incita á hacer lo mismo.
Camina sobre un abismo
quien no adopta el plan de vida
que sigue él.)

MAC. Leo en los ojos
de usted, Duquesa adorada,
que la ironía marcada
de Geraldo le dá enojos.

DUQ. No puedo ocultarlo.

MAC. Si algo
vale para usted mi ruego,
si osado poniendo en juego
lo poquísimo que valgo...

DUQ. Calle usted, que ruboriza
mi semblante con su acento,
comprendo ya bien su intento
y tanto usted diviniza
lo que quiere, que confieso
que al ver que usté, el ofendido,

interceder ha podido
por él, no tiene el suceso
que alteraba mi razon
fuerza alguna.

MAC. Así me place:
Cuánto, cuánto me complacé
guiar la noble pasion
de una madre!

DUQ. Qué bondad!
Usté en el alma penetra
y lee letra por letra
la oculta intranquilidad.

MAC. Señora...

DUQ. Usted es muy bueno;
y vierte gota por gota
lo que usted atento nota
que calma el doliente seno.

MAC. Son virtudes...:

DUQ. Que posee
en grado superlativo
quien acude siempre activo
al mal que en el alma lee.

MAC. Bien, señora; á qué negar
lo qué causa mi placer?
qué feliz llegara á ser
si así pudiera alcanzar
calmar un alma abrasada,
enferma del mal de amor,
que apura acerbo dolor
tal vez por enamorada.

DUQ Si mi apoyo le sirviese
para tan grave cuestion...:

MAC. Señora, su intercesion
puede que tanto interese,
que en usted estrive acaso
que el amor que la devora
lleve su vida á su aurora,
ó que la acerque á su ocaso.

DUQ. Es una bella?

MAC. Una diosa.

DUQ. De familia conocida
mia?

MAC. Y de usted muy querida.

DUQ. Ya me tiene usted ansiosa...

MAC. En Santo Tomas de Aquino,
puesto á los piés del altar,
es mi costumbre rezar
desde que implacable el sino
á mi madre virtuösa
me arrebató. Cuánto! cuánto
la adoraba!... Aun vierto llanto
que consagro á su preciosa
memoria.

DUQ. Me causa pena
el relató de usted.

MAC. Sigo:
allí mi llanto es mi amigo,
porque allí la voz no suena
de los hombres. Entregado
á santa meditacion,
elevado en mi oracion
y de religion bañado
estaba orando tranquilo,
cuando observé junto á mí;
orando, rogando allí
un dia en tan santo asilo,
á una jóven que llorosa
á la Vírgen adoraba;
y su imágen contemplaba
estasiada, silenciosa.
Sentí tan dulce impresion
por la cándida doncella
que allí llevaba su huella
y en dulce contemplacion
se encontraba embebecida,
qué creí que era un aviso
del cielo al que estoy sumiso;
sentí el alma conmovida,
y llegó mi admiracion
á su colmo, cuando ví
sus ojos fijos en mí
con asombrosa atencion:
Aquella alma padecia,
y yo en secreto pensé
que su vida con su fe
á mi vida y fe se unia.
Volví, y siempre, cuantas véces
iba á rogar la encontraba,
y siempre me enajenaba;
y unidas tal vez las preces
de los dos oyó el Señor.
Ah! los dos nos adoramos
sin duda, y nos ocultamos
el puro primer amor.

DUQ. Pobres jóvenes!... concibo
esa pasion.

MAC. (No va mal.) (*Ap.*)

DUQ. Fué un efecto natural
en ella que un lenitivo
encontró viendo sufrir.

MAC. Siempre la tendré presente
cuando su ruego ferviente
me hizo una emocion [illegible]
desconocida.

DUQ. ¿Y yo puedo
alcanzar que esa pasion...

MAC. Usté es nuestra salvacion.
DUQ. Pues mi apoyo les concedo.
MAC. Gracias, señora.
DUQ. ¿Se llama...
MAC. Ernestina Bomesnil.
DUQ. ¿Ernestina... (alma servil! (*Ap.*)
no es á ella á la que ama,
es á su oro.) A la heredera (*A él.*)
mas rica y noble de Francia
ama usted?...
MAC. Esa distancia
es la que vencer quisiera.
DUQ. De que modo? (Ah! ya no veo (*Ap.*)
de cólera.)
MAC. La influencia
que da una casta existencia
protejerá mi deseo.
DUQ. (He aquí su máscara!.. necia (*Ap.*)
de mí que sin causa aflijo
por este infame á mi hijo.)
MAC. Usted que en quien soy me aprecia...
DUQ. Es verdad.
MAC. No me hace hablar
la vanidad.
DUQ. Lo conozco.
(Ya quien eres reconozco.) (*Ap.*)
MAC. Usted pudiera apoyar
mi pretension; y el Baron,
la Baronesa, y Elena
que es un ángel...
DUQ. (Sí, tan buena (*Ap.*)
como tú.)
MAC. Por precision,
oyendo de boca en boca
mi alabanza... el estenderla,
no creo que es ofenderla,
no, Duquesa, á usted le toca.
DUQ. (Qué es esto que está pasando (*Ap.*)
por mí?
MAC. Tendrán que acceder,
y acabará el padecer
que está sin duda acosando
á Ernestina.
DUQ. Presuntuoso!.. (*Ap.*)
MAC. En usted confio.
DUQ. (Sí... (*Ap.*)
puedes confiar en mí!)
MAC. Por ella le pido ansioso,..
DUQ. No tiene usted que pedir
lo que he concedido ya:
algun obstáculo habrá...
MAC. Si usted por mi porvenir
se interesa, estoy seguro
del triunfo.
DUQ. Si en mí consiste...
(harás un papel bien triste.) (*Ap.*)
MAC. (Voy saliendo de mi apuro
mejor que pensé.) Me ausento
con una dulce esperanza.
Si se inclina la balanza
por mí, mi agradecimiento...
DUQ. Calle usted...
MAC. Señora mia,
estoy á los piés de usté.
DUQ. Beso á usted la mano.
MAC. Que
mi alma en usted confia.
DUQ. Descanse usted. — Corre en pos
de la suerte.
MAC. (Oh! buen Ledú, (*Ap.*)
tú que me inspiraste, tú,
bendito seas!) Á Dios! (*A la Duquesa.*)

ESCENA V.

LA DUQUESA DE SENETERRE.

DUQ. Por fin se fué!... Qué insolente!
qué audaz!.. qué desvergonzado!..
ay!.. unas ganas me han dado
de decirle claramente
la verdad!.. Qué pretension,
señor, tan descabellada!..
Y ha de estar por mí apoyada?...
Tendré una satisfaccion...

ESCENA VI.

LA DUQUESA DE SENETERRE Y GERALDO.

GER. Se ha ido ya ese... jesuita?
DUQ. Bien puedes llamarle así.
Yo, necia, no te creí.
GER. Cómo? estraño...
DUQ. Su visita
se ha dirijido á pedirme
que apoye su casamiento
con Ernestina.
GER. Su intento
es ese?
DUQ. Y el no evadirme
á él, ha sido porque espere,
confie en mí: le haré guerra;
su plan he de echar por tierra:
que rabie y se desespere.
Yo he de apoyarle? jamas.

La máscara arrancaré
á ese vil.
GER. No lo hará usté.
DUQ. Que nó dices ?... lo verás.
GER. Ha hablado usted tan bien de él...
DUQ. Es verdad !.. ¿Y ese malvado
ha de ser el que... No. Amado
Geraldo , no seas cruel
con tu madre : me disgusta
y se complace !... morir
me veria sin sentir
pena siquiera.
GER. Me asusta
ese lenguaje.
DUQ. Otra cosa
te propongo : ven á verla,
y si tú puedes quererla ,
la quieres.
GER. Mas ventajosa
es esa... accedo.
DUQ. (Oh ! ya es mio ! (*Ap.*)
accediendo á lo primero !...)
Geraldo, cuánto te quiero !...
Que venga Macrus.
GER. Impio !..
por él consiento. ... (Y mi ensueño !....
(*Ap.*)
Dios mio !...)

ESCENA VII.

DICHOS Y EL CRIADO.

CRIAD. El señor Baron
de Ravil...
GER. ¿Con qué intencion...
CRIAD. Busca al señor Duque.
GER. Empeño ,
en hablarme ese hombre víl !..
DUQ. Te dejo con él. — Te espero,
GER. Iré, hermosa !
DUQ. Lisonjero !... (*Vase.*)
GER. Que entre. (*Al criado y vase.*)
Qué querrá el reptil ?

ESCENA VIII.

GERALDO , RAVIL.

GER. A qué debo el alto honor
de su visita?
RAV. A un *negocio*...
No puedo estar en el ocio.
GERAL. A un negocio ?... no señor ,
usted se habrá equivocado ;
yo no negocio...
RAV. Lo sé ,
y por eso le busqué:
será usted el negociado.
Escúcheme usted.
GERAL. Escucho.
RAV. Quiere usted casarse ?
GERAL. Qué ?
RAV. Mas claro que lo espresé...
Si quiere casarse ?
GERAL. Es mucho
ataque... Es conspiracion ?...
RAV. Se habrá otro adelantado ? (*ap.*)
GERAL. Qué es lo que usted ha pensado ?
RAV. Aprovechar la ocasion ;
creo que la pintan calva.
Es un negocio el presente
que por sí solo , es corriente,
de mis apuros me salva.
Un casamiento bonito
le ofrezco á usted : yo lo creo.
GERAL. Cásese usted.
RAV. Ni deseo
proponerlo ; queridito ,
me conocen. Conque... en fin,
diré mis proposiciones ,
ó mas bien mis condiciones,
futuro de un serafin.
El uno y medio por ciento
me reservo de la dote.
GERAL. Es preciso que usted note...
RAV. Qué ?
GERAL. Que le escucho violento.
(No se porque me contengo.) (*ap.*)
RAV. ¿ No quiere usted...
GERAL. No señor.
RAV. Otro querrá. El pundonor.
no se estila. — Le prevengo
por si usted acaso piensa...
que mañana será tarde.
GERAL. Busque usté y no lo retarde
á quien no sirva de ofensa
su proposicion.
RAV. Lo haré...
Yo siento que usted no sea
el agraciado.
GERAL. Dejemos...
RAV. Está bien !... De ello no hablemos
Mornand, la primera idea (*ap.*)
del Baron; ese me queda.

(*Mirando á Geraldo.*)
Qué lástima !... Era seguro
el golpe ; y ahora inseguro !
Pero el diablo la enreda...
Mornand puede ser ministro...
Si.

GERAL. Quién será el desgraciado (*ap.*)
que esplota así este malvado ?

RAV. Toquemos ese registro. (*ap.*)
Con que, Duque, hasta mas ver.

GERAL. Vaya usted con Dios.

RAV. Espero
que en silencio...

GERAL. Caballero !...

RAV. Usted perdone. (Es de creer (*ap.*)
que no será escrupuloso
Mornand.) (*Saluda y vase.*)

ESCENA XI.

GERALDO.

Ya yo presumia
que nada bueno querria...
él no puede estar ocioso.
Vamos... Mi madre me espera.
— Siempre roba mi alegría
el recuerdo de aquel día.
Si acaso otra vez la viera !...
Ah ! por temor de enojarla
no la he buscado : y ahora ..
Ah ! la angustia me devora !
No me es dable ya olvidarla,
y temo á esta sociedad.
La temo ! y por qué ? qué es ella ?
humo, viento, que ni huella
nos deja, ni una verdad.
Me asusta el sordo rumor
de su confusa oleada !...
Pero al fin, qué es ella ? — nada.
Qué hay en ella ! qué hay ? — amor.

CUADRO CUARTO.

El teatro representa una lujosa habitacian en casa del Baron de Rochegue.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON, RAVIL, MORNAND.

MORN. Gracias por tanto favor.

RAV. Es justicia.

BARON. Estoy en eso,
y por ello me intereso...
me conformo... un alto honor
recibiré...

RAV. De este enlace
depende todo.

BARON. Sí, todo :
y hemos de buscar el modo...

MORN. De apresurarle ?... me place.
Me falta la posicion
que da el dinero. Ascendiente
con el pueblo...

BARON. Eso es corriente :
y tacto... y...

MORN. Señor Baron !...

RAV. Mornand es un grande hombre ;
su elocuencia nos aturde :
no sé como se las urde...

BARON. En todas partes su nombre
resuena... quiero decir...
en todas partes le admiran.

RAV. (Las bellas por él suspiran : (*Al Baron ap.*)
será preciso acudir
cuanto ántes...)

BARON. Con que ahora
falta que con tino y con...
en fin... la declaracion...

RAV. El baile que la señora
(*Como indicando un medio.*)
de Santer...

BARON. Sí. — Qué os parece ?
(*A Mornand.*)

MORN. Bien ; lo apruebo : en el calor
de la danza... es lo mejor :
un momento que se ofrece
se aprovecha.

RAV. Sí : lo dejo
á tu maestría !...

BARON. Bravo !...
un clavo saca otro clavo...
En el baile... — le aconsejo
que use allí de su elocuencia !
porque usted... en fin... no quiero
hablarle de lo que infiero
que tendrá usted esperiencia.

RAV. Ah! Mornand!... Mornand!...
MORN. (*Desentendiéndose de Ravil.*) Querido
Baron, hasta el baile pues.
RAV. Yo tengo *mucho interes*
por qué...
BARON. Estoy agradecido...
MORN. Señor Baron, le prometo
que pronto se sentará
en la cámara.
BARON. Sí? Ah!...
MORN. Mi cariño... mi respeto
hácia usted serán su guia,
le servirán de escalon...
tiene usted mi proteccion.
BARON. Preciosa fortuna mia!...
Yo solo le puedo dar
á Ernestina.
MORN. Estoy ufano,
digno Baron, con su mano.
RAV. Con sus millones. Qué par (*Ap.*)
de tunos tan necios!
MORN. Ea,
á trabajar.
BARON. Convenidos
quedamos, al par que unidos.
¿Dignidad...
MORN. Y esposa?
BARON. Sea.
(*Se dan las manos.*)
MORN. Quédese usté.
(*Los acompaña el Baron al irse.*)
BARON. Es mi deber,
señor ministro.
RAV En proyecto. (*Ap.*)
MORN. Es usté en todo perfecto,
par del reino.
BARON. Qué placer! (*Ap.*)
RAV. Necios! (*Ap.*)
MORN. A Dios!...
RAV. Qué tal, eh?
(*Aparte al Baron.*)
BARON. Estoy contento, contento!...
RAV. El uno y medio por ciento...
(*Ap. yéndose.*)
y algo mas que pescaré.

ESCENA II.

EL BARON DE LA ROCHEGUE.

Qué dicha!... Miembro por fin
seré de la cámara alta!
mi imaginacion se exalta...
al nombrarme un buen festin...
mis amigos... mis parientes...
hasta vendrá el jorobado
á quien tengo tan odiado,
y vendrán... todas las gentes.
Ah! cómo peroraré!...
Es preciso prepararme,
es decir, acostumbrarme...
Allí me presentaré...
así... con desenvoltura;
ostentando en mi lenguaje
frases de alto personaje;
ostentando en mi figura
cierta superioridad...
grave siempre..... Par! qué asombro!...
deliro cuando lo nombro.
Es verdad? sí que es verdad.
Me mirarán respetuosos;
me escucharán asombrados;
mis discursos estudiados
serán floridos, pomposos.
«Señores, la salvacion
de la patria es lo primero!».
Esto es, oh!... muy lisongero,
«La mas sagrada misión
del que ocupa este lugar,
el cargo... mas... espinoso,
difícil... justo... y honroso...
del... que habeis... nombrado par...»

ESCENA III.

EL BARON, LA BARONESA, ELENA, ERNESTINA.

(*Han oido los últimos versos del baron, y prrumpen en una carcajada.*)
BARON.ª Bien, muy bien! Crees que estás
(*Riendo.*)
en la tribuna?...
BARON. Ernestina!...
qué tal va? Está usted divina!...
ERN. Gracias Baron.
BARON. Dejarás
de reirte?
BARON.ª Me ha llamado
la atencion tu desatino.
BARON. Es el discurso que opino...
que pienso... cuando haya entrado
en la plena posesion
de mis derechos..
BARON.ª Comprendo.
Pues como iba á usted diciendo;
tengo una satisfaccion

cada dia mas creciente
en tenerla á usted al lado.
Todos á usted la han hallado
bella, sencilla, elocuente,
y saldrá con mis lecciones
elegante, encantadora;
sí, pues ya por seductora
cautiva los corazones.

ERN. Yo no creo merecer
por mí tanta aprobacion.

ELENA. Sí, oh! sí: no habrá espresion,
no, que pueda encarecer
las prendas de usted: virtud,
cariño filial...

ERN. Ah! Cielo!...

ELENA. Su dolor solo un consuelo
tiene, la solicitud
de un alma tambien herida
por un dolor inhumano.

BARON. Entónces seria... en vano...
buscar al dolor salida...
buscar ese encanto... puro...
el calmante... ó sea... halago...
de... lo demas es muy vago...
lo que he dicho es mas seguro.

BARON.ª Lo que debe usté anhelar
para olvidar padeceres,
es la danza, los placeres,
vivir dichosa y brillar.

BARON. El fausto, la ostentacion...
el lujo...

ELENA. Es mucha porfía:
no sienta bien la alegría,
ni se siente esa emocion
cuando se sufre.

ERN. Es verdad:
cuando el pecho está ulcerado,
cuando riguroso el hado
roba la tranquiquidad,
es tan difícil finjír!...
tanto el duelo el alma esplota,
que en la cara el duelo brota
si queremos sonreir.

BARON.ª Tambien nosotros lloramos
á sus padres; es muy justo;
tambien yo tuve un disgusto...
pero señor... á qué hablamos
de ese asunto? ahora debemos
procurarnos distracciones,
escojer conversaciones
con las que el duelo olvidemos.
Ya empezarémos en breve
las lecciones de piano!
Qué bien vuestra blanca mano
juguetona, tierna y leve
sobre el marfil del teclado
cruzará! y aplaudirán!...
escucharla á usté es mi afan.

ERN. Ah! sí; siempre he deseado
aprender.

ELENA. Mas adelante...
¿Qué dirán...

ERN. Señora mia,
tal vez me consolaria...

ELENA. Como usted guste.

BARON.ª Al instante
que pase el tiempo debido
llamaré á la profesora
que asistió en su última hora
á vuestra madre.

ELENA. He temido
(*Aparte á la Baronesa.*)
que venga.

ERN. Tendré un placer
en conocerla.

ELENA. Orgullosa
(*Aparte á la Baronesa.*)
es.

BARON.ª Y tú eres caprichosa. (*A Elena.*)
Déjame.

ERN. La he de querer
sin duda.

BARON. Es acaso aquella
jóven...

BARON.ª A quien quisimos
regalar...

ELENA. Y que ofendimos
por eso.

BARON.ª Aquella tan bella:
ménos que vos. (*A Ernestina.*)

ERN. Baronesa!...

BARON. Quinientos francos le dábamos;
en fin, se los entregábamos
en su mano. La Condesa
al morir no se acordó
para nada de la pobre...

BARON.ª Aunque la razon te sobre,
á qué tu lengua mentó
tal suceso?

BARON. No pretendo
acriminar... no señora;
entiéndame usted ahora...

ERN. Pero Baron...

BARON. Me defiendo,
presento mis barricadas,
tomo la palabra, sí,

para defenderme aquí
de acusaciones menguadas.
Yo he dicho... porque.. en fin.. vamos..
con estas cosas me ofusco...
ha sido un ataque brusco...
preciso es que convengamos...

BARON.ª Calla... calla: luego sientes
que se te burle el Marques.
De cuatro conceptos, tres
se quedan entre tus dientes.

BARON. El Marques!... lindo sujeto!
sarcástico, endemoniado;
siempre de razon cargado...
(*Haciendo el jorobado.*)

ERN. Pero es franco.

BARON. No interpreto
por franqueza su...

ESCENA IV.

DICHOS Y LENÉ *anunciando.*

LENÉ. El señor
de Mallfort.

BARON. Él!...

BARON.ª Ya tenemos
un espía!... Y bien... qué hacemos?

BARON. Que pase al punto; un honor
(*Vase Lené.*)
nos hace: al fin su nobleza...
data de... (Me causa tedio
verle, pero... qué remedio...)

BARON.ª Encierra aquella cabeza
tan mala intencion...

BARON. Y creo...
me han dicho, que con furor
odió á la Condesa...

ERN. Horror
me causa.

BARON.ª Tiene de feo
tanto, ménos que veneno
su corazon. Mas... prudencia!...
aquí está ya.

BARON. La insolencia
(*En voz baja.*)
lleva en su faz.

ELENA. Y en su seno
la maldad.

ESCENA V.

DICHOS Y MALLFORT.

MALLF. (*Con ironía.*) Bellas señoras,
se postra á sus pies humilde
quien las encuentra sin tilde,
amables y encantadoras.

BARON.ª Señor Marques, agradezco...

MALLF. Mi agasajo fué á las tres
dirigido.

BARON.ª Yo Marques
contesto, y á usted me ofrezco
por las tres.

(*Saluda respetuosamente á la Baronesa y luego se dirige al Baron.*)

MALLF. Señor Baron...

BARON. Siempre el mismo! (*Riendo.*)

MALLF. Sí, risueño
como usted: asusta el ceño...

BARON. Tengo una satisfaccion,
un placer... una alegría...
un... en fin... estoy beodo...

MALLF. Ah! ya entiendo, (*Con ironía.*)

BARON. De tal modo!...
Tengo un gozo en este dia
al ver á usted!...

MALLF. Con que ahinco
espresa y con que interes!...
Usted cumplió por las tres;
(*Á la Baronesa.*)
pero el Baron por los cinco.

ERN. No sé que creo encontrar
(*Aparte por Mallfort.*)
en este hombre!

MALLF. (Me mira
(*Aparte mirando á Ernestina.*)
apénas: qué aura respira
tan corrompida! A juzgar
por lo que la habrán mentido
me odiará!... Máscara impía,
cubre aun mi faz sombría,
te necesito.) (*Alto.*) ¿He venido
á interrumpir algun plan...

BARON.ª Nada de eso...

MALLF. He imaginado...
como en reunion he hallado
la familia...

ELENA. No... (Qué afan (*Aparte.*)
por descubrir!...)

MALLF. Señorita,
(*A Ernestina.*)
veo en su rostro un asomo
de disgusto.

BARONESA Y ELENA. Como!

BARON. Como!

ERN. No, Marques.

MALLF. Usted permita
que la diga que en su cara

veo impresos...

BARON. ¿Qué?

MALLF. El hastio,
la reserva, sí.

ERN. ¡Dios mio! (*Ap.*)
lee en mi pecho.

MALLF. Y me asombrara
que en estos salones... regios,
mansion tan enriquecida,
donde está como perdida,
(*Movimiento del Baron, la Baronesa y Elena.*)
por lo espaciosa, do arpegios
escucha usté y vibraciones
que le embelesan el alma,
donde siente usté esa calma
fruto de las atenciones
de los que aquí la rodean...
(*Se observa impaciencia en los semblantes del Baron, de la Baronesa y de Elena.*)
me asombrara que sufriese
y que un disgusto sintiese
cuando lo que aquí desean
es complacerla.

ERN. No agita
mi corazon pena alguna.

MALLF. Yo comprendo una por una
las sensaciones que evita
usted que conozcan. ¡Oh!
aunque así naturaleza
me hace inclinar la cabeza,
aunque este defecto dió
á mis formas, por desgracia
me ha dejado conocer
cual es el humano ser,
y en recompensa, la audacia
me dió tambien suficiente
para decir lo que siento:
yo sé que en este momento
dice usted interiormente,
« tiene razon. »

ERN. (Cómo llega (*Ap.*)
á lo que en mi pecho oculto
se halla?)

BARON. (*Asombrado viendo que la Baronesa le coje del brazo.*) ¿Eh?

BARON.ª (*Ap. al Baron.*) ¡Esto es un insulto!

BARON. ¡Calla!.. ¡Su saña despliega!...
(*Ap. á la Baronesa.*)
se ensangrienta... y si le digo...
me mata de una estocada:
nada... no te irrites... nada...
me conviene ser su amigo.

MALLF. ¿Qué opina usted, bella Elena?

ELENA. Creo que usted se equivoca;
que no pronuncia su boca,
y siento al decirlo pena,
la verdad.

MALLF. Usted rezaba
cuando hablábamos; no ha oido...
sin duda usted no ha entendido...

ELENA. No rezaba, que escuchaba.

MALLF. Como está siempre entregada
su alma á Dios.

ELENA. Mi pensamiento
tenia en este momento
en la jóven, disgustada,
hastiada, como usted dice,
y repito que se engaña,
que tal vez teme la saña...
tal vez sufre la infelice,
porque algun torvo semblante,
algun alma depravada
ha encontrado su mirada.

MALLF. Que responda.

ELENA. En este instante
se halla fascinada.

BARON.ª ¡Es cierto!...

ERN. Yo... (¡Gran Dios!)

BARON. Callar me toca. (*Ap.*)

MALLF. Con que usted piensa... no es poca
penetracion: y eso advierto
mejor yo que otro cualquiera,
porque á veces me sucede
que no hay quien mirarme puede
(*Con intencion mirando á Ernestina.*)
del modo que yo quisiera.

BARON. ¡Habla despechado!... ¡bravo! (*Ap.*)

MALLF Si alguna desconfianza (*á Ernestina.*)
inspiro á usted, la alabanza
en mí no está bien...

BARON. (*Ap. á Elena.*) Alabo....

ERN. Pero, Marques, ¿usted piensa...

MALLF. No se lance usté á juzgar
del que no pudo observar
por sí misma.

ERN. Es una ofensa...

BARON. Ernestina nada ha dicho
que pueda...

BARON.ª Usted se adelanta...

MALLF. ¡Con cuánta razon, con cuánta
me acriminan! Fué un capricho...
gastaré saliva en vano
(*Al Baron que se impacienta.*)
como hace usted. Como aquí
se habla siempre mal de mí

porque del género humano
saco á relucir las faltas;
como lo mismo mi labio
cuando me hacen un agravio
llega á las regiones altas
que á las bajas, no es estraño
que la hubiesen prevenido
contra mí...

Elena y Baron. Ah! (*Ap.*)

Baron.ª Maldecido! (*Ap.*)

Mallf. Que me hiciesen ese daño:

Elena. En nada está usted feliz.

Mallf. Lo conozco, y me complace,
porque mas me satisface
qne en nada sea infeliz
esta señorita.

Baron. Vamos...
ha sido usted confundido...
confiese usted....

Malif. Me han vencido.

Baron. Preciso es que conozcamos
que con tan bonita renta...

Mallf. De amigos aduladores,
de necios admiradores,
con gran número se cuenta.

Baron. Marques!..
(*Resentido pero sin exaltarse, y se queda Ernestina pensativa.*)

Baron.ª Por Dios!

Elena. No sucede
cuando halla en la religion
y en mí entera proteccion;
proteccion que la concede
quien la aparta de mundanas
relaciones.

Baron. Su tutor
la guia...

Mallf. Sí, si señor;
con intenciones muy sanas
á la cámara...
(*El Baron queda confundido: curiosidad en Elena y la Baronesa: Ernestina está asombrada.*)

Baron. Qué?

Mallf. Ya
hablarémos. (*Ap. al Baron.*)

Baron.ª Mas...

Mallf. Tambien
usted mira por su bien
llevándola al bosque...

Ern. y Baron.ª Ah!

Mallf. De Boloña.
(*Confusion en la Baronesa, curiosidad en el Baron y Elena, y asombro muy marcado en Ernestina.*)

Baron. Qué?

Elena. Qué es ello?

Mallf. Y á Santo Tomas de Aquino
(*Confusion de Elena, curiosidad de los demas.*)
va usted... y un mozo divino,
blanco... de blondo cabello...

Elena. Pero Marques...

Mallf. Lo sé todo. (*Á Elena.*)
Todo lo sé. (*Al Baron.*) Baronesa,
(*Va á hablarle la Baronesa y la dice ap.*)
espera á usted la Duquesa
para tratar...

Baron.ª De ese modo
podré esperar...

Mallf. Nada, nada.
Yo estoy en mi observatorio:
(*Entretanto habla el Baron con Elena.*)
esto me es satisfactorio.
Si me agrada la jugada
la protejo: sabe usté
que á su casa no asistia
y que vengo á ella hoy en dia
por Ernestina.

Baron.ª Lo sé.

Mallf. No será para enlazarme
con ella, ni un pretendiente
la propongo.

Baron.ª Bien, corriente.

Mallf. Vengo solo á interesarme
por su bien. Si es buen partido
y ella le admite, concedo:
si no, conceder no puedo.
Esto será divertido!...
Cuántos habrán deseado
la mano de la heredera
mas rica de Francia!... Era
plan en mí muy meditado
dar este paso: no cejo
por nada; lo advierto ahora;
que aproveche usted, señora,
la advertencia le aconsejo.

Baron.ª Cuánto le odio!.... (*Ap.*)

Mallf. Me he encargado
(*Llamando la atencion de todos.*)
de una comision divina;
un baile, amable Ernestina.
Sí; la de Santer me ha dado
comision tan oportuna.
Me rogó las avisara
que el baile que proyectara

adelanta.

BARON.ª Qué fortuna !...
Yo supongo que tendrémos
el gusto de verle ?

MALLF. Sí;
(*Primero á la Baronesa, despues á Ernestina, á el Baron y Elena.*)
me encontraré por allí:
nos verémos; nos verémos.

BARON. Maldita la falta que haces. (*Ap.*)

MALLF. Ahora á cierto encargo voy...
de comisiones estoy !
Presentan diversas faces
las dos que voy á llenar.

BARON.ª Será un secreto tal vez
la que calla.

MALLF. No pardiez;
le voy cuenta de ella á dar.
El hijo de la Duquesa
me ha hablado sobre el ascenso
de un amigo; en ello pienso
y por Dios que no me pesa.
El que me ha recomendado
tiene buenos sentimientos
y elevados pensamientos
y és muy brioso soldado.
Se llama Oliverio.

BARON. Vamos!..
Tiene un tio comandante?

MALLF. Sí.

BARON. Lo adiviné al instante:
es el jóven que ocupamos
en la quinta de usted. (*Á Ernestina.*)

ERN. Sí?

MALLF. Es arquitecto: instruido
dicen que es, y agradecido:
pues solo trabaja así
por su tio en su licencia
de seis meses.

ERN. Qué bondad!
si algo puede mi amistad
con usté una complacencia
tendré en que le sirva.

MALLF. Haré
cuanto pueda. Bondadosa (*Ap.*)
es tambien y generosa.
Así me la figuré.
Conqué... hasta el baile... (tutores
malditos.) (*Aparte.*)

BARON. Iré.

MALLF. Lo creo;
verme en él es mi deseo.
Habrá allí escenas de amores...
Es mi placer socorrer (*Riendo.*)
al que empieza á naufragar,
y del peligro apartar
al que en él puede caer.

ERN. Comprendo. (*Ap.*)

ELENA. Audacia!
(*Al Baron y á la Baronesa.*)

BARON. Valor!
(*A la Baronesa y á Elena.*)

MALLF. Es de ustedes servidor
vuestro Marques adorado,
(*Con ironía.*)
loco, feo y jorobado.

ESCENA VI.

DICHOS *menos* MALLFORT.

BARON.ª El Duque declarará
(*Bajo á Ernestina.*)
en el baile su pasion.

ELENA. Su primer declaracion (*Idem.*)
en el baile á usted hará.
Macrus.

BARON. Ese grande hombre... (*Idem.*)
ese par... ese prodigio
que tiene tanto prestigio
y quiere darla su nombre,
la dirá su amor profundo
en el baile.

ERN. Estoy confusa! (*Ap.*)
Ó esta gente de mí abusa...
Temo la farsa del mundo.

BARON.ª ¿La hablasteis...
BARON. Del jorobado.
ELENA. La misma idea he tenido.
BARON.ª Y yo; porque ha pretendido
descubrirnos.
BARON. El malvado!...
BARON.ª Si está nuestra fuerza unida
á favor de nuestro plan
nunca vencernos podrán.
(*Esto ha de ser rápido y entre ellos.*)
Hasta luego. (*Á Ernestina.*)

ELENA. A Dios, querida.

BARON. Me alejo de usted...

ERN. A Dios.
Baron. (Ah!) (*Alegre porque se van.*)

ELENA. Fidelidad!
(*Ap. al Baron y á la Baronesa.*)

BARON Y BARON.ª Oh!.. (*A Elena.*)

BARON.ª Necios!.. (*Ap.*)

ELENA. Mi voluntad!...
(*Aparte.*)

BARON. Qué tontas que son las dos! (*Ap.*)

ESCENA VII.

ERNESTINA.

Qué es lo que me pasa, cielos!
En mi triste situacion
mi doliente corazon
halla solo estos consuelos!..
Mallfort me hizo sospechar
que era adulacion rastrera
esta aura tan lisonjera
que aquí comencé á aspirar.
Y es verdad: mi madre amada,
no vió en mi rostro belleza,
vió tan solo la pureza
del alma en él retratada.
A Santo Tomas Elena
sin duda me llevaria
sabiendo que asistiria
aquel jóven de faz llena
de candor, que acongojado
lloró por su madre. Allí
se apareció el Marques, sí;
al que acaso han calumniado.
Y en la cámara tambien
de los pares, dó el Baron
me llevó con la intencion
de mostrarme á Mornand; quien,
quién sinó él, su vista fija
tuvo en mí? Y ahora recuerdo...
y en conjeturas me pierdo...
Madre, ilumina á tu hija
desde el cielo!... Presentado
me fué por la Baronesa
el hijo de la Duquesa
de Santer en el llamado
bosque de Boloña; y fué
la sarcástica sonrisa
del Marques, lo que la risa
robó á las dos: lo observé.
Madre!... no fué tu enemigo
quien franco aunque riguroso
quitó el velo mentiroso
al engaño, entre el que vivó.
Pronto, muy pronto sabré
si es el oro á quien adoran,
ó si mi cariño imploran
por amor. Lené, Lené. (*Llamando.*)

ESCENA VIII.

ERNESTINA, LENÉ.

ERN. Venga usted. Quiero mañana
al baile á que usted asiste
asistir
LENÉ. Como?
ERN. No existe
nada imposible.
LENÉ. La sana
razon...
ERN. Permite que el rico
lo alcance todo,
LENÉ. Y querrá
el tutor...
ERN. Nada sabrá.
Escuche usted.
LENÉ. No me esplico...
ERN. Mañana al anochecer
dirá usted que delicada
y en mi aposento encerrada
quiero estar sola.
LENÉ. Es de creer...
ERN. Que me querrán visitar?
(*Con ironía amarga.*)
No; obedecen mi capricho.
La primer parte le he dicho;
va la segunda á escuchar.
LENÉ. Mas señorita....
ERN. Obedezca
si pretende complacerme;
si por contraria tenerme
prefiere, desobedezca.
LENÉ. Yo contraria á usted! Oh!... no:
solo por usted... quisiera
que su honor no padeciera.
ERN. No es honrada la de Hervó?
LENÉ. Si; pero usted noble...
ERN. Atienda;
seré allí trabajadora;
su sobrina, bordadora.
Y ay de usted como yo entienda
que me ha descubierto!... Luego
usted modo encontrará
de salir de aquí.
LENÉ. Yo? Ah!
señorita!...
ERN. Yo la ruego
que le busque. ¿No hay secreta
alguna puerta, escondida...
LENÉ. Hay una desconocida.
ERN. Es nuestra dicha completa.
Yo á usted recompensaré
su servicio.
LENÉ. Solo anhelo
complacerla.
ERN. Su desvelo
veo por mí. (*Irónicamente.*)

LENÉ. Sentiré
que haya alguna lengua osada...
ó que descubran aquí...
ERN. Lené, respondo de mí,
y á nadie temo y á nada. (*Vase Lené.*)
Ah! será una amarga prueba!
pero mañana oiré
la verdad: duro es á fé;
pero el corazon lo aprueba.
Esa mujer callará (*Por Lené.*)
sin duda por su interes.
Interes!... Madre!... Marques!...
Ah! Qué me sucederá!..

CUADRO QUINTO.

El teatro representa un salon de baile en casa de la Sra. de Hervó.

ESCENA PRIMERA.

OLIVERIO, GERALDO.

OLIV. Comprendo porqué estás triste.
GERAL. Lo sé y veo tu cariño.
OLIV. Geraldo, no seas niño...
GERAL. Nada ya para mí existe
sin ella, y es imposible
que piense ya en Ernestina.
OLIV. De otro modo lo imagina
tu amigo Oliverio.
GERAL. Increible
parece que conociéndome
hables así.
OLIV. Has prometido
verla mañana; lo he oido
de tu propia boca.
GERAL. Viéndome
en la dura precision
de acceder, lo prometí.
OLIV. Pues debes ir.
GERAL. Verla allí!..
para qué?... En mi situacion,
amando á Herminia cual amo,
iria á mentir amores,
á prodigarle favores
miéntras por otra me inflamo?
Desde que vine y la ví
he perdido la cabeza,
y ya, delirante, empieza
otra vida para mí.
Yo no queria buscarla;
vine á tu baile, y es esa,
es mi amada tu *Duquesa*
y ya no debo engañarla.
OLIV. Cálmate, Geraldo.
GERAL. Qué?...
consentirá en que su mano
sea mia cuando... en vano
en vano lo imaginé.
Y mi madre? Arde mi frente;
quiere estallar!... Un infierno
siento en mi pecho, y eterno
bulle y rebulle en mi mente
un mar de angustias.
OLIV. Valor!...
Mañana hablaré por tí.
Hoy no quiero, porque aquí
alterar el buen humor
seria un crimen. Ahí viene:
aun no es tiempo; todavía
tienes que finjir un dia;
así Geraldo conviene.

ESCENA II.

DICHOS Y HERMINIA.

OLIV. Reina del baile, salud.
Bien por la Duquesa bella
que es hermosísima estrella
de esplendor y de virtud.
No tomes por un requiebro...
(*A Geraldo.*)
HERM. Geraldo sabe... Qué miro!
su cara... el hondo suspiro...
OLIV. Tiene vacío el cerebro.
(*Ap.*) (Serénate.) Ha de marchar
á escribir con precision;
le llama la obligacion.
(Bien, á escribir ó á bailar.)
(*Ap. á Geraldo.*)
HERM. Cuánto lo siento!
GERAL. Maldita, (*Ap.*)
infame etiqueta!
HERM. Y hoy
que aquí la cabeza soy...
GERAL. Yo lo siento, pues me quita

mi separacion forzosa
el placer que aquí me trae

OLIV. Y que en perjuicio recae
de nosotros tu enojosa
ausencia. Te vas y cesa
esta alegría...

GERAL. No tal.

OLIV. Si tal, que la celestial
y enamorada Duquesa. .

HERM. Oliverio !...

OLIV. Callaré.
Qué tal se halla la señora
de Hervó ? sigue bien ahora ?..

HERM. Ya se levantó.

OLIV. Y tendré
el placer de verla ?

HERM. No :
se siente muy delicada :
pero en su ausencia encargada
de recibir quedo yo.
Hoy espero á una sobrina
de Lené, que esta introduce
en nuestro baile ; produce
un efecto que fascina
nuestra sociedad compuesta
de juventud laboriosa ;
el que trabaja, reposa
aquí los dias de fiesta.
Yo no sé porque motivo
usted que tanto se cansa
ni aun esta noche descansa !
Es un trabajo escesivo...

OLIV. Escesivo ! á que usted toca
de buen ó de mal talante,
sin desplegar un instante
para quejarse su boca.

HERM. Conforme : entre mis iguales
y entre la clase mediana
siempre estoy de buena gana ;
pero en casas principales,
he de encontrar en sus dueños
un corazon escelente,
he de ver constantemente
unos semblantes risueños.
Será soberbia, será
un orgullo mal fundado,
pero yo en mí le he encontrado
y siempre en mí seguirá.

GERAL. Lo ves ?... (*Ap. á Oliverio.*)

OLIV. (Calla... y no la digas...
(*Ap. á Geraldo.*)
yo podré mejor...) Muy bien !.. (*Alto.*)
Debian obrar tambien
así todas sus amigas.

HERM. No á todas les acompaña
la misma resignacion
en la desgracia.

OLIV. Sí, son
débiles...

HERM. Pero me estraña
en usted esa tristeza.

GERAL. No es tristeza, es distraccion.

OLIV. Efectos de la pasion (*Ap. á Herminia.*)
que trastorna su cabeza.
Voy adentro ; una conquista
pienso hacer.

HERM. Alguna vieja ? (*Sonriendo.*)

OLIV. Nada de eso : á mi pareja
he de amar ; hasta la vista.

ESCENA III.

GERALDO, HERMINIA.

HERM. Dígame usted la verdad,
Geraldo, usted me la oculta,
y en negras dudas sepulta
mi corazon : mi ansiedad
es mucha.

GERAL. Herminia adorada,
usted sufre por su anhelo,
y su anhelo ofrece un cielo
de una dicha dilatada
á quien la adora. Mi pena !..
mi sentimiento !... alejarme ;
de este consuelo privarme ;
de la luz que me enagena
y que me guia, señora :
este es mi tormento ; vivo
cuando su acento espresivo,
bella Herminia, me enamora.

HERM. Usted sabe consolarme
con el dulce sentimiento
que espresa tan bien su acento.

GERAL. Y usted sabe embelesarme
con el fuego de sus ojos,
con el néctar de sus labios
que va deshaciendo agravios
y va mitigando enojos !...

HERM. Recuerda usted aquel dia...
el primero en que nos vimos ?

GERAL. Sí, aquel dia en que sentimos
los dos igual alegría.

HERM. Yo resentida le hablé.

GERAL. Y yo ante usted respetuoso
me inclinaba temoroso...

pero los ojos alcé...
HERM. Y halló usted en mi mirada...
GERAL. La piedad...
HERM. Amor?
GERAL. Tambien.
Ah! es vivir en un eden
vivir así. (Desgraciada!...
Ne podré decir jamas...)
Herminia!.. — Por fin me alejo.

ESCENA IV.

DICHOS, OLIVERIO, SEÑORAS Y CABALLEROS.

(*Aparecen todos en el foro.*)

HERM. No se canse usté; es consejo
que le doy, porque es ya mas
de lo regular...
GERAL. Le admito.
Pensaré en usted, hermosa,
y será ménos penosa
mi ocupacion. — Necesito
(*Ap. á Oliverio.*)
de tí.
OLIV. Estoy á tu mandato.
(*Ap. á Geraldo.*)
GERAL. A Dios!..
HERM. Piense usted en mí. (*Los dos en*
GERAL. El alma me dejo aquí. *voz baja.*)
Dila quien soy. (*Ap. á Oliverio.*)
OLIV. De eso trato,
pero mañana.
GERAL. Olvidar
no me es dable su hermosura:
me ama con una ternura!...
se lo puedes preguntar.
OLIV. Pobre Geraldo! ..

ESCENA V.

DICHOS *ménos* GERALDO.

HERM. Le ha dicho
á usted que le aqueja?
OLIV. Claro está; de aquí se aleja
y es suficiente.
HERM. Es capricho
impertinente ocuparle
esta noche.
OLIV. Qué remedio?...
Dejemos... Este intermedio
es preciso aprovecharle.
En faltando usted de allí
falta al baile animacion.
Vamos, vamos, al salon:
(*A los convidados.*)
sacad parejas: á mí
me corresponde pedir
á usted una contradanza.
HERM. La primera?
(*Refiriéndose á lo que dijo Oliverio.*)
OLIV. Mi esperanza
no puedo por hoy cumplir.
Maldita casualidad!...
Vamos, será á la segunda
pareja á la que profunda
pasion declare.
HERM. Es verdad,
Oliverio, que aun no ha amado
usted con esa pasion
que interesa el corazon?
OLIV. No; ni amar así he pensado.
Era preciso á mi ver
para amar de esa manera
encontrar quien me entendiera,
quien me supiese querer;
mi amor ha de ser veraz;
voy buscando un alma tierna
para consagrarle eterna
una pasion, no fugaz.
Otra Herminia, eso apetezco.
Sé que es mucho desear,
que no lo podré alcanzar,
tal vez porque no merezco
tanta ventura... mas sé
que si la encuentro, mi amor
será puro; por mi honor
lo juro, y así lo haré.
HERM. Ya puede estar orgulloso
Bernard con el que el destino
le deparó por sobrino.
Se siente mas animoso?
OLIV. Ahora está convaleciente:
siempre temo por su vida
cuando el tiempo abre su herida.
La Barbanzon diligente
le cuida.
HERM. Es buena mujer;
regañona.
OLIV. Es un defecto
que logra contrario efecto,
pues nos llega á complacer.
HERM. Mas vale así. Cuánto tarda
Lené!
OLIV. La estoy contemplando (*Aparte.*)

tranquila, y estoy pensando
en la pena que la aguarda.
Vamos al salon? (*A Herminia.*)

HERM. Marchemos;
pero... por fin han llegado.

ESCENA VI.

DICHOS, LENÉ, ERNESTINA.

LENÉ. Bella Herminia!...

HERM. Con cuidado
estaba ya.

LENÉ. Lo creemos.

HERM. Un placer en conocerla
recibo.

ERN. El placer es mio,
porque en su bondad confío
para poder merecerla
su cariño: yo me obligo
á usted por agradecida,
y la estoy reconocida
pues que su amistad consigo.

HERM. Exajera usté el valor
de esta: mas de cualquier modo,
puede usted mandar en todo,
que en servirla alcanzo honor.

OLIV. Un buen fondo se conoce
que posee. (*Aparte á Herminia.*)

HERM. Así parece. (*Ap. á Oliverio.*)

LENÉ. Ve usted que poco que ofrece
(*Aparte á Ernestina.*)
esto?... Acostumbrada al roce...

ERN. De aduladores. (*Aparte.*)

HERM. Lené,
en esa sala primera
hace tiempo que la espera
el juego del ecarté.

LENÉ. No sé si debo... (*Aparte á Ernestina.*)

ERN. El deber (*Ap. á Lené.*)
de usté es servirme, finjir.

LENÉ. Voy allá.

HERM. No he de advertir
lo que usted podrá saber
por su tia: ellas con ellas;
en las jóvenes mas vida
hay, y formamos querida
una reunion...

OLIV. De estrellas.

HERM. No tan lúcida. (*Sonriendo.*)

OLIV. Y aun mas.

HERM. En lo fino y lo galante
y espresivo, ni un instante
queda usted de nadie atras.
(*Suena el piano.*)

OLIV. Oh!... por Dios!...

HERM. El baile empieza.
Fuerza es que de usted me aleje,
y que por bailar, la deje,
en esa contigua pieza.
Mi discípulo el piano
pulsando está: nos verémos
cuando en el baile nos demos
rápidamente la mano.

ESCENA VII.

ERNESTINA.

(*Se ausentan Herminia y Oliverio: va ofreciendo cada jóven su mano á las señoras, y por último queda Ernestina, sola, desairada en la sala de descanso, segun lo indican los versos. Hay quien la observa como para dirijirse á sacarla á bailar, y luego hace su peticion á otra, etc.. etc.*)

ERN. Qué amable es! y no alaba
mis perfecciones!... ni advierte
que yo brillo de otra suerte!...
Torpe sociedad esclava
del interes!... Ya comprendo
que era todo una mentira!
odio hácia todos respira
mi corazon. No me ofendo
porque aquí no hayan venido
á adularme. No era á mí,
era á mi tesoro; sí.
Buen Mallfort, por tí he podido
conocerlo. Bailaré
entre esta gente mas pura,
aquí alguna criatura
cariñosa encontraré.
Mas... qué miro!... falta una
pareja!... Ya va á buscarla
un jóven... logró encontrarla.
Oh! qué afrenta!... Mi fortuna,
mi tesoro, de qué vale,
si se agolpa á mi mejilla
un ardor que mas me humilla,
si el fuego á mi cara sale!...
Soy hermosa? No, reptiles;
soy la presa que buscais,
y los ojos me cegais
avarientos y serviles.
Soy rica!... si!... eso tan solo
produce vuestras bajezas,

comprendo vuestras vilezas
y penetro vuestro dolo.
Miradme aquí conociéndoos.
Tutores, entes malditos,
que me vendeis, os detesto:
os ha de ser muy funesto
mi desengaño, precitos
seres. Esta es la verdad!...
Venid aquí, poderosos,
sin vuestros trajes lujosos
y veréis la falsedad
que os rodea. Tanto oro
de qué sirve sin la páz,
sin ese grato solaz
que vale mas que el tesoro?
Ahora gozan y sonrien,
y tienen sus amadores
todas ellas, sus favores
les conceden, y se engrien
sus amantes! Y entretanto,
aquí la mas envidiada
y en otro salon mimada
llora su amargo quebranto!
Resignacion, es preciso!
mi llanto que quema enjugo;
pero he de esprimir el jugo
de la venganza. Este aviso
es un decreto del cielo.
Corazon te han ofendido;
mas todo lo has comprendido,
y... tú tenderás el vuelo.

ESCENA VIII.

ERNESTINA. OLIVERIO Y HERMINIA, *en la puerta del foro.*

OLIV. Pero por donde estará?
aquí todavía?
HERM. Sí;
aquí está; lo presumí.
OLIV. Pues conmigo bailará.
HERM. Luego.
OLIV. Como usted disponga.
HERM. Mírela usted que angustiada!
sin duda estará enojada;
deje usted que se reponga.

ESCENA IX.

ERNESTINA, HERMINIA.

HERM. Señorita...
ERN. Quién?... amiga
mia!
HERM. La esperé allí adentro;
pero ahora vengo á su encuentro.
ERN. Qué á usted el Señor bendiga.
HERM. Queria verla bailar...
no responda usted, ya veo
que sin duda su deseo
era ese; y por faltar
quien la escoja por pareja
no ha venido. Es natural;
no lo lleve usted á mal:
á usted aquí se la deja
olvidada porque estraña
les es su fisonomía;
recobre usted la alegría
por Dios.
ERN. Usted mi alma baña
de consuelo; su piedad
es mucha.
HERM. Sí, soy franca,
y su situacion arranca
mis lágrimas: la amistad
lo hace todo: aquí estarémos
sentadas las dos hablando;
miéntras allá están valsando;
tambien nos divertirémos
nosotras.
ERN. Y usted se priva
por mí de bailar.
HERM. No á fe;
tengo condolido un pie.
ERN. Su bondad es escesiva.
HERM. Sepa usted que soy audaz,
y á tanto á veces me atrevo,
que pregunto mas que debo;
pero en mí nunca hay disfraz:
y como yo buenamente
digo á un amigo mi historia,
sin fatigar mi memoria,
exijo que francamente
mis amigos mas queridos
me cuenten la suya.
ERN. Siento (*Aparte.*)
apelar al fingimiento.
Yo exhalo, ay Dios! mis gemidos
huérfana. (*Alto.*)
HERM. Lo mismo yo.
ERN. Y en la noche solitaria
en alas de mi plegaria
me elevo hasta el cielo.
HERM. Oh!
tambien yo.
ERN. Con qué placer

la escucho á usted !... lloraremos
por un mal que comprendemos,
y el corazon de mujer
un bálsamo encontrará
para su herida.

HERM. Es muy grato
ese consuelo: su trato
mis angustias calmará:
donde vive usted?

ERN. (Gran Dios,
qué la diré?) Yo estoy fuera
de mi casa... y... no quisiera...

HERM. Bien, nos verémos las dos
en la mia. Soy curiosa,
y para estar complacida
aun me reservo querida
otra peticion.

ERN. Si es cosa
que sé... gustosa...

HERM. Su nombre.

ERN. Ernestina.

HERM. El de mi hermana! (*Ap.*)
Ahora os amo mas: mañana (*A ella.*)
vendrá usted? Ah! no la asombre
este placer; asistí
en su agonía postrera
á una señora que era
muy buena, y que una hija así
llamada tenia.

ERN. Oh!... (*Recordando.*)

HERM. La de Bomesnil: adoro
á su hija, y al cielo imploro
por quien no conozco, no,
ni acaso veré jamas.

ERN. Vuestro nombre! (*Con mucho interes.*)

HERM. Herminia.

ERN. Ahora
recuerdo!... Sois profesora
de piano?

HERM. Es cierto: mas...
como sabe usted...

ERN. Mi tia
hablando del baile vuestro
y del suceso siniestro
que contais, me referia...
(Es la que asombró al Baron,
bella y desinteresada.)
Oí hablar de usted, amada
amiga... Mi corazon
otro nombre le daria..,

HERM. Hermana?

ERN. Mas dulce es.

HERM. Pruebe usté á dármele pues.

ERN. Hermana!...

HERM. Ah!... hermana mia!

ERN. Respiro! (*Aparte.*)

HERM. Dulce momento! (*Ap.*)
madre y hermana adoradas,
en ella os juzga abrazadas
triste y dulce el pensamiento.

ESCENA X.

DICHAS, OLIVERIO.

OLIV. Puedo ya... (*Al oido á Herminia.*)

HERM. Si.

OLIV. Señorita,
quiere usted bailar conmigo
una contradanza?

ERN. Os sigo,
siempre que me lo permita
mi hermana.

HERM. Con sumo gozo,
(*Contesta á una demanda muda de Oliverio.*)
Oliverio.

ERN. El que el Marques (*Ap.*)
proteje!...

HERM. (Sencilla es.) (*A Oliverio.*)

ERN. (Oh! que puro és mi alborozo!
dos corazones piadosos!...)

HERM. La segunda contradanza!...
(*Con intencion á Oliverio.*)

ERN. (Vuelve á mi grata esperanza;
aun hay seres generosos.)

CUADRO SEXTO.

El teatro representa la habitacion de Herminia.

ESCENA PRIMERA.

OLIVERIO Y HERMINIA.

HERM. Siéntese usted Oliverio.
De qué vamos á tratar?
Nos tenemos que ocupar
de asunto importante, serio,
ó de una escena casera

agradable?
OLIV. Ni agradable
para usted, ni ponderable
en lo poco lisonjera
para mí.
HERM. ¿Pero qué...
OLIV. Temo...
HERM. Empiezo ya á adivinar...
va usted de Geraldo á hablar?...
Oh!.. Dios mio! Dios supremo!..
qué ocurre?
OLIV. Es... un Duque...
HERM. Él!..
OLIV. Duque de Santer se llama.
HERM. Y por serlo no me ama?...
OLIV. Adora á usted siempre fiel.
HERM. Ah! gracias!.. gracias!... Perdon,
Geraldo mio; dudé
un instante de tu fé;
noble es cual tú, tu pasion.
Es Duque!.. su alma es de Rey!
es noble! tambien lo soy.
Nobleza del alma, hoy
acata humilde tu ley
un Duque!
OLIV. Pero... yo siento
aflijir á usted: su enlace
con usted á él le complace,
mas falta el consentimiento
de su madre...
HERM. Que se opone...
OLIV. Nada sabe todavía.
HERM. Y á saberlo se opondria!...
OLIV. En ella así lo supone
Geraldo; pero esa valla
formidable, él la derrumba.
HERM. Tal vez abriendo la tumba
de su madre! así se halla
la dicha?.. no: despechada
la Duquesa sufriria
una letal agonía,
y él dejando abandonada
á su madre ni un momento
podria sentir de calma,
porque abatiria su alma
eterno remordimiento.
Ademas yo quiero amar
á su madre; cariñosa
quiero hallarla con la esposa
de su hijo, y levantar
junto á ella mi cabeza.
OLIV. Qué dice usted?..
HERM. Que es igual
la Duquesa á otro mortal,
y que si en ella hay nobleza
que acredita un pergamino,
yo otra nobleza poseo
que acredita segun creo
el arcano del destino.
OLIV. Es verdad; mas tiene en poco
ella la de usted.
HERM. Y qué?..
la tiene en poco!.. lo sé;
y tambien el mundo loco.
OLIV. Qué desgracia!
HERM. Solamente
podré enlazarme con él,
si de su orgullo cruel
se despoja, si consiente
su madre en venir aquí
á cumplir lo que á ella toca,
á oir aquí de mi boca
para nuestro enlace el sí.
OLIV. Eso no es posible.
HERM. No;
lo conozco, y me atormenta
esta pena cruel y lenta
que padezco. Usted no amó
hasta ahora!.. Cuan dichoso
es usted!
OLIV. Vi en Ernestina
una criatura divina,
un corazon candoroso,
y solo espero un ascenso
para ofrecerle mi mano.
HERM. Usted es feliz. Ah!... en vano
hallar un consuelo pienso.
OLIV. Es usted muy cruel.
HERM. Me obliga
á ello mi situacion.
Por un lado mi pasion
á ser criminal me instiga,
y por otro mi deber
hablando mas fuertemente
me prensa la débil frente
y oprime mi débil ser.
OLIV. Tenga usted piedad...
(*Se oye rumor dentro.*)
HERM. Qué es eso?
qué rumor...
OLIV. Cómo!.. mi tio!..
HERM. Y Ernestina!...
OLIV. ¿Qué, Dios mio...
¿Qué motivo, qué suceso...

ESCENA II.

DICHOS, EL COMANDANTE BERNARD Y ERNESTINA.

BERN. Oliverio!
ERN. Herminia amada!...
BERN. Señorita!.. (*A Ernestina con voz débil.*)
ERN. Aquí; sentado
hablará mas descansado.
BERN. Gracias!..
HERM. Estoy consternada!..
OLIV. Tio!..
ERN. Usté! Estoy asombrada!
BERN. El mismo. A esta señorita
(*A Ernestina.*)
por su bondad y denuedo
la vida agradecer puedo:
mi pobre pecho palpita
de gozo, reconocido:
jamas he necesitado,
jamas tanto he apreciado
como ahora, este latido
que responde de mi ser,
porque creo que tampoco
jamas encontré este foco
de ventura y de placer.
(*Con entusiasmo.*)
Qué es el mar en su bravura
con su toldo caprichoso,
con el sonido armonioso
de sus olas, que murmura,
que se eleva al firmamento,
que ruje y que se abalanza
con la indómita pujanza
de indómito movimiento?
Qué es el mar, si se compara
en lo grato á la ternura
que forma aquí mi ventura?
Si en mi pecho penetrara
vuestra vista, borrascoso
le veriais rebullir,
y con mas fuerza latir
que ese espacio peligroso
en su tormenta. En mi pecho
no cabe mi corazon;
está oprimido... prision
parece este sitio estrecho.
OLIV. Por Dios, tio, esa alegría...
ERN. Cálmese usted.
HERM. [illegible] sosiego
le es m[illegible] le ruego...
BERN. Que so[illegible]te dia!...
OLIV. Pero t[illegible]siona
su cont[illegible]
BERN. Lo sabrás
mas adelante: verás
si tengo razon!.. — Perdona,
aun no es tiempo. —
HERM. ¿Cómo ha sido
el encontrarse,..
BERN. Es verdad,
con un ánjel de bondad?
Escuche usted. — Conmovido
y feliz y entusiasmado,
aunque débil y enfermizo,
guiado por el hechizo
de un placer inesperado,
salí á buscar aire, vida,
recorrí calles ansioso,
rapidamente, gozoso,
con el alma estremecida.
No sabia lo que hacia,
jóven en la lijereza,
levantada la cabeza,
nada veia ni oia.
Hubo un momento en que ví
en continua agitacion,
en creciente oscilacion
los edificios; creí
que todo se desplomaba
sobre mí; perdí el sentido;
quedé en el suelo tendido...
OLIV. Oh!
HERM. Cielos!
BERN. Y se acercaba
hácia mí, segun despues
supe por mi protectora,
un carruaje, que en mal hora
del dueño por interes
en vez de correr volaba;
me iba casi á atropellar,
iba mi cuerpo á tronchar
la rueda, cuando pasaba
por fortuna, acompañada
de una anciana respetable,
esta señorita amable,
que con voz acongojada
gritó y me libró del mal;
y doliéndose de mí,
me ha conducido hasta aquí,
cariñosa, angelical.
HERM. Siempre buena y generosa!...
Me envanece el ser su amiga.
Más á usted ahora me obliga
su accion noble y valerosa.
ERN. Hice lo que en mi lugar
usted misma hubiera hecho.

Calculé entónces el trecho
que tenia que cruzar,
y viendo que estaba léjos
de mi casa, y no de aquí,
en el momento seguí
de la razon los consejos.
Dije... me ama, es bondadosa,
caritativa; allá voy.

HERM. Y yo mil gracias le doy
porque me hace usted dichosa.

OLIV. Ernestina, usté ha salvado
la vida á mi tio. Oh!
si á usté el alma veneró
por su corazon honrado,
ahora á mis ojos se ofrece
como un ánjel salvador;
y por su inmenso favor
la gratitud me merece
mas sincéra.

ERN. No sabia
señor Oliverio, á quien
producia tanto bien;
pero es mayor mi alegría
ahora que sé que recae
en su tio.

BERN. Un veterano
que se ase á su débil mano
y se sostiene y no cae.
Hay cocheros imprudentes,
y señores.., caprichosos;
pero hay ángeles hermosos
entre esos mezquinos entes:
y hay emociones, Dios mio!
que el cerébro hacen perder.
Ah! yo voy á enloquecer;
de gozo deliro y rio.
Ah! las molesto sin duda;
pero al pobre comandante
enloquece en este instante
el placer y este le escuda.
Van ustedes á escuchar
lo que tanto me interesa,
lo que causó mi sorpresa
y me llegó á enajenar.
Oliverio, yo queria
que lo supieses mas tarde;
mas no es justo que retarde
tu ventura que lo es mia.
Ah! te han nombrado oficial.

OLIV. Oficial!...

BERN. Sí, sí: qué gozo!...
pensándolo me remozo:
ven á mis brazos. Qué tal?
es la noticia halagüeña?

OLIV. Oficial...

BERN. Lo merecia;
se ha hecho lo que se debia.

OLIV. Yo creo que mi alma sueña!...
Herminia, usté está leyendo
en mi corazon: patente
contempla usted la fe ardiente
que puedo espresar, sintiendo
tanto amor. Mi corazon (*A Ernestina.*)
es de usted, mi ascenso. La amo:
llanto de placer derramo!
Ameme usté.

BERN. A su pasion
acceda usté.

ERN. Agradecida
desde ayer por su atencion,
por su fina compasion
en casa de Hervó, mi vida
es de usted: la bordadora
infeliz esto responde;
mi tia...

OLIV. Donde está, donde?

ERN. Yo marcaré á usted la hora
y el lugar donde ha de verla.
De nadie sinó de usté
puedo ser; lo cumpliré.

OLIV. Ernestina!...

BERN. Complacerla
será nuestro anhelo. Ahora
que es oficial, con mas paga,
es mas fácil que á usted haga
dichosa. Qué gran señora
podrá igualarla en el tren?
En mi pobre barrio, todos
la ensalzarán de mil modos;
engalanarán su sien
las flores de mi jardin,
será usted rica, mimada;
la perla mas envidiada
de todo Paris en fin.
Bien, bien! no se hable ya mas.
Ya es justo que nos marchemos.

HERM. Cuándo á vernos volverémos?

BERN. Muy pronto. A Dios! ah! jamas
podré olvidar este dia.

OLIV. Vendrá usted aquí?... (*A Ernestina.*)

ERN. (*A Oliverio.*) Mañana.

OLIV. Providencia, de ti emana
mi dicha, Dios me la envia.

ESCENA III.

HERMINIA, ERNESTINA.

ERN. Herminia, qué feliz soy!...
HERM. Ese jóven apreciable
ama á usted, y no es variable.
ERN. Harto convencida estoy
de ello: ayer le conocí;
y al punto que le traté
cariño le profesé;
tanta franqueza en él ví.
Pero usté Herminia está triste!
Llora usted... Qué la atormenta?
HERM. Nada, nada; pues contenta
junto á usted el alma existe.
ERN. No paga usted bien mi afecto:
sufre usted...
HERM. No sé finjir:
porqué al engaño acudir
cuando el corazon perfecto
de usted sabe adivinar
mi pena? Un amor vehemente
tenido sinceramente,
amor que no sé esplicar,
causa mi daño. Creia
que mi amante se ocupaba
en trabajar; me engañaba:
es un Duque.
ERN. ¿Y os decia...
HERM. Que era pobre; asi logró
mi cariño.
ERN. Qué maldad!
HERM. No, en él hay mucha bondad.
ERN. Pero...
HERM. Sí: tanto me amó,
que por ser correspondido
me ocultó su nombre y fâma.
Geraldo Santer se llama.
ERN. (Desgraciada!... la ha vendido! (*Ap.*)
Esta noche he de escuchar
su declaracion; me pesa...
infeliz!... — Ah!... mi promesa
me salva! querrá apoyar
mi audacia el cielo.)
HERM. Os contrista
mi situacion!...
ERN. Me trastorna;
pero al alma la paz torna,
pues Dios no aparta su vista
de nosotras.
HERM. Dulce amiga,
siento un placer interior
que responde del amor
de Geraldo. Dios bendiga
mi estrella y me haga dichosa.
ERN. Infeliz! (*Ap.*)
HERM. Yo espero!... (*Ve á Mallfort.*)
ERN. Qué?...

ESCENA IV.

DICHAS Y MALLFORT.

MALLF. Herminia, perdone usté.
ERN. Mallfort! (*Ap.*)
MALLF. Le será enojosa
mi presencia; la portera
me ha dicho que encontraria
en su amable compañía
á una jóven: no quisiera
molestarlas: seré breve.
HERM. Molestarme usted, Marques,
cuando su presencia es
lo que consolarme debe!
MALLF. Esta jóven... (Ernestina!) (*Ap.*)
ERN. Ah! por Dios, Marques!... prudencia!
(*Aparte á Mallfort.*)
MALLF. Qué me indica su presencia (*Ap.*)
en este sitio? no atina
mi pensamiento...
HERM. Señor
es mi amiga...
MALLF. No sabia
que usté á esta jóven tenia
por amiga.
HERM. La mejor
que he tenido.
ERN. Y si sincéra
he conocido yo alguna,
infeliz desde mi cuna,
es mi noble compañera.
MALLF. Es verdad; en ella solo
cabe fe, ternura, encanto,
un amor cándido y santo,
nada de mentira y dolo.
Ahora no tengo el honor
de conocerla... (en tal traje
(*A Ernestina aparte.*)
y escondida en tal paraje).
Hágame usted el favor
de decirme desde cuando
data su amistad: le pido
tal favor, porque me cuido
de su bien. Me estoy tomando
(*Por Herminia.*)
un interes sin igual
por su suerte, y me complace

saber quién feliz la hace.
Es un modo original
de averiguar... pero creo
que usted comprende mi idea,
y que usted misma desea
lo que yo tanto deseo.
HERM. Es un buen amigo
ERN. Sí:
tarde lo conozco; mas (*Ap. á Mallfort.*)
no lo he de olvidar jamas.
MALLF. Y obrará usted bien así. (*Id. á Ern.*)
ERN. Yo, señor, vivia ahogada (*Alto.*)
bajo el peso del dolor
sin tener en mi redor
mas que un alma desvelada
por mi bien. Esta alma bella
valiéndose de su influjo,
misteriosa me redujo
á que tuviese su huella
por guia. Por ella osada,
tuve el intento grandioso
de buscarle al pecho ansioso
sociedad ménos viciada.
Por ella tambien he visto
que me engañaban; por ella
seguí el rumbo de mi estrella
y de mi plan no desisto.
Comprende usted? (*Asentimiento de Mallfort.*) Con Lené,
una tia mia...
MALLF. Oh! (*Ap.*)
ERN. Al baile asistí que dió,
la de Hervó: le esplicaré...
es un baile encantador,
de gente trabajadora;
y como soy *bordadora...*
MALLF. Ah! comprendo... (*Ap.*) Qué valor!
HERM. Allí la ví.
ERN. Y allí estraña,
yo á todos, me protejió; (*Por Herm.*)
mi amargura consoló;
del pecho apartó la saña.
MALLF. Y ahora... (*Aparte á Ernestina.*)
ERN. Lené me espera
cerca de aquí. (*Aparte á Mallfort.*)
HERM. Es desgraciada;
y por mí tal vez curada
quedará de pena fiera.
MALLF. Tiene usted una grandeza (*A Ernestina.*)
de älma que me conmueve;
usted á mucho se atreve:
se necesita entereza,
resignacion y cordura,
para un paso tan audaz.
Quitemos el antifaz
que encubre su ánima pura...
ERN. Por Dios!...
HERM. Marques...
MALLF. (*A Herminia.*) Señorita,
esta jóven ha tomado
otro nombre... la ha engañado:
esta jóven solicita
conocer la sociedad,
porque vive entre el perfume
del vicio que es fuerza abrume
su pecho en su puridad.
La lisonja y el amaño
la han perseguido, y pretende
conocer si se la vende,
convencerse del engaño.
La que ha cruzado altanera
por sus salas alfombradas
escitando las miradas
de muchedumbre rastrera,
ha descendido afanosa
á otro círculo modesto,
porque en su palacio infesto
se ajitaba temerosa.
HERM. Dios mio! será verdad?
ERN. Señor Marques...
MALLF. El Baron
de Rochej, sin detencion. (*A Herminia.*)
espera de su bondad,
que irá usted á dar lecciones
de piano á su pupila.
ERN. Y HERM. Ah!
MALLF. Y mi labio no vacila
en pos de satisfacciones
en decirla... (ha de saberlo (*A Ernestina.*)
muy pronto, por qué alargar
el momento de gozar?
por qué ya oculto tenerlo?)
HERM. Pero Marques...
ERN. Ah! por Dios!...
MALLF. Es la hija de la Condesa
de Bomesnil!... Sí, *Duquesa.*
(Ah!... ya se adoran las dos!) (*Ap.*)
HERM. ¿Usted es...
(*Se dirije hácia Ernestina con alegría estremada y luego se contiene.*)
Usted perdone.
ERN. No me ofenda usted: hermana
me llamó, y en ello gana
la que si usted no se opone
la llamará siempre así.
HERM. (Pobre hermana!) Sí; la adoro.

Mallf. Vierta usted señora el lloro.
(*A Herminia.*)
Herm. Noble Marques !...
Ern. Noble, sí.

MALLFORT.

Una vez he gozado solamente
esta dicha que el alma vigoriza;
una mujer no mas no vió en mi frente
el sello criminal que inutiliza
el noble pensamiento de mi mente
y que en gérmen conviértele en ceniza:
nací deforme, y el maldito mundo
me vió crecer como reptil inmundo.
Vuestra madre no mas... bella Ernestina,
pura, sublime, bella, encantadora,
con el pobre deforme atenta y fina
no me mostró su risa mofadora.
Anjélica mujer, mujer divina !...
tú que me guias y me ves ahora,
dime si cumplo tu postrer intento,
si satisfecho está tu pensamiento.
Anjeles puros de inocencia tierna,
crucemos el murmullo de la vida
formando así los tres cadena eterna
en pos tan solo de la paz perdida.
Qué intento criminal hunde ó consterna
al que se apoya en mano bendecida?...
Raquítica es mi forma y mi semblante;
mas late aquí mi corazon gigante.
Ah... palidecen ante mi mezquinos
esos infames que el delito arrastra
porque voy recorriendo sus destinos
en medio de esta sociedad madrastra !
Rien de mí, cobardes asesinos
del corazon !... Ah ! de ellos voy á rastra,
y al apretar mi descarnada mano,
polvo, sombra tal vez se busque en vano.

ERNESTINA.

Marques, Marques, en su poder confio.

MALLFORT.

El baile de esta noche nos espera.

HERMINIA.

Qué desgracia la aguarda? Qué, Dios mio,
puede temer?

MALLFORT.

Su suerte es lisonjera:
tendré que derrocar cálculo impio
y asegurar su dicha venidera
como tambien la vuestra: por desgracia
un suceso fatal me dará audacia.

ERNESTINA.

Qué dice usted?

MALLFORT.

Por muerte de mi hermano,
Principe de Hot-martél, yo su heredero
un ascendiente alcanzo, que es muy llano
que haga brotar el torpe semillero
de aduladores *junto al vil gusano*
que despreciaban, y que ya el primero
donde quiera mimado por mi nombre,
por bella aun mi joroba les asombre.

HERMINIA.

Yo adoro al Duque de Santer.

MALLFORT.

Hermosa,
el mismo Duque su pasion constante
me ha revelado; y en la faz llorosa
he conocido el corazon amante
que la consagra á usted.

ERNESTINA.

Ah!

HERMINIA.

Cuán penosa
es hoy mi situacion! hará un instante
que respondíle, del deber esclava,
que á su altanera madre aquí esperaba;
que solo así podria ser mi esposo.

MALLFORT.

Que ha hecho usted desgraciada? usted ignora
que tiene un corazon, frio, orgulloso,
engreida y adusta esa señora?

HERMINIA.

Cumpla un deber, y pierda mi reposo.

ERNESTINA.

Herminia!

MALLFORT.

Siempre noble! usté atesora
un fondo de virtud privilejiada
con el que nada es comparable nada.
Yo la protejeré.

HERMINIA.

En vano...

ERNESTINA.

Oh amiga!...

MALLFORT.

Geraldo ama á su madre; su desvelo
es sin igual por ella.

HERMINIA.

Y que prosiga
lo mismo que hasta aquí es tambien mi anhelo.
Ah Marques! fué mi estrella ya enemiga
al nacer sin apoyo en este suelo.

MALLFORT.

Usted el nombre me admitió de hija
y yo haré porque á usted nada la aflija.

HERMINIA.

Y á ella tampoco! (*Por Ernestina.*)

MALLFORT.

No!

HERMINIA.

Ahora que medito...
vuestro amor á Oliverio...

MALLFORT.

Qué he escuchado!..
¿adorais...

HERMINIA.

Con amor puro y bendito
á un jóven militar...

MALLFORT.

Al que ha alcanzado
el grado de oficial por mí!...

ERNESTINA.

Sí?... — escrito
está en el cielo que su pecho honrado,
Marques, ha de salvarnos.

MALLFORT.

Señorita,
indiscreta obró usted si lo medita.
Ese Oliverio...

HERMINIA.

Es bueno.

ERNESTINA.

Es generoso.

MALLFORT.

Geraldo de sus prendas me ha informado
y su relato ha sido ventajoso
para él; — mas si hipócrita y malvado
quisiese...

ERNESTINA.

Es imposible!

MALLFORT.

Es sospechoso
cualquiera en este mundo desgastado.
Yo lo sabré; y si os ama, frente á frente
lucharé con Rochej osadamente.

ERNESTINA.

Ah! gracias, Marques, gracias!...

MALLFORT.

Si usted gusta
la podré acompañar hasta su casa;
si es que ya mi semblante no la asusta.

ERNESTINA.

Marques!...

MALLFORT.

Ah! mi placer no tiene tasa.
(*A Herminia.*)
La providencia, señorita, es justa,
y en sus dones benéficos no escasa.

HERMINIA.

Confio en ella y en usted.

MALLFORT.

Salgamos:
(*A Ernestina.*)
en casa de Ernestina la esperamos.
(*A Herminia.*)

CUADRO SÉPTIMO.

Salon de baile en casa de la Duquesa de Seneterre.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTINA, MACRUS.

ERN. No es de mi agrado.
MAC. Consiste
en usted: mi faz adusta
que dice que la disgusta,
puede cambiarse de triste
en alegre su usted quiere
y es usted feliz.
ERN. Dichosa
soy siempre.
MAC. Sí, y siempre hermosa.
ERN. Ese lenguaje prefiere
la que le gusta bailar,
divertirse, sonreir,
y la fastidia el oir
gemir y moralizar.
MAC. Tiene usted mucha razon:
junto á usted se desvanece
mi pena, y otra vez crece
mi pasada animacion.
Me faltaba una mujer
que me cediese su amor
para volver al calor
de mi primitivo ser.
Usted á la senda, hermosa,
me guia de la ventura:
gracias, gracias, criatura
angelical y preciosa.
ERN. Puede usted sufrir á un viejo
con sus máximas morales?

MAC. Oh! los viejos son fatales;
siempre que puedo me alejo
de su lado.
ERN. Me enajena
oirle á usted.
MAC. Vanidosa, (*Ap.*)
rica, necia y caprichosa!...
Me engañó ó se engaña Elena.
Esto está ya conquistado.
ERN. (Qué fácilmente se entrega! (*Ap.*)
veamos á donde llega
su maldad.) Y qué ha encontrado,
quiero decir, qué ha observado
usted en mi tia?...
MAC. Cual?
ERN. Elena.
MAC. Es angelical.
ERN. Ay!.. otra cosa he pensado
yo de ella.
MAC. Sí?
ERN. Me da hastio
por lo rara.
MAC. Sí; algo hay de eso.
ERN. Y la conduce el esceso
de su sentimiento pio
á hablar mal de usted. Mal! digo...
demasiado bien. Muy recto,
muy religioso y perfecto
le pinta á usted, muy amigo
de visitar diariamente
la iglesia... y como á mi anhelo
de gozar en este suelo
y de vivir libremente
contraría en alto grado
el genio de usted...
MAC. Por fuerza:
es justo que usted ejerza
un dominio...
ERN. Siempre he amado
el bullicio halagador
que del centro se desprende
de la sociedad, que tiende
con su encanto arrullador
á adormecer los sentidos,
á trastornar la cabeza,
que con mágica destreza
nos mantiene embebecidos.
Usted reza demasiado;
da usted limosna al mendigo,
habla con él; le da abrigo;
ay!... su harapo despreciado
toca usted.
MAC. Es repugnante.
ERN. Y siempre en usté es costumbre:
eso me da pesadumbre.
MAC. Se le echa pan á un tunante
como á un perro.
ERN. Ah! vil!.. (*Ap.*)
MAC. Creyendo
que á usted esto contentaba,
delante de usted obraba
de ese modo; y estoy viendo
que Elena se equivocó,
y que juzgando á usted mal,
su equivocacion fatal
me perdió, me alucinó.
Yo fingia santidad
por complacerla.
ERN. Malvado!.. (*Ap.*)
MAC. Yo que nací destinado
para la alta sociedad.
Mentí por el interes
de alcanzar su amor.
ERN. Lo creo. (*Ap.*)
MAC. Si alguna piedad poseo
hoy la coloco á sus piés.
ERN. Infame!.. infame!.. mi herencia (*Ap.*)
motivó su farsa; sí:
por su mal lo comprendí:
cuánta maldad!.. qué insolencia!..
MAC. Pensativa y enojada (*Ap. observándola.*)
segun demuestra su ceño,
y ántes semblante risueño
pero con risa forzada!...
Ah! he caido en el garlito!..
serenidad!
ERN. Caballero...
MAC. Basta; señorita: espero
no creerá que su inaudito
abandono, su impiedad
proteja mi lengua: cuánto
he sufrido!... causa espanto
que haya tal perversidad
en un alma al parecer
tan hermosa! Señorita,
usted mi alma precipita
á abismos de padecer.
Yo la creí religiosa,
caritativa; la amaba
porque en usted encontraba
una vírgen bondadosa.
Esta noche en mi memoria
se gravará eternamente,
porque perdí de repente
toda mi dicha... ilusoria.
La escuché á usted, y creia

que de un capricho inocente
era efecto el sorprendente
cambio que en usted veia;
pero ha abierto eterna llaga
su acento en mi pecho amante;
fuerza es que mi afan constante,
que mi ilusion se deshaga
y se convierta en martirio.
Ella y mi madre, á las dos
las consagraba, buen Dios,
mi fe eterna en mi delirio!..
Cuánto padezco!... abatido,
desconsolado me ausento,
llevando mi pensamiento
en negro dolor hundido.
Pero es preciso que léjos,
muy léjos de usted suspire;
y que llore y que delire
sin que puedan los reflejos
de sus ojos deslumbrarme:
no nos verémos ya mas.

ERN. Escúcheme usted.

MAC. Jamas!...
Si llegase usted á hablarme,
su potente seduccion
tal vez me fascinaria!
Dále fuerza al alma mia,
dále fuerza al corazon
buen Dios!.. A Dios, señorita;
el duelo mi alma traspasa:
(No sabe lo que le pasa.) (*Ap.*)
Dios guie á usted. (*A ella.*)

ESCENA II.

(*Durante la escena anterior, han pasado varias veces por el foro los tutores y la Duquesa de Santer esperando una ocasion favorable para presentar á Ernestina sus protegidos.*)

ERNESTINA.

Ah!.. me agita
una pena inconcebible!
y yo creí... desgraciado!...
ay!... amarle me es vedado;
pero tambien me es sensible
haberle juzgado odioso.
Como siempre estoy vendida,
siempre pienso mal!.. Qué vida!..
cuando alcanzaré reposo!..

ESCENA III.

DICHA, DUQUESA *y á poco* GERALDO.

DUQ. Ah!.. ya está sola. Querida,
la buscaba á usted.

ERN. Qué es?

DUQ. Vé usted aquel jóven? pues...

ERN. Su hijo de usted?..

DUQ. Que la pida
me exije una contradanza...
hablada. Se halla enfermizo!..
sintiendo que de su hechizo
prive usted y de su danza
á la multitud gozosa,
y temiendo disgustarla,
me ha enviado á suplicarla
sea con él generosa.

ERN. Con mucho gusto.

DUQ. Es plausible
su finura. Aquí se acerca.
(*Por Geraldo.*)
Estemos por aquí cerca.
Mi gozo es indefinible.

ESCENA IV.

ERNESTINA, GERALDO.

GERAL. Usted deberá estrañar
sin duda mi peticion.

ERN. Si en verdad.

GERAL. Esta ocasion
no quise desperdiciar:
y aun que afectado cruelmente
por el mal que me anonada,
vine á hablarla, interesada
el alma en mi afan vehemente.
Sabe usted de la manera
que se casa á una heredera?
pues se lo voy á decir.
Hay madres muy cariñosas,
mas tambien muy ambiciosas
pensando en lo porvenir.
Mi madre me adora,
me paga el cariño
que el alma de niño
la tuvo hasta ahora.
Mas... ay!.. deslumbrada
por mágico brillo,
su pecho sencillo
convierte en morada
de eterno tormento,
que intenta un enlace

que si á ella le place
me da sentimiento.
Por Dios, señorita,
no quiero ofenderla,
no puedo quererla,
mi pecho se agita
por otra hermosura,
la adoro, é inflama
de amor viva llama
el ánima pura.
Mi madre engreida
por título vano,
tendrá por insano
mi amor que es mi vida.
Y hoy temo su enojo,
preciosa Ernestina;
usted adivina
mi pena, mi arrojo,
mi crudo tormento,
y amores respiro,
y amante deliro,
y amor solo siento.
Así intentaban casarnos,
mas no debemos amarnos,
porque siento otra pasion.
Perdone usted, Ernestina...
una imágen me fascina
que hace hablar al corazon.

ERN. Su injenuidad agradezco:
prefiero que obre usté así.
Si necesita de mí
para su intento, me ofrezco...

GERAL. Su intercesion serviria
de obstáculo... usté es la presa...
Esa infame Baronesa
vende á usted. De un alma fria
que pretende comerciar
con lo que hay de mas sagrado,
mas puro, el privilejiado
corazon, qué hay qué esperar?
Desprecie usted el murmullo
de lisonjas meditadas.

ERN. Son armonías gastadas
que ni me ofrecen arrullo.

GERAL. Que encuentre usted el placer
entre este negro sarcasmo.

ERN. Y usted en el entusiasmo
de su amor.

GERAL. No puede ser.
(*Sonrie amargamente, saluda y vase.*)

ESCENA V.

ERNESTINA.

De ellos, de mí que será?
Estoy en un laberinto,
y este espacioso recinto
me acongoja. — El Marques; ah!

ESCENA VI.

ERNESTINA, MALLFORT.

MALLF. Ya no inspiro á usted temor?

ERN. No; en usted veo un amigo,
aunque le creí enemigo
de mi madre.

MALLF. Yo!... Señor,
responde á esta criatura;
dile la verdad. Mintieron;
si: vilmente me ofendieron:
Dios sabe la verdad pura.
Usted muy poco en su infancia
en su casa me veria,
porque *poco* á ella acudia;
pero no cabe inconstancia
ni falsedad en mi pecho.
Yo su enemigo? ah!... Malditos!...
delitos sobre delitos!...
de todos voy en acecho.

ERN. Comprendo ya la perfidia
de todos.

MALLF. Contra ellos fuerte,
por asegurar la suerte
de usted el anciano lidia.
Ha visto usted á esa turba
de adoradores... del oro,
junto á usted gimiendo á coro,
junto á usted en línea... curva?
Ha hablado usted con alguno
de sus viles pretendientes,
siempre en su amor consecuentes,
con algun necio importuno?

ERN. En su lenguaje descubro
la realidad descarnada.

MALLF. Pues es todavía nada
para lo mucho que encubro.

ERN. Con Geraldo hablé hace poco...

MALLF. Y ese..

ERN. Adora á nuestra amiga.

MALLF. Ojalá su afan consiga.
Casi nunca me equivoco,
y yo jamas he dudado
de Geraldo.

ERN. Yo temí...
pero ya la verdad ví.
Ah! no le habia tratado.
Macrus tambien con acento
dolorido...
MALLF. Os ha espresado
su amor?
ERN. Si: desventurado!...
era tal su sentimiento!...
MALLF. Es hipócrita y taimado.
ERN. Así creia... mas hoy...
MALLF. Vamos, persuadido estoy
de que el resorte ha empleado
de seduccion mas seguro.
ERN. Infeliz!.. Cuánto ha sufrido
desque á su madre ha perdido!...
MALLF. Su madre!...
ERN. Ah! su acento es puro.
Mi corazon he entregado;
me es imposible ya amarle;
mas nunca llegaré á odiarle;
le compadezco.
MALLF. Malvado!...
qué finamente conduce
su plan!...
ERN. No creo...
MALLF. Aquí viene:
escuche usted; me conviene
que sepa á que se reduce
su táctica; presentar
á la sociedad desnudo
de su máscara, al que pudo
por sus engaños medrar.
ERN. Por Dios, Marques!...

ESCENA VII.

DICHOS Y MACRUS.

MALLF. Caballero! ..
(*Llamándole.*)
Señor de Macrus.
MACR. Marques...
Señorita...
MALLF. Vamos pues
al asunto. Soy sincero;
estoy con usted quejoso.
MACR. No sé...
MALLF. Señores aquí,
(*Salen algunos caballeros.*)
aquí, al rededor de mí;
esto va á ser muy gracioso.
Pues bien... —Oh! Baron!—Condesa!..
(*Los saluda porque los ve llegar.*)

ESCENA VIII.

ERNESTINA, ELENA, DUQUESA, BARON, MORNAND, RAVIL, MACRUS, MALLFORT, CONVIDADOS.

MACR. Qué querrá?... (*Aparte.*)
MALLF. Señores!... bien!
(*A Ravil, Mornand, al Baron, etc. etc.*)
Aquí todos!... y tambien
la respetable Duquesa.
MACR. Pero en fin...
MALLF. Vá usted á oir...
todos le hacemos honor,
oh!... si señor, si señor,
en venirnos á reunir
junto á usted.
BARON. Qué es?...
(*A Ravil y Mornand.*)
MALLF. Segun creo
usté á su madre ha perdido:
qué desgracia!... lo he sentido.
MACR. Señor Marques...
MALL. Y deseo,
si en mí no es indiscrecion,
saber el dia en que ha muerto
dicha señora.
MACR. Por cierto
que esa pregunta...
MALLF. En union
con todos se la dirijo,
pues su falta de atencion
exije reparacion.
MACR. Falta de atencion!..
MALLF. Un hijo
que pierde á su madre, avisa
de ello á todos sus amigos,
para que sean testigos
de su dolor: es precisa
condicion.
MACR. Pero...
MALLF. Paciencia.
Oiga usted: soy muy devoto:
rien ustedes? esploto
cuanto llega á mi presencia.
ELENA. Malvado! (*Aparte.*)
DUQ. Está confundido!...
(*Ap. á la Baronesa.*)
RAV. Qué será? (*Al Baron y Mornand.*)
MALLF. En Santo Tomas...
MACR. Ah!... (*Ap. asombrado y confuso.*)
MALLF. Le ví á usted, y ademas
noté tambien que, aflijido,
encargó á un buen relijioso
misas por su madre; sí:

y luego caer, le vi
desmayado.

ERN. Dios piadoso!... (*Ap.*)

MALLF. Todo era mentira, todo
fingimiento; fingimiento,
farsa vil por torpe intento.

MACR. Ven ustedes de que modo
me insulta!... todo lo olvido.
Oraba; un vértigo fué
hijo de exaltada fé
lo que me quitó el sentido.
Secretos de la oracion
que Dios sabe y Dios aprecia,
y que tan solo desprecia
quien no tiene religion.

MALLF. Perverso!... Usted ha mentido:
vive su madre, lo sé;
sí, de todo me informé:
usted tal farsa ha fingido
por su avaricia estremada,
y por todo ha atropellado;
hasta á su madre ha empleado...
alma vil y depravada!...

MACR. Caballero...

MALLF. Basta, basta;
váyase usted, pues le advierto
que no, no, no me divierto;
que mi paciencia se gasta.
Váyase usted. La Duquesa
tendrá un placer, yo lo creo,
en que se vaya á... paseo
un ente que no interesa.
Usted es un delincuente...
un criminal... de salon;
yo decido esta cuestion,
y á un destierro permanente
le condeno.

MACR. Vuestro ultraje
en mal lugar me coloca,
y sé lo que hacer me toca:
castigar vuestro lenguaje.
Hasta mañana, Marques;
mañana nos batirémos.

MALLF. Mañana no nos verémos; (*Ap.*)
tendrás miedo.

MACR. Voyme pues.
Elena!... (*Al oido de esta.*)

ELENA. Ese hombre maldito!...
(*Aparte á Macrus.*)

MACR. Me vengaré. (*Id. á Elena.*)

RAV. Bien!... (*Ap. al Marques,*)

MACR. Me ausento.
Justificarme es mi intento
de ese supuesto delito. (*Á la Duquesa.*)

DUQ. Obligacion apremiante
es en usted.

MALLF. No lo hará.

MACR. Señor Marques se verá.

ESCENA IX.

DICHOS *ménos* MACRUS.

MALLF. Qué insolente y qué tunante!...
Ha visto usted, hija mia!...
(*Ap. á Ernestina.*)

ERN. Marques!... (*Id. á Mallfort.*)

BARON. Ansiaba la mano
de Ernestina? (*A Mallfort.*)

MALLF. Pues es llano.

DUQ. Ese infame pretendia
desbancar á mi hijo. (*Ap. á una señora.*)

BARON. ¿Y quién...
le protejia... ayudaba... (*A Mallfort.*)

MALLF. Quién á ese Santo ensalzaba?...
(*Señalando á Elena.*)
piense usted... piense usted bien...

BARON. Ah!.. ya!.. sí.. sí... Mala hermana!...
me ocultaba... ella sin duda,
sí, le prestaba su ayuda.
Qué condicion tan villana!...

MALLF. Está usted enferma, Elena?

DUQ. Qué tiene usted?...

MORN. Demudada
tiene usted la faz...

ELENA. Señores,
agradezco sus favores,
me encuentro bien; alterada
por el lance que ha pasado...

RAV. Él jesuita, ella beata, (*Ap.*)
ata cabos, Ravil, ata.

DUQ. Fué nada: ya se ha marchado
quien podia dar temor:
en baile, en baile, bailemos;
dentro estarémos mejor.
(*Muy significativamente al oido de Mallfort.*)
Gracias Marques!
(*Se van poco á poco casi todos hácia el salon.*)

ELENA. Se ha perdido (*Ap.*)
todo!

ESCENA X.

ERNESTINA, BARON, RAVIL, MORNAND, MALLFORT.

BARON. Es usted muy discreto;
favorece mi secreto. (*Ap. á Mallfort.*)

mi...
MALLF. Aun no he concluido. (*Ap. al Baron.*)
BARON. Oh!
RAV. Aprovecha esta ocasion. (*Ap. á Morn.*)
MORN. Se digna usted aceptar (*A Ernestina.*)
mi mano para bailar?
MALLF. No señor.
MORN. ¿Con qué intencion
se opone usted...
BARON Y RAVIL. Como!...
MALLF. Vamos!...
Mornand, no escandalicemos;
mejor nos entenderémos (*Ap. á Morn.*)
tal vez de lo que pensamos.
Recuerda usted la estocada
que al corazon dirijida
dió en su brazo? Acaso olvida
usted que me fué otorgada,
por su labio la promesa
de recordarla?
MORN. No.
MALLF. Y qué?
el que entónces castigué
porque ultrajó á la Condesa,
á una anciana moribunda,
y á su hija tambien; lo oí:
el que entónces habló así,
no es fuerza que se confunda,
y que no piense en la herencia
de la mujer que ultrajó?
Su secreto guardo yo,
nadie le sabrá. En presencia
de esa jóven, que sus ojos
nada espresen; que no exista
para usted: si, que su vista,
ni amor esprese ni enojos.
MORN. Lo haré así.
MALLF. Bien. (*Alto.*) Caballeros...
Oh! la música es divina.
Al baile, al baile, Ernestina.
ERN. Pero...
MALLF. Debo protejeros.

ESCENA XI.

BARON, RAVIL, MORNAND.

RAV. Bien!... Has quedado lucido.
BARON. Qué afrenta!... qué... Defectuoso?...
malo, intrigante, envidioso;
ah!... — Y ahora ¿qué partido...
MORN. Ninguno.
BARON. Cómo ninguno?
soy su tutor...
RAV. Bueno!... bueno!...
Estoy de alegría lleno.
Ese Marques...
BARON. Es un tuno.
RAV. Y tú qué asunto traias
con él?
MORN. Déjame!
BARON. Qué asunto
le ha conducido á tal punto?
Diga usted?
RAV. Supercherías.
MORN. Ravil, estoy fastidiado:
cállate, ó lo pasas mal.
RAV. (Oh! contratiempo fatal!... (*Aparte.*)
ah! perverso jorobado.
Nos va sacando del juego
con una facilidad...
Y Macrus... Ese en verdad
estará de rencor ciego.
Él y yo... juntos los dos
aun harémos mucho daño.)
A Dios. (*Al Baron y Mornand.*)
MORN. A Dios.
BARON. Y es estraño!...
(*Hablando consigo mismo.*)
MALL. (*Apareciendo en la puerta del fondo.*)
Id siempre de ese hombre en pos.
(*A dos convidados señalando á Ravil: aquellos le siguen.*)

ESCENA XII.

BARON, MORNAND, MALLFORT.

MORN. Viene usted?
BARON. Vamos allá.
(*Hace una seña á Mornand indicándole que dispense: este se va.*)
MALLF. Una palabra, Baron.
Usted en mala opinion
me tiene; y usted verá
que le aprecio.
BARON. Si: por tierra
usted mi cálculo ha echado.
MALLF. Yo, buen Baron, le he apoyado
fingiendo hacerle la guerra.
BARON. Cómo?
MALLF. Mornand ya se ha hundido,
ya se encuentra sin apoyo,
ya se le prepara el hoyo;
en fin, Baron, ha caido.
La oposicion le derroca;

usted es un hombre apto,
y yo de muchos me capto
la voluntad; punto en boca;
y haré que sea elejido
diputado.

BARON. Diputado!..
y yo que le habia odiado! *(Ap.)*

MALLF. Tan solo un favor le pido.

BARON. Otorgado.

MALLF. Es concerniente
á la heredera.

BARON. A Ernestina?

MALLF. Vele usted por su sobrina,
y ya hablarémos.

BARON. Corriente.

(Atraviesan de vez en cuando el salon los convidados.)

ESCENA XIII.

MALLFORT.

Pobre Baron!... su condicion avara
le hará acceder á cuanto de él se exija;
pero temo encontrarme cara á cara
con la que es necesario que me aflija.
Noble orgullosa de *nobleza rara*,
preciso es que á buscarte me dirija.
Ah! mi plan hábilmente combinado
no vea por tu orgullo derrocado.
Y Herminia? ¿Accederá... me prensa el alma
el torcedor amargo que me acosa.
Un momento no mas de dulce calma
que mitigue mi angustia dolorosa!...
Ah! si alcanzo por fin la ansiada palma,
el corazon que en lágrimas rebosa,
henchido de entusiasmo, de emociones,
hará felices cuatro corazones.

ESCENA XIV.

MALLFORT, GERALDO.

GERALDO.

Al encuentro de usted mi madre llega;
á usted la he dirijido.

MALLFORT.

Bien.

GERALDO.

Ferviente
mi pobre corazon ahora le ruega.

MALLFORT.

Descanse usted en mí: de cuanto intente
su buena madre que á su afan se entrega,
partícipe le hará si usted consiente
esta vecina estancia.

GERALDO.

Sí; aquí viene.

MALLFORT.

Va usté á juzgar del protector que tiene.

(Geraldo entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA XV.

LA DUQUESA DE SANTER, MALLFORT.

DUQUESA.

Asombrada, Marques, y temerosa
vengo á oir de su boca mi sentencia.

MALLFORT.

No comprendo porque...

DUQUESA.

Me hallo dudosa,
y me mata, Marques, esta impaciencia.
La Baronesa responderme no osa,
y Geraldo de usted á la presencia
me envia: usted sabrá su pensamiento
acerca del enlace que ahora intento.

MALLFORT.

Ese enlace señora es imposible.

DUQUESA.

Qué dice usted!..

MALLFORT.

Los dos, enamorados,
sienten un fuego vivo; inestinguible,
por diversos objetos; alentados
por la sana razon y alma sensible,
francos se han dicho ya que destinados
están sus corazones; no han mentido,
y su deber no mas así han cumplido.

DUQUESA.

Usted abona su conducta infame!...
Usted, Marques, de un hijo que me mata,
que hace que ardientes lágrimas derrame
abona ahora la conducta ingrata!...
De usted depende todo!.. fuerzas dame
buen Dios, pues si mi lengua se desata,
se escapará del alma lo que siento,
y odio, rencor no mas aquí alimento.

MALLFORT.

Odio! rencor!.. el corazon materno
puede abrigar su influjo pernicioso!
Si Geraldo, ¡infeliz! siente un infierno
que le priva de paz y de reposo,
si ahoga su gemido, largo, interno,
y se consume así, si congojoso

apura copa amarga que rebosa,
le verá usted sufrir, fria, gozosa?

DUQUESA.

Ah!...

MALLFORT.

La jóven que fiel le corresponde
quiere que usted la diga que consiente
en su union con su hijo.

DUQUESA.

Y donde, donde
verla podré?

MALLFORT.

En su casa. (Dios clemente, (*Ap.*)
piedad!) Y qué á esa jóven se responde?

DUQUESA.

Esa jóven, Marques, es exigente.
Debo saber sus títulos, su cuna,
su nombre, sus parientes, su fortuna.

MALLFORT.

Es profesora de piano.

DUQUESA.

Infame!...

MALLFORT.

Gana el sustento suyo trabajando.

DUQUESA.

Y quiere que hija mia yo la llame?

MALLFORT.

Es honrada.

DUQUESA.

Dios mio!.. Cuándo, cuándo
se ha visto que un Santer proteja y ame
á esa canalla odiosa!...

MALLFORT.

Estoy pensando
que ahora no mas el tronco dió una rama
que al nombre de virtud goza y se inflama.
Geraldo está por ella delirante.

DUQUESA.

Que se acuerde del lustre de su casa.

MALLFORT.

De usted depende que su afan amante
se cumpla.

DUQUESA.

Nunca.

MALLFORT.

En su dolor no hay tasa.

DUQUESA.

Y esta fiebre del alma devorante?
este llanto que vierto y que me abrasa?
Ruge en mi pecho el huracan del duelo,
y no consiento; por mi nombre velo.

MALLFORT.

Orgullo de la cuna mal fundado!...
sociedad mal basada!.. la locura
y el egoismo impio os han formado!
Vuestro hijo, señora, en su ternura
tanto á esa vírgen celestial ha amado;
que en su delirio inmenso, en su amargura,
si no se enlaza por usted con ella,
de dolor morirá tras de su huella
(Calla usted? — halaguemos su avaricia (*Ap.*)
(*Mirando hácia el cuarto en que Geraldo está oculto.*)
y su orgullo. Geraldo!... qué tormento
sufrirá!... si la hallase ahora propicia!...
probemos.) Diré á usted mi pensamiento.
(*La separa del cuarto en que está Geraldo.*)
en voz baja, por miedo á la malicia
y á la importuna adulacion: atento
oido solamente de usté exijo.

DUQUESA.

No me hable usted de mi insolente hijo.

MALLFORT.

Mi hermano ha muerto; mios son sus bienes;
Príncipe de Hot-Martel me llamo ahora.

DUQUESA.

Hermoso nombre!...

MALLFORT.

Evito parabienes,
y por eso no quiero... Soy, señora,
rico, noble, y descansa ya en mis sienes
la corona de Príncipe! *La aurora*
(*Con mucha intencion.*)
de la rica heredera es refuljente;
mas mi nombre tambien es esplendente.

DUQUESA.

No entiendo á usted.

MALLFORT.

Me esplicaré mas claro
Adopto como hija á esa belleza
que enloquece á Geraldo: sin reparo
debe usted consentir, pues mi nobleza
con muy pocas noblezas la comparo.

DUQUESA.

Ha perdido usté acaso la cabeza!

MALLFORT.

La noble profesora de piano
necesita el apoyo de mi mano.

DUQUESA.

Es imposible!...

MALLFORT.

Es noble.

DUQUESA.

Dió lecciones...

MALLFORT.

Que la honran.

DUQUESA.
No, jamas.
MALLFORT.
Geraldo muere
y con él de su casa los blasones.
DUQUESA.
Cielo Santo, es verdad!
MALLFORT.
Usted lo quiere.
Ella por mí de inmensas posesiones
será dueña: es muy buena: usted prefiere
que Geraldo señora se suicide?...
DUQUESA.
Marques!... (*Aterrada.*)
MALLFORT.
Dígame usted lo que decide.
DUQUESA.
He de ir á verla?...
MALLFORT.
Sí, mañana mismo.
DUQUESA.
Ah! señor de Mallfort! yo pierdo el seso!
MALLFORT.
Responda usted.
DUQUESA.
Estoy junto á un abismo,
no puedo responder, enorme peso
siento en mi corazon.
MALLFORT.
Oh fanatismo! (*Ap.*)
DUQUESA.
La Baronesa!...
(*Viéndola aparecer en el foro.*)
MALLFORT.
Y bien?...
DUQUESA.
De este suceso
tratarémos mañana; ahora no puedo.
Ah! señor de Mallfort, me tengo miedo.

ESCENA XVI.

GERALDO, MALLFORT.

GERALDO.
Marques!... Marques!... (*Acongojado.*)
MALLFORT.
Geraldo, confianza.
GERALDO.
No la arredró la idea de mi muerte!
MALLFORT.
Escrita está en el Cielo vuestra suerte,
y la bondad de Dios á todo alcanza.

CUADRO OCTAVO.

La misma decoracion del cuadro segundo y sexto.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON DE LA ROCHEJ Y MALLFORT.

BARON. Y vendrá pronto ese jóven!
MALLF. Muy pronto.
BARON. Tengo estudiado
un discurso... que, empleado,
sin que las marchas se innoven
de esta clase de discursos,
con cierto tino y talento,
y cierto convencimiento...
MALLF. Usted cuenta con recursos
oratorios que lo negro
vuelven blanco.
BARON. No, no tanto.
MALLF. Y se darán con un canto
sus contrarios... sí; me alegro
de que haya usted conocido
que es por su bien si me afano,
porque con él mucho gano.
BARON. Estoy, estoy convencido.
MALLF. Usted queria ser par,
venderse al capricho regio,
obtener un privilegio
por favor, pávulo dar
al vulgo á que le achacara
que se vendia al poder;
hubiera llegado á ser
distincion que le afrentara.
BARON. Cierto.
MALLF. Siendo diputado,
el pueblo que á usted elije
y nombra, y de usted exije
un interes muy marcado,
nunca de usted dudará,
y si yo á usted recomiendo,
que lo haré...
BARON. Marques!..
MALLF. Comprendo
que usté á serlo llegará.

Querian que yo lo fuera;
pero el pueblo desdichado
que hubiera representado
no adquiriera lisonjera
reputacion. Sí; dirian:
ese diputado *hermoso*
(*Aludiendo á su joroba.*)
de terreno *montañoso*
(*Rien él y el Baron.*)
viene tal vez. Reirian;
y yo á risa provocando,
ó usted Baron conmoviendo,
que produzco un bien entiendo
su nombramiento apoyando.

BARON. Gracias, Marques.—De modesto
peca usted así ensalzándome,
miéntras que usted...

MALLF. Rebajándome
me encuentro siempre en mi puesto.
(Me querian elejir (*Ap.*)
creyéndome aristocrático;
ahí tienen un *diplomático*
que no les puede servir.
En esta lucha empeñada
contra el pueblo, ojalá todo
fuese aquí del mismo modo;
poco adelantaran, nada.)

BARON. No sé como agradecer...
ó como recompensar...

MALLF. Solo con desempeñar
lo que ha prometido hacer.

BARON. Quedará usted complacido.

MALLF. Confio en la discrecion
de usted.

BARON. Puede usted...

MALLF. Baron,
hasta despues. (Advertido (*Ap.*)
queda. En el jardin están;
voy allá. Si él no resiste
á esta seduccion!.. ay triste!...
Si la Duquesa... Qué afan!

ESCENA II.

EL BARON.

Pues señor, en un embrollo
me he metido, que no sé...
no sé cómo de él saldré.
Voy á encontrar el escollo...
la oposicion... ó... la valla
que ofrecerá á no dudar...
que me querrá presentar
en actitud de batalla
mi mujer. Estoy furioso
con ellas; me he de vengar;
todo lo he de aprovechar
para vengarme, es forzoso.
Ah, Marques! tú me has salvado...
guiado... y favorecido,
y por tí seré elejido
diputado!.. Oh jorobado
no acreedor á la carga
que te molesta!.. te juro
que ha de hacer mi afecto puro
cuanto tu labio me encarga.
Oigo pasos; mi hombre es:
aquí de mi diplomacia!...
no sé porque és... pero... audacia!
todo lo sabré despues.

ESCENA III.

EL BARON, OLIVERIO.

BARON. Está usted como asombrado!..
entre usted.

OLIV. Qué es lo que pasa? (*Ap.*)
El Baron en esta casa!...
He venido aquí llamado... (*Al Baron.*)

BARON. Lo sé; —por la profesora,
por la jóven señorita
que en esta mansion habita:
en el jardin se halla ahora.

OLIV. Si usted permite que vaya...

BARON. Escúcheme usted primero,
é irá usted, así lo espero,
cuando escuchado me haya.
(Le vencerá la codicia.)
Sabe usted que le llamé
y que con usted traté
haciéndole la justicia
que se merece, por ser
un jóven muy distinguido.

OLIV. Señor Baron!..

BARON. Instruido,
honrado y digno á mi ver
de un aprecio ilimitado.

OLIV. Pero Baron...

BARON. Poco á poco:
este asunto así le toco
por ser harto delicado.
Con estos antecedentes,
creyéndole á usted perfecto,
le empleé como arquitecto
de dominios escelentes.

Y he aquí ya el mozo gentil,
por su porte deslumbrando,
concluyendo y adornando
la quinta de Bomesnil.
Dicha quinta pertenece
á la mas rica heredera
de Francia.

OLIV. Bien; mas quisiera...

BARON. Vea usted que le parece
esta acta. Es el resultado...
lo que dió de sí un consejo
de familia: le aconsejo
que la lea: convocado
este consejo... prudente,
cuando pasó á mejor vida...
cuando murió la querida
Condesa, unánimemente
decidieron... adoptaron...
— por tutor y curador
me elijieron, si señor,
así lo determinaron,
de la noble señorita
de Bomesnil.

OLIV. Ya lo veo.

BARON. Que conozca es mi deseo,
y de usted lo solicita
mi afecto, la posicion
que ocupo respecto á ella,
respecto á esa jóven bella
de sensible corazon.

OLIV. Lo sé.

BARON. La heredera hermosa
y brillante entre sus galas,
fué de la quinta á las salas
sin duda por caprichosa.
Supo que usted con su paga
y haciendo cuentas y planos
mantenia á dos ancianos,
y esto siempre... siempre halaga.
Ella es muy caritativa... (*De prisa.*)
indefinible... admirable...
amable é incomparable...
bondadosa y compasiva.

OLIV. Tú si que eres implacable,
(*Aparte y de prisa.*)
tenaz y hasta irresistible,
y lo que es indescribible
es tu acento inaguantable.

BARON. Oiga usted: logró escuchar
de usted la conversacion
desde donde la atencion
de usted no pudo llamar.
Y oyó, vió, calló, y pensó;
y de usted, claro se esplica,
caprichosa como rica
al punto se enamoró.

OLIV. Qué! se burla usted de mí?

BAR. Tengo cara de burlarme?
bien puede usted contemplarme.
Lo que nos pasa ahora aquí
es incomprensible, raro.
(El Marques lo sabe todo.)
pero de cualquiera modo
tiene usted siempre mi amparo.

OLIV. Mas...

BAR. No hay obstáculo alguno
para la boda: es corriente...
Ella ama; el tutor consiente;
es millonaria: ninguno
se opondria...

OLIV. Mas, Baron...
juro que me ha sorprendido
y estrañeza ha producido
en mi su proposicion.

BAR. Conoce usted á Ernestina
Bomesnil!...

OLIV. Nunca la he visto.

BAR. (Ó deliro vive Cristo,
ó él delira y desatina,
ó deliramos los dos.
No la ha visto usted?

OLIV. Jamas...

BAR. (Me vuelvo loco, no hay mas.)

OLIV. Escúcheme usted por Dios:
quiero creer que me adora
esa jóven opulenta,
y que una pasion alienta
pura, tierna, abrasadora...

BAR. Ella misma me lo ha dicho.

OLIV. Agradezco á esa belleza
tanto amor, tanta terneza
(*Asentimiento del Baron*)
que sin duda es un capricho;
mas mi amor he consagrado
á otra hermosura.

BAR. ¿Qué ama
usted...

OLIV. Es pura la llama
de mi pecho enamorado.
Pronto un santo juramento
nos unirá ante el altar,
y no debo ni escuchar
buen Baron su ofrecimiento.
Si yo no tuviese amor
al ánjel de mi alegría,
tampoco la adoraria;

y si fuese su esplendor
tan deslumbrante que el alma
por ser primera impresion,
concibiese una ilusion
que le robase la calma,
entónces huiria de ella:
no hay oro para comprarme,
y sintiera enamorarme
de una esplendorosa estrella.
Esta es mi contestacion:
si por rica busca esposo,
que busque un rico ambicioso
y olvide mi corazon.

BAR. (Qué desgracia!... me ha perdido!...
todo me sale al reves. =
Ah!...)

OLIV. Baron, hasta despues.

BAR. (Como hay Dios que me he lucido!)

ESCENA IV.

DICHOS, GERALDO, MALLFORT, HERMINIA, ERNESTINA, *que han salido un momento ántes de acabarse la escena anterior.*

HERM. Donde va usted tan lijero?

OLIV. Ustedes aquí?...

GERAL. Muy bien!...

BAR. Y le dan el parabien!...
Ah! Marques!... saber espero...

ERN. Oliverio, no me es dado
espresar como quisiera
el entusiasmo que altera
mi pecho.

BAR. (Estoy admirado!..)

MALLF. Desde que murió la madre
(*Cojiendo de la mano á Ernestina.*)
de Ernestina, me he encargado
de protejerla; he velado
por ella cual puede un padre.

BAR. Sí.

(*Asombro en Oliverio al ver que el Baron apoya las palabras de Mallfort.*)

MALLF. De mi solicitud,
de mi cariño acendrado
hácia ella, estoy pagado
con su amor y su virtud;
y creo que el que la adore
deberá tambien mirarme
como padre, y venerarme
sin que en algo se desdore.
Que me atienda bien ansío.
(*A Oliverio.*)
Usted que adora á Ernestina
cual astro que le ilumina
y guia por lo sombrio
de su camino, podrá
negar al pobre Marques
esa parte de interés
que él tanto agradecerá?

OLIV. Negar mi aprecio á quien debo
mi futuro bienestar?
á quien me supo alcanzar
la charretera que llevo?

MALLF. Pues oiga usted, Oliverio:
y perdone usté un engaño
que no se hizo por su daño.

ERN. (Cielo santo!...)

OLIV. ¿Qué misterio...

MALLF. Curiosidad estremada
condujo al baile de Hervó,
á la jóven que usted vió
abatida y despreciada.

HERM. (Valor!) (*A Ernestina.*)

MALLF. Ni es Lené su tia,
(*Señalando á Ernestina.*)
ni borda, y es su tutor
el Baron.

OLIV. Ah!...

BAR. Servidor.

OLIV. Qué escucho? funesto dia!...

ERN. Finji, perdon!... (*A Oliverio.*)

OLIV. Ernestina!...

BAR. (Pues mas me voy confundiendo!...)

OLIV. Señorita... no pretendo
culparla; pero no atina
mi mente... De la heredera
mas rica de Francia es justo
que aunque me cause disgusto
me aleje; su lisonjera
suerte...

GERAL Y HERM. Amigo!... (*Suplicándole.*)

ERN. Compasion!...

MALLF. No encuentra usted en su acento
amargo convencimiento
de penosa situacion?
Es rica y de ello se queja;
es noble, y el serlo siente:
será usted indiferente
cuando tal dolor la aqueja?
cuando al desnivel del mundo
ofrece amarga protesta,
cuando ella así manifiesta
el sentimiento profundo
de su corazon hermoso,
Oliverio, usted podrá

verla sufrir? Sufrirá;
pero un tormento horroroso.
GERAL. Qué decides?
OLIV. Me es sensible
renunciar lo que mas amo;
y este llanto que derramo
lo prueba bien; indecible
es mi angustia; mas dirian:
«Su avaricia le ha impulsado;
el interes le ha guiado;»
ay!... y me asesinarian.
MALLF. Ese vulgo infamador
callará, yo lo prometo;
porque sabrá este secreto
por la boca del tutor.
(*Señalando al Baron.*)
Sabrá que á Ernestina pobre
amó el jóven oficial,
y que despreció el caudal
de la heredera; recobre
usted la calma perdida;
la accion de usted me conmueve,
y es tan bella que no debe
pasar desapercibida.
ERN. Oliverio, por mi amor!...
MALLF. Asusta á usted la riqueza,
á usted á quien da entereza,
rectitud el pundonor?
Ojalá ya que es precisa
esta cruel desigualdad
en la injusta sociedad,
alcanzasen la sonrisa
de la fortuna los buenos!
Cuánto bien podrá usté hacer
con lo que va á poseer!...
cuántos desgraciados ménos!..
OLIV. Es verdad; no seré odiado
como otros ricos.
ERN. Es cierto?
OLIV. Un mundo nuevo se ha abierto,
para el infeliz soldado.
HERM. Qué felicidad!.. (Dios mio!..
un carruaje!..)
MALLF. La Duquesa
de Santer.
BARON. Voy de sorpresa
en sorpresa.
OLIV. Ella!..
GERAL. Confio
en usted, Marques.
MALLF. Verémos.
BARON. Qué es esto? (*A Mallfort.*)
MALLF. Baron, por Dios!..
entérenle ustedes dos...
(*A Oliverio y Ernestina.*)
(pero no aquí.) (*Ap. á Oliverio.*)
OLIV. (Bien.) (*Ap. ál Marques.*)
((*Al Baron.*) Podemos
pasar al jardin.
BARON. Muy bien.
HERM. Tiemblo, Geraldo. (*Ap. á Geraldo.*)
GERAL. Valor!..
(*Ap. á Herminia.*)
cuando ella viene... — (Temor,
como ella tengo tambien.)

ESCENA V.

MALLFORT, HERMINIA, LA DUQUESA DE SANTER.

MALLFORT.

Aquí está: su semblante demudado...
Serenidad, Herminia, y fortaleza;
funesta reaccion se ha apoderado
(*Ap. á Herminia.*)
en su orgullo fatal de su cabeza.

DUQUESA.

Saludo á usted, Marques. — ¿La señorita
de quien usted me habló..

HERMINIA.

(Cielos!..)

MALLFORT.

Presente
la tiene usted.

DUQUESA.

Es jóven y bonita!... (*Ap.*)
Alucinó á Geraldo fácilmente.
Con que usted ha tenido la osadía
de exijir que yo venga á su presencia!...

MALLFORT.

Señora!...

HERMINIA.

Mi amor propio lo exijia,
mi dignidad.

DUQUESA.

Qué orgullo!... qué insolencia!...
su dignidad!...

HERMINIA.

Sin duda; la que el alma
llena de una emocion consoladora;
la que da á nuestro ser placer y calma;
la del trabajo y la virtud, señora.

MALLFORT.

Bien, hija mia, bien!...

DUQUESA.

Y efecto acaso

es de su dignidad la loca idea
de hacer que una Duquesa dé este paso?...
pudo usted ir á verme.

HERMINIA.

Que usted vea
fuerza es que soy huérfana, y seria
una locura en mí, delirio, audacia,
hablar de mi pasion, sola, sin guia,
á quien halla un delito en la desgracia.

DUQUESA.

Y cómo siendo usted tan recojida
se enamoró de un Duque?

HERMINIA.

Me engañaba;
creia que pasaba oscura vida
el que lleno de amor me enamoraba.

DUQUESA.

Es verdad?... yo creia...

HERMINIA.

Disfrazado,
mintiendo nombre y cuna, ante mis ojos
se presentó: es delito haberle amado?
provocó acaso así vuestros enojos?

DUQUESA.

Me conmueve su acento! (*Ap.*)

HERMINIA.

He pretendido
á falta de mi madre... «madre mia»
llamar á usted: tan dulce es el sonido
de esa palabra tierna, que amaria
al pronunciarla cuanto existe y nace,
cuanto Dios en su hermoso panorama
adorna con la luz que le complace,
cuanto el supremo Ser bendice y ama.

DUQUESA.

Siento una voz secreta que aquí grita (*Ap.*)
en su favor; preciso es apagarla.
Siento que el alma su bondad me agita;
pero... la sociedad me manda odiarla.
Y pudo usted imaginar siquiera (*A Herminia.*)
que accederia á semejante enlace
la que está colocada en otra esfera?
No ve usted que es preciso que rechace
todo lo bajo, indigno de su nombre
la que nació Duquesa? Envilecido
de ese hijo infame el corazon de hombre,
por usted, por usted, ah!... le he perdido.

MALLFORT.

Señora!...

HERMINIA.

No merezco tal ultraje,
y estraño que usted, poco generosa,
para usar nada mas ese lenguaje
consienta en visitarme. Pesarosa,
mas resignada, estaba decidida
á pasar una vida de tormento
en mi pobre mansion, triste, escondida,
si nos negaba usted su asentimiento:
pero confie usted en mi promesa:
no veré ya á Geraldo; lo aseguro:
tranquilícese usted, *noble* Duquesa:
entre los dos usted levanta un muro.
Usted es madre de Geraldo: olvido
sus palabras crueles. — Cielo santo!...
mi existencia tan solo es un gemido
largo, muy largo, al que acompaña el llanto.
Ah! qué tormento!... violento late
mi pobre corazon; se desvanece
ante mis ojos todo. . Ay Dios!... se abate...
mi... ser... Marques!...

(*Cae en los brazos de Mallfort*)

MALLFORT.

Señora, me estremece
vuestra conducta odiosa. Usted desea
la muerte de los dos!... Esta es su obra!
contémplela usted bien, pues se recrea
pensando en la alta fama que así cobra.

DUQUESA.

Ah! Marques de Mallfort, yo me arrepiento:
(*Llorando.*)
loca, insensata, me olvidé de todo
al pisar este tosco pavimento:
pero ahora... ay!... á todo me acomodo.

MALLFORT.

No lo comprendo mal?

DUQUESA.

Es virtuosa!
Infeliz!... socorrámosla.

ESCENA VI.

DICHOS, EL BARON, ERNESTINA, OLIVERIO Y GERALDO.

GERALDO.

Qué veo!...

OLIVERIO Y ERNESTINA.

Herminia!

BARON.

Qué sucede?

MALLFORT. (*A Geraldo.*)

Es generosa.

DUQUESA.

Accedo sí, hijo mio, á tu deseo.

GERALDO.

Herminia!... oye mi voz.

(*Una pequeña pausa.*)

MALLFORT.

Vuelve en su acuerdo.

GERALDO.

Herminia!

HERMINIA.

Quien? Geraldo!..—La Duquesa!..

DUQUESA.

Olvide usted, Herminia, ese recuerdo
que me avergüenza, sí; mi encono cesa:
ámense ustedes y felices sean:
si el mundo con sarcasmo maldiciente;
si aquí mi proceder todos afean,
entre el murmullo elevaré mi frente:
Baron, y usté opulenta señorita:
aquí está la Virtud. (*Por Herminia.*)

HERMINIA.

Ah!

BARON.

No lo dudo.
Este oficial la mano solicita
de Ernestina... y la alcanza... soy su escudo...
es honrado... y valiente... y...

GERALDO.

Qué ventura!
Uno de mis amigos.
(*Por Oliverio dirijiéndose á su madre.*)

DUQUESA.

Yo lo creo:
á ellos les debes tu pasion tan pura.

MALLFORT.

Su bienestar. En su semblante leo,
Herminia, la ventura: en este dia (*Ap. á Herm.*)
callará su secreto aun á su hermana?

HERMINIA.

Marques..... no le comprendo..... (Ah! madre
mia!) (*Ap.*)

MALLFORT.

Virtud es su soberbia mas que humana. (*Ap.*)
Condesa, guíanos desde tu altura,
pues al lado de Dios tendrás tu asiento.
Señores, todo es hoy aquí ternura, (*Alto.*)
una sola familia, un pensamiento.
El crímen nuestras frentes no amenaza.
Ravil y *el buen* Macrus por forzadores
de una puerta secreta...

BARON.

Infame traza!...

MALLFORT.

Despida usté á Lené. (*Aparte á Ernestina.*)
Por malhechores
tienen por aposento un calabozo.
No se altere por esto la alegría.
Para aumentar mi verdadero gozo
falta que la fortuna me sonria
generosa. En Herminia el bien estriba
que apetezco.

HERMINIA.

Tan solo en mí consiste?

MALLFORT.

En usted.

HERMINIA.

Su bondad pura, escesiva,
acreedora es Marques á cuanto existe.

MALLFORT.

Llámese usted: Herminia...

DUQUESA. (*Aparte.*)

Ya comprendo.

MALLFORT.

Herminia de Mallfort. Me llama padre;
(*Á los demas.*)
si la adopto por hija en que la ofendo?
Recuerde usted á su querida madre.
(*Ap. á Herminia.*)

HERMINIA.

Gracias Marques!

MALLFORT.

Qué dicha!... Dios eterno,
bendito sea tu bendito nombre!...
Ah! tu sacas mi alma del infierno
en que sumida estaba por el hombre.
Quién odia al repugnante contrahecho?
Hijas del corazon, seres queridos,
contad de hoy mas del amoroso pecho
en su veraz contento los latidos.
Tú, de tu barro frágil, quebradizo,
buen Dios, tú las formaste tan hermosas!
tú sin igual y seductor hechizo
diste á las dos, sensibles, candorosas.
Sed felices con ellos. (*Por Geraldo y Oliverio.*)
(*A la Duquesa.*) Ah, señora,
su soberbia es virtud en este suelo.

DUQUESA.

Por usted soy feliz desde esta hora.

MALLFORT.

El bien baja de allá.
(*Herminia, Ernestina, Geraldo y Oliverio se arrodillan á los pies de Mallfort.*)

HERMINIA Y ERNESTINA.

Marques!

MALLFORT.

Del cielo.

FIN.

ERRATAS.

PÁG.	COL.	LIN.	DICE.	LÉASE.
1	2	26	y con atencion	y con atencion ,
6	1	29	lucidas ,	lucidas.
20	1	22	habitacian	habitacion
22	1	39	tranquidad ,	tranquilidad .
26	1	38	en su l cencia	en su licencia
30	1	36	á usted qué le aqueja ?	á usted qué pena le aqueja ?
32	2	24	las dos hablando ;	las dos hablando
34	1	14	Duqne	Duque
45	2	38	en baile, en baile, bailemos; dentro estarémos mejor.	en baile , en baile , bailemos ; ahora alegrarnos debemos ; dentro estarémos mejor.
38	2	29	sin detencion.	sin detencion .
45	1	26	pues lo advierto	pues le advierto
46	2	11	Diga usted ?	Diga usted.
46	2	35	Hace una seña	Mallfort hace una seña
48	2	8	(Calla usted ? —halaguemos	Calla usted ? — (Halaguemos



DOS PELUCAS Y DOS PARES DE ANTEOJOS,

3

COMEDIA EN UN ACTO,

arreglada al teatro español por Manuel García Muñoz.

—

Personages.

EL VIZCONDE DE LUSTRAC.
EL CABALLERO DE SOURLIS.
LA CONDESA DE LUSSAN.
LUISA.
UN NOTARIO.
UN ALDEANO.
ALDEANOS, ALDEANAS.

La escena pasa en un castillo de la condesa á algunas leguas de Narbona.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un salon reducido, de la época, con puerta al foro, dos laterales, y una ventana.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA Y LUISA *asomada á la ventana.*

CONDESA. No ves nada todavía?

LUISA. No señora, el camino está desierto.

CONDESA. Veo que mi futuro esposo tiene tanto afan como yo en que se celebre nuestro casamiento.

LUISA. Cómo! os vais á casar?

CONDESA. Por mi desgracia.

LUISA. Por vuestra desgracia! quereis manteneros viuda toda la vida?

CONDESA. No me comprendes, Luisa. No me asusta el matrimonio, pero sí el marido.

LUISA. Teneis buen gusto para todo, y...

CONDESA. (Ah! si hubiese tenido yo que elejirle!) No conozco, no he visto jamas al que ha de ser mi esposo: si fuese ridículo, necio, irascible!... No sé mas que su nombre, y me debo enlazar con él hoy mismo, ántes de anochecer.

LUISA. Eso es terrible! casarse sin saber con quien!

CONDESA. No puedo decir que no; el cardenal Richelieu desea esta union, y los deseos de Richelieu son órdenes para mí. Su poder es sin límites, y mi tio al morir me dejó á su cuidado: es mi tutor, y desobedecer sus mandatos seria lo suficiente para incurrir en su desagrado, para escitar su cólera.

LUISA. Pero si la persona á quien os destina es de vuestra edad, amable...

CONDESA. Seria siempre un marido de real órden...

LUISA. Y el amor no se manda!

CONDESA. Al contrario, ese sentimiento ha de ser inspirado por la libre voluntad. — Si yo te dijese... (*Con misterio.*)

LUISA. Creo adivinar... sin duda el corazon que él intenta entregar á ese desconocido pertenece á otro!

CONDESA. Sí, Luisa. Sabes que desde que se murió mi marido vivo retirada del gran mundo, pero que hace un mes, por complacer al Cardenal, pasé á Paris! pues bien, una noche, en un baile, el mismo Cardenal me presentó un caballero con quien luego bailé: sus miradas no se apartaron un momento de mí; sentí hácia él una viva simpatía y... desde entónces no le he vuelto á ver mas. Tal vez él no se acordará de mí pero yo no he podido olvidar un solo instante aquella entrevista.

Luisa. Vos le amais!

Condesa. Creo que sí; pero este maldito casamiento me quita toda esperanza.

Luisa. Es preciso deshacerle: si no estuvieseis enamorada era ya diferente; pero dar la mano á quien no se conoce sintiendo latir el pecho por otro objeto!.. Qué entiende el Cardenal de amores? no le basta mezclarse en asuntos de la nacion que no le incumben, que hasta quiere reformar la cartilla de los enamorados? Que rece y reforme la iglesia que es lo que mas se conforma con sus años y su dignidad. Pues no faltaba mas!...

Condesa. No puedo desairarle, no puedo rehusar...

Luisa. Pues que rehuse el vizconde?

Condesa. Tampoco lo hará, porque tal conducta le proporcionaria un fuerte castigo.

Luisa. Los hombres tienen mas valor que nosotras. Quereis que se vuelva atras! si es viejo mostraos con él coqueta, vivaracha, caprichosa...

Condesa. No es mal medio: pero y si es jóven?

Luisa. Si es jóven, finjios vieja, fea, tomad rapé, poneos anteojos...

Condesa. Qué horror!

Luisa. Es muy duro, ya lo veo, para una jóven hermosa como vos finjirse vieja y fea, pero es el único medio para que rechace vuestra mano, el único medio para lograr quizá algun dia las ilusiones de vuestro amor.

Condesa. Sí, sí, tienes razon, lo haré así: pero los que me conocen qué dirán?

Luisa. Quien os conoce aquí? hace ocho dias que habeis llegado á este castillo, durante los cuales no habeis recibido á persona alguna de las del pueblo: por ese lado no hay peligro. Oigo el ruido de un coche: aquí están ya si no me engaño.

Condesa. Cómo me late el corazon!

Luisa. Ya abre el lacayo la portezuela; baja un jóven.

Condesa. Un jóven! tendré que ponerme el cabello gris y anteojos.

Luisa. Ahora baja otro caballero: qué viejo y qué feo es!

Condesa. Quién será de los dos mi prometido?

Luisa. Dejadme sola; yo los recibiré y trataré de indagarlo: si es el viejo entraré á componeros para que os presenteis con todo el esplendor de la coquetería, y si es el jóven...

Condesa. A ponerme horrible! Vamos pues. Ah! señor de Richelieu! jamás os perdonaré el hacerme tomar un disfraz que tanto me desagrada.

Luisa. Vamos! vamos!

ESCENA II.

LUISA, *á poco* EL VIZCONDE Y SOURLIS.

Luisa. A mi no me falta penetracion; por mas que disimulen pronto comprenderé quien es el... *predestinado*!

Sourlis. Por aquí Vizconde, por aquí: al fin veo á alguien. Buenos dias querida.

(*Queriendo abrazar á Luisa.*)

Luisa. Caballero! (*Retirándose un poco.*) (Qué franco es!)

Vizconde. Con mil diablos! no vayas tan de prisa que no puedo seguirte: uf! estoy sofocado! Te figuras que mis piernas están tan ágiles como cuando tenia quince años!

Luisa. (No puede ser el viejo... si no se puede mover!)

Vizconde. Cómo es esto! no sale nadie á recibirnos? (*Afectando que no ha visto á Luisa.*) no hay en esta casa criados? es esto un desierto?

Luisa. Qué se os ofrece caballero?

Vizconde. Ah! estabas ahí! (Ya lo sabia.) Me parece que á tu señora no se le hubiese caido un ala del corazon por salir á recibir al Vizconde de Lustrac y al noble caballero de Sourlis. — Nada respondes, bribonzuela?

Luisa. (Qué viejo tan estravagante!) La señora os esperaba mas temprano; de modo que no ha podido preveer...

Sourlis. Es cierto; hace veinte y cuatro horas que debiamos haber llegado: pero ya harémos lo posible por recobrar el tiempo perdido. Dime, muchacha, es jóven tu señora, es hermosa?

Luisa. Me haceis una pregunta á la que vos mismo os debeis contestar puesto que os casais con ella.

Sourlis. (Cree que soy yo el futuro.)

Vizconde. Vamos, vamos, basta de conversacion: avisa á tu señora que hemos llegado.

Sourlis. Y que ardemos en vivos deseos de verla.

Luisa. (Arde! este es el amante! vamos á disponer la peluca. — Pues no haria mal marido!) (*Mirando á Sourlis.*)

VIZCONDE. Todavía no te has ido maldecida!

LUISA. Voy, voy. (¡Qué salvaje es este viejo!)

ESCENA III.

EL VIZCONDE, SOURLIS.

SOURLIS. Estamos solos? — Sí. — Ja, ja, ja! Déjame reir! haces tu papel á las mil maravillas.

VIZCONDE. Ah! ya era hora de que se fuese: estoy sofocado!

SOURLIS. Qué bien imitas á un viejo ridículo!

VIZCONDE. Sí! pero si tuviese que durar esto mucho tiempo!... esta peluca me oprime las sienes; los anteojos me fastidian y no me dejan ver bien: ya me duele el cuerpo de encorbarme! Gracias á Dios que ahora me puedo enderezar! Cuántos trabajos tenemos que pasar para librarnos de una mujer!

SOURLIS. De una mujer que acaso á la preciosa cualidad de ser rica reuna la de ser amable y bonita.

VIZCONDE. De cualquier modo me es imposible casarme con ella porque no la amo, porque adoro...

SOURLIS. Adoras á quien viste un solo momento en Paris, en un baile, y que despues desapareció de la corte; á quien sin duda no volverás á ver.

VIZCONDE. Qué hermosa es! jamas la podré olvidar.

SOURLIS. Por fin tendrás que hacerlo: si hubieses escuchado mis consejos, no te hubieras dejado llevar de los ímpetus de tu pasion hasta el estremo de que el Cardenal Richelieu tomase cartas en el juego: él fué quien te presentó á aquella señora; ahora sabe que estás enamorado de ella, y se venga de tus calaveradas tocante á la política colocándote en la dura alternativa de dar la mano á esta noble Condesa de Lussan, ó de zamparte en la Bastilla. La cárcel ó una mujer! es muy duro el escojer.

VIZCONDE. He tomado ya mis precauciones: mi deseo es que ella se oponga á este enlace. Me parece que esta facha es capaz de asustar al que esté mas prevenido en su favor.

SOURLIS. Tú no conoces á las mujeres ni sus caprichos: muchas prefieren un viejo á un jóven... por razones... particulares.

VIZCONDE. Me haces temblar! Si se quiere casar conmigo á pesar de la edad, tal vez se oponga cuando conozca mi carácter: voy á fingirme adusto, colérico... y hasta si es preciso... (*Levantando la mano.*)

SOURLIS. Pobre Vizconde! me das lástima! ese es á veces el mejor medio de hacerse adorar.

VIZCONDE. Por último recurso cuento contigo: tú la informarás pésimamente de mí.

SOURLIS. Yo! calumniar á un amigo!

VIZCONDE. Te lo ruego en nombre de la amistad: dila que soy aun muy enamoradizo.

SOURLIS. Eso la contentará.

VIZCONDE. Que recuerdo y visito mis antiguas conquistas.

SOURLIS. Querrá atraerte con su amor.

VIZCONDE. Que soy jugador, libertino, tramposo.

SOURLIS. Pagará tus deudas, cerrará los ojos...

VIZCONDE. Vete al demonio!

SOURLIS. Tú no quieres convencerte; pero una mujer que encuentra esposo no le deja escapar tan fácilmente, y sobre todo esta que, ahora que lo pienso mas detenidamente, creo que ha de ser vieja y horrible.

VIZCONDE. Como! ¿qué te hace suponer...

SOURLIS. Una jóven no le hubiese encargado á Richelieu que le buscase esposo en la corte.

VIZCONDE. Es verdad! desgraciado de mí! Conque tú crees...

SOURLIS. Que está muy cerca el momento crítico, y que estoy dispuesto á ayudarte á salir de todos tus apuros.

VIZCONDE. Gracias, amigo mio, gracias!

SOURLIS. Aquí viene ya tu esposa.

VIZCONDE. No pronuncies ese nombre; me hiere el tímpano.

SOURLIS. Es una vieja! ya lo habia yo adivinado. Ja, ja, ja! qué chasco!

VIZCONDE. No te rias, maldecido; yo te quisiera ver en mi lugar.

SOURLIS. Ten cuidado; desempeña bien tu papel.

ESCENA IV.

DICHOS, LA CONDESA, LUISA.

(*La Condesa disfrazada de vieja con un traje sencillo, sale apoyada del brazo de Luisa.*)

CONDESA. Caballeros, espero que perdonaréis á la Condesa de Lussan el no haber salido á recibiros; pero el tocado de las que van á casarse es tan molesto!

SOURLIS. Señora !

VIZCONDE. (Respiro, no es ella.)
(*Aparte á Sourlis.*)

SOURLIS. (Será la mamá.) (*Id. al Vizconde.*) Al contrario, señora, nosotros debemos pediros que nos perdoneis el retardo....

LUISA. (No es verdad que es buen mozo?)
(*Ap. á la condesa.*)

CONDESA. (*A Luisa.*) (El Cardenal no ha sido tan cruel como yo creia.) Estais perdonados, señores; el rencor no puede abrigarse en mi pecho hoy que voy á mudar de estado.

SOURLIS. Cómo, señora! ¿sois vos...

CONDESA. (Ya tiene miedo.)
Aparte á Luisa.)

LUISA. (Ese efecto le producen los anteojos.)
(*Id. á la condesa.*)

SOURLIS. ¿Sois...

CONDESA. La Condesa de Lussan, caballero; vuestra futura.
(*Presentándole la mano.*)

VIZCONDE. (Oh, desgracia!)

SOURLIS. Señora, perdonad... Amigo mio, la condesa te presenta su mano.— (Qué mirada!)
(*Aludiendo al Vizconde.*)

CONDESA. (*Al Vizconde.*) ¿Sois acaso...

VIZCONDE. (*Bruscamente.*) El Vizconde de Lustrac vuestro futuro.

CONDESA. (Gran Dios! qué feo es!)

LUISA. (Era el viejo!)

CONDESA. (No querrá renunciar á mi mano!)

VIZCONDE. (Se creerá feliz conmigo.)

LUISA. (Tenga V. esperanza, señora.)

SOURLIS. (No temas; creo que no has producido en ella muy buen efecto.)

VIZCONDE. (Ay!)

CONDESA. (No me queda mas que un medio.) Sal, Luisa.

SOURLIS. (Pobre amigo mio!) Señora me retiro...

VIZCONDE. (Cómo, me dejas solo con ella! cruel!)

SOURLIS. (Es tu esposa, Vizconde.)

VIZCONDE. (Bárbaro!)

ESCENA V.

LA CONDESA, EL VIZCONDE.

VIZCONDE. (Esto es mas formal de lo que parece. Esperemos que ella hable.)

(*El Vizconde presenta una silla á la Condesa; se sientan los dos. La Condesa le ofrece tabaco.*)

CONDESA. (A donde me llevará esta locura! Yo tiemblo. — Nada me dice.)

VIZCONDE. (Estarémos así mucho tiempo?)

CONDESA. (Tendré que romper el silencio.) Caballero!..

VIZCONDE. Señora!

CONDESA. ¿Qué opinais...

VIZCONDE. Acerca de nuestro casamiento? lo mismo que vos; este es un casamiento... original.

CONDESA. ¿Le encontrais solamente...

VIZCONDE. Original. (Esto no me compromete.)

CONDESA. A mí me parece odioso, imposible de realizar.

VIZCONDE. Con que os parece odioso? odioso para vos!

CONDESA. No, para vos.

VIZCONDE. Permitid...

CONDESA. Dispensadme...

VIZCONDE. Un viejo como yo casarse con vos!

CONDESA. Una vieja con esta figura.... enlazarse con quien está todavía en la flor de su edad!

VIZCONDE. Una señora tiene siempre tantos atractivos!

CONDESA. El hombre nunca es viejo.

VIZCONDE. (Infame vestiglo!)

CONDESA. (No voy á poderme librar de él.) En la posicion en que estamos debo ser injénua con vos y confesaros todos mis defectos, todos mis vicios.

VIZCONDE. (Es lo único que la faltaba.)

CONDESA. Yo soy irascible; cuando me incomodo grito y no queda en casa títere con cabeza; soy un poco avara; juego; porque es tan dulce el enriquecerse! con los criados tengo la mano lista; soy descontentadiza... en fin, caballero, estoy segura de que os voy á hacer muy desgraciado.

VIZCONDE. (Tiene encima de sí todas las plagas de Faraon.)

CONDESA. Pues lo que he dicho es nada todavía...

VIZCONDE. Cómo nada?

CONDESA. (Qué mas diré!) Caballero, mi corazon siente, palpita aun como en su juventud; cuando paseo por mis bosques, el canto de un jóven vasallo, su voz dulce, su hermosa figura me encantan, me enamoran; pero no temais..... me venzo á mí misma. Ay! es tan grato á la luz de la luna, en medio del bos

que solitario oir los cantos tiernos de un enamorado!

VIZCONDE. (El demonio de la vieja, qué casquivana es!)

CONDESA. Supongo que cuando estemos casados, no me prohibiréis esos paseos nocturnos.

VIZCONDE. Señora!

CONDESA. Yo lucho, Vizconde, lucho, me venzo á mí misma.

VIZCONDE. Basta, señora, esas palabras son indignas de vos y de mí.

CONDESA. Con que rehusais mi mano?

VIZCONDE. Rehusar! nada de eso, no señora, quién piensa en semejante cosa! Rehusar á una union que colma mis votos, nunca. Esos son defectos leves comparados con los mios: vos si que habréis de tener paciencia conmigo, porque si sois avara yo soy pródigo con esceso, si os palpita el corazon de amor, parece que el vuestro y el mio se han fundido juntos; si teneis la mano lista, mi baston no lo es ménos; en fin, vos pensais hacerme desgraciado y os vais á encontrar mártir ántes de lograrlo.

CONDESA. (Este hombre es un mónstruo! Ah, señor de Richelieu, señor de Richelieu!)

VIZCONDE. Soy como vos aficionado á los paseos y á las muchachas lindas; esto me rejuvenece... como á vos: solo que yo... no lucho, no.

CONDESA. Caballero! eso es una infamia. Un decrépito...

VIZCONDE. Vos habeis dicho ántes que en nosotros no se conoce nunca la edad.

CONDESA. Acabemos, Vizconde, yo no os gusto!

VIZCONDE. Francamente, señora, no. —Perdonad...

CONDESA. Tampoco vos á mí: siento antipatía hácia vos.

VIZCONDE. Gracias, señora, gracias; librais mi corazon de un enorme peso.

CONDESA. Rehusad mi mano.

VIZCONDE. Lo mismo os iba á pedir.

CONDESA. Pues bien, caballero, ya que es preciso decirlo todo, sabed que semejante proceder abriria para mí las puertas de un convento.

VIZCONDE. Y para mí las de la Bastilla.

CONDESA. Si nos opusiésemos los dos...

VIZCONDE. Los dos seríamos castigados.

CONDESA. Qué harémos?

VIZCONDE. Oh! qué idea! ya estamos libres. — Casémonos.

CONDESA. Os burlais?

VIZCONDE. Escuchad: no tenemos que perder un instante si queremos lograr nuestro deseo. El Cardenal se encuentra enfermo en Narbona, á poca distancia de aquí; su edad es avanzada, tal vez se muera de un momento á otro. Qué es lo que él anhela? un casamiento. Pues bien, casémonos; pero de modo que el contrato no sea válido, que el escribano sea un amigo...

CONDESA. Comprendo: pero miéntras viva el Cardenal...

VIZCONDE. Serémos marido y mujer. — No os asusteis; yo nunca reclamaré mis derechos de esposo.

CONDESA: (Respiro.)

VIZCONDE. (Ya tendré yo harto cuidado de no reclamarlos.)

CONDESA. Cuando haya muerto Richelieu rasgarémos el contrato...

VIZCONDE. Y quedarémos libres: voy á avisar á mi amigo Sourlis para que se prepare á hacer de escribano.

CONDESA. Y yo corro á dar mis órdenes. Sublime pensamiento, sublime! (*Se marcha corriendo.*)

ESCENA VI.

VIZCONDE, *á poco* SOURLIS.

VIZCONDE. Señora! — Desgraciada! va á dar una caida: á su edad! correr de ese modo!... Pero... apresurémonos... en donde encontraria á Sourlis! Ah! maldita vieja! gracias á Dios que he encontrado una salida! Queria que yo despreciase su mano! Tiene pocas agallas para mí. — Ah amigo mio! el cielo es sin duda quien te envia. (*Viendo salir á Sourlis.*)

SOURLIS. Cuéntame, cuéntame; has hecho ya la corte á la que ha de ser tu mujer?

VIZCONDE. Mi mujer! mi mujer aquel medio siglo con peluca y gafas! quimerista, colérica, coqueta con sus arrendadores, que busca para sus sensaciones amorosas la noche, el brillo de la luna! Ja, ja, ja! pobre señora!

SOURLI. Te ries? mas vale así, serás un marido filósofo.

VIZCONDE. Un marido? sí; ya estás fresco.

SOURLIS. Te rechaza? ya no hay nada de casamiento?

VIZCONDE. Hay; pero yo quedo libre: cuento contigo...

SOURLIS. Como! qué es eso? á ver, á ver, esplícate mas claro.

VIZCONDE. Yo te conozco, sé que eres un buen amigo, y que no vacilarás en hacerme ese servicio: ya lo he coordinado todo; tu serás quien hará este casamiento; he dispuesto de tí.

SOURLIS. De mí! conque yo... Ja, ja, ja, bien hombre, bien, viva la broma! ya sabes cuan amigo soy de ella.

VIZCONDE. No se trata de bromas, esto es muy sério; lo he arreglado con la Condesa y solo falta tu consentimiento.

SOURLIS: Vizconde! si otro que tú me hablase así ya nos hubiésemos batido. (*con seriedad.*)

VIZCONDE. Como!

SOURLIS. Tratándose de una vieja con peluca, avara y coqueta por añadidura, tienes valor para proponerme... pídeme lo que quieras ménos ser marido de una crónica viviente.

VIZCONDE. Si solo quiero que me sirvas...

SOURLIS (*irritado.*) Pues yo no quiero hacerte ese servicio. Buena ganga me proporcionas!... una niña de sesenta años!

VIZCONDE. Si no te pido que te cases, quiero solo que nos cases.

SOURLIS. Cómo! soy yo acaso cura?

VIZCONDE. Estiende tu mismo un contrato con las condiciones que te dé la gana, nulas por supuesto; disfrázate de escribano, toma su carácter, y pronuncia el discurso de costumbre.

SOURLIS. Ah! vamos.

VIZCONDE. De ese modo me harás feliz.

SOURLIS. Eso es todo lo que deseas? Hombre, si te hubieses esplicado desde el principio! — Qué miedo me has hecho pasar.

VIZCONDE. ¿Con que consientes...

SOURLIS. Si, despues de quitarme la barba.— Ay! qué mal rato me has dado. — Tú verás qué bien desempeño mi parte! Tono patético, voz gangosa, maneras graves... Voy á disfrazarme: ¿pero en donde encontraré...

VIZCONDE. La Condesa te dará cuanto necesites.

SOURLIS. Con que ella ha consentido en este falso contrato! eres dichoso.

VIZCONDE. Con él engañamos á Richelieu, á los testigos y á la gente que este tiene pagada para presenciar la boda; y apénas muera el Cardenal estamos libres los dos de nuestra esclavitud.

SOURLIS. Bravo, bravo!

VIZCONDE. No te detengas, cuidado con fingir bien!

SOURLIS. Puedes estar tranquilo; aunque no debia hacerlo por el susto que me has dado; no me le voy á echar de encima en mucho tiempo; creo que me va á costar una enfermedad!

VIZCONDE. Pobre Sourlis!

ESCENA VII.

VIZCONDE.

Está gracioso con su miedo! pues si se hubiese visto en mi lugar! A no haber mediado este convenio hubiese tenido que casarme! Lo que temo ahora es el momento de descubrirle mi verdadera edad. Querrá aprovecharse de esta ocasion! Viendo que soy jóven se saldrá la vieja de sus casillas! Cuando yo la diga: señora, os he engañado, no tengo mas edad que... Ay! ella!... hum!... hum!... (*Tose.*)

ESCENA VIII.

LA CONDESA *con traje de boda ridículo*, EL VIZCONDE.

CONDESA. Ya todo está dispuesto.

VIZCONDE. Hum! hum!

CONDESA. (Tambien tiene asma! es un estuche de monerías.)

VIZCONDE. (Ay! aun está mas fea con adornos que de negligé: es un conjunto de preciosidades.)

CONDESA. Qué ha dicho vuestro amigo?

VIZCONDE. Ha ido á vestirse, señora: el contrato será nulo, tranquilizaos.

CONDESA. ¿Jurais por vuestro honor que veais lo que veais, suceda lo que suceda, no traspasaréis los límites de lo pactado, y que una vez firmado ese falso contrato jamas invocaréis los aparentes derechos que os concede?

VIZCONDE. Lo juro por cuanto querais, por mi honor, por mi fe, por mi existencia! —Pero exijo el mismo juramento de vos: podré esperar que vivirémos léjos uno de otro sin que exijais jamas nuestra union?

CONDESA. Lo juro.

VIZCONDE. (Gracias á Dios! Aun no las tengo todas conmigo.) Qué ruido es ese?

(*Se oyen música y voces.*)

CONDESA. Son los paisanos de estas cercanias.

VIZCONDE. Sí, *vuestros vasallos*, que vienen á celebrar *nuestra dicha*. Allí veo entre ellos á Sourlis disfrazado de escribano: bravo, magnífico !... qué listo es !...

CONDESA. (Gracias á Dios que ninguno de ellos me conoce !)

ESCENA IX.

DICHOS, UN ESCRIBANO, LUISA, ALDEADAS *y* ALDEANOS: *el escribano lleva gafas verdes.*

ESCRIBANO. Dios os guarde, señores. (*con voz gangosa.*)

UN ALDEANO. Venimos á ofreceros nuestros respetos.

CONDESA. Gracias, hijos mios.

ESCRIBANO. Cuando gusteis... (*Se sienta junto á la mesa y saca unos papeles.*)

VIZCONDE. (Es el demonio, nadie le conocerá; qué bien finje la voz!) (*Por el escribano.*)

ESCRIBANO. *Leyendo.*) Ante mí el...

VIZCONDE. Basta, basta: es inútil... está todo bien?

ESCRIBANO. Podeis estar tranquilo, caballero, yo respondo de ello.

VIZCONDE. Qué cabeza, qué cabeza!... (*sonriendo.*)

ESCRIBANO. Estoy muy ducho en esto.

VIZCONDE. (Es imposible reconocerle.)

ESCRIBAEO. Podeis firmar.

VIZCONDE. Señora, qué os detiene?

CONDESA. Firmad vos ántes.

VIZCONDE. A vos os toca.

ESCRIBANO. Los dos, los dos á la vez.

CONDESA. (Tengo miedo.) (*Aparte al vizconde.*)

VIZCONDE. (Nada temais, es un escelente cómico.)

ESCRIBANO. Ya estais unidos para siempre.

CONDESA. (No sé porqué pero tiemblo.)

VIZCONDE. Es admirable su aplomo! Querido, eres la perla de los escribanos.

ESCRIBANO. Eh!... qué? (*Con estrañeza.*)

VIZCONDE, Bien, muy bien! (*Riendo.*) Gracias! (*Apretándole la mano.*)

ESCRIBANO. Señor, no las merezco: (dinero quisiera yo.)

VIZCONDE. (Es imposible hacerlo mas al vivo.)

ESCRIBANO. Deseo á VV. muchas felicidades.

ALDEANO. Que Dios os haga buenos esposos!

CONDESA. Gracias, gracias. (Haz que les den de refrescar.) (*á Luisa.*)

ESCENA X.

EL VIZCONDE, LA CONDESA.

VIZCONDE. Como! se va! eso es querer llevar al estremo el fingimiento! no se espera á que le demos las gracias.

CONDESA. Estáis seguro de que ese escribano es vuestro amigo?

VIZCONDE. Segurísimo! no habeis visto á pesar de su cabello cano su aire picaresco? se ha disfrazado maravillosamente; pero le he reconocido. — La farsa está concluida, el Cardenal satisfecho, y nosotros libres. — Podeis continuar libremente vuestros paseos á la luz de la luna en busca de aventuras amorosas.

CONDESA. Y vos los vuestros en busca de las muchachas lindas *vasallas* vuestras.

VIZCONDE. Ja, ja, ja!

CONDESA. Ja, ja, ja!

VIZCONDE. Habeis creido que soy pródigo, libertino, maniático!...

CONDESA. Me habeis tomado por avara, colérica, coqueta!

VIZCONDE. Yo que soy todo lo contrario!

CONDESA. A mí que tengo el genio mas bondadoso que se conoce.

VIZCONDE, Yo os tenia por mas esperta.

CONDESA. Yo á vos por mas conocedor.

VIZCONDE. Me alegro de que esteis adornada de bellas cualidades; pero os he dado mi palabra de respetaros y la cumpliré.

CONDESA. Vos tambien teneis la mia.

VIZCONDE. Nosotros serémos dichosos viviendo separados.

CONDESA. Qué matrimonio tan feliz!

VIZCONDE. Ja, ja, ja! Cuantos nos envidiarán!

ESCENA XI.

DICHOS, SOURLIS.

SOURLIS. (*Entrando sin aliento.*) Ah! amigo mio! una silla, un sillon!

VIZCONDE. Qué tienes?

SOURLIS. Llego á tiempo no es verdad? todavía eres soltero; todavía lo sois vos!...

VIZCONDE. Qué quieres decir?

SOURLIS. Dios sea loado! no hay nada hecho!

VIZCONDE. Pero qué hay? qué sucede? habla por Dios.

CONDESA. Me haceis morir de impaciencia.

SOURLIS. El Cardenal lo sabia todo, todo lo habia previsto.

Condesa. Gran Dios!

Sourlis. Cuando venia yo disfrazado con mi traje negro dispuesto á casaros, siento sobre mi espalda el peso de una mano, vuelvo los ojos, y me encuentro cara á cara con Chavigny.

Vizconde. El capitan de guardias!

Sourlis. Todos nuestros pasos han sido espiados; Chavingny mismo me lo ha confesado: de modo que este para complacer á S. E., comprendiendo el fondo de mi transformacion, me ha detenido hasta ahora en nombre del Cardenal que acaba de llegar.

Condesa. Qué oigo!...

Vizconde. Segun eso tú no eres el que aquí hace poco...

Sourlis. Si me ha detenido Chavingny con guardias de vista cómo puedo haber sido yo!

Vizconde. Ah! me has perdido!

(*Cae sobre una silla.*)

Condesa. Yo muero!

(*Cae sobre un sillon.*)

Sourlis. Querido amigo! — Señora!... Ten valor!.... — (*Al vizconde.*) Por Dios! Seamos hombres alguna vez. (*A la condesa.*)

Condesa. (A Dios mis esperanzas, á Dios mi amor; toda mi dicha, todas mis ilusiones han desaparecido con ese maldito contrato.)

Vizconde. (Y mi hermosa desconocida, cielo santo!)

Condesa. (*A Sourlis.*) Me habeis perdido, caballero, perdido sin remedio: no os lo perdonaré en mi vida.

ESCENA XII.

EL VIZCONDE, SOURLIS.

Vizconde. Ella se queja! pues y yo!...

Sourlis. Tú! tú eres su esposo; es preciso que te conformes...

Vizconde. Pero no has visto aquella fisonomía con gafas, con peluca...

Sourlis. Ya te irás acostumbrando.

Vizconde. No me hables mas de eso que estoy para volverme loco. Vaya al diablo la vieja, Richelieu con todos sus planes y la hora en que vine aquí.

Sourlis. Un pensamiento me ocurre: Richelieu ha llegado, voy á echarme á sus piés, á suplicarle, á rogarle, y acaso logre que me entregue el contrato.

Vizconde. Sí, sí: y si te le dá rásgale, hazle mil añicos. — Corre, corre.

Sourlis. Haré uso de todo mi talento... oratorio.

Vizconde. Ojalá alcances que se apiade de mí.

Sourlis. Al instante vuelvo.

ESCENA XIII.

EL VIZCONDE.

Ah! si lograse... pero no, el cardenal es testarudo, no cederá. — No me queda mas recurso que huir! — Si esa mujer tuviese nada mas que cuarenta años ménos! — Cuanto mas lo pienso mas imposible me parece la realizacion de este enlace. Ella debe estar persuadida de su fealdad y su vejez! tal vez si se lo confieso todo..... — no lo ha de saber al fin? pues entónces á qué aguardo! cuanto ántes lo haga mejor. (*Se sienta y escribe.*) «Señora, yo os he engañado; estoy enamorado de una jóven hermosa, y no he perdido medio que condujese á evitar este casamiento *forzado* que debe unirnos para siempre: me he fingido viejo para que me rechazaseis y he tenido la desgracia de no conseguirlo. Ahora estamos ya unidos con lazos que nada puede romper, y solo me queda una esperanza; que no abusareis de nuestra posicion y que permitiréis que el que puede ser hijo vuestro viva separado de vos del modo que habíamos pactado. Favor que espero... etc. etc. El Vizconde de Lustrac.» — A ver, no hay un criado por aquí?

(*Va á tocar la campanilla y sale Luisa con una carta en la mano.*)

ESCENA XIV.

EL VIZCONDE, LUISA.

Luisa. Señor Vizconde...

Vizconde. Entrega esta carta á tu señora.

Luisa. La recibirá al momento; entretanto tenga V. S. la bondad de tomar esta de mi señora, quien le ruega que la lea en seguida.

Vizconde. (Me escribe!) — Está bien. — Llévale la mia.

ESCENA XV.

EL VIZCONDE.

Ya que no tengo por qué ocultarme me quitaré las gafas y la peluca. — Ah! ya respiro!

ya soy otro! estaria elegante con esos *adornos*! ya que nada logro con ellos para nada los necesito. Qué me querrá! veamos. (*Lee.*) «Caballero, yo os he engañado; mi corazon no me pertenece.» Es lo mismo que me pasa á mí. — «Por evitar nuestro casamiento, por disgustaros he ocultado mi juventud bajo el traje que habeis visto.» — Hola! «Os creo hombre de honor y pienso que no tratareis de ligar mi existencia con la de un anciano: nos debemos separar.» Parece que ha copiado mi carta! Es jóven! bonita tal vez! — Y qué me importa? yo no la amo; yo no la amaré jamas; mi corazon es de mi bella desconocida.

ESCENA XVI.

EL VIZCONDE, LUISA, *á poco* LA CONDESA.

LUISA. La señora condesa pide al señor vizconde un momento de audiencia.

VIZCONDE. Recibo en ello un honor.

LUISA. Calle! qué veo!

VIZCONDE. Siento aquí una opresion! Es jóven! no sé porqué, pero... Cielos! es ella!

CONDESA. Sois vos!

VIZCONDE. Ah! renace esperanza perdida! Quien hubiera imaginado que debajo de aquella horrible ficcion habia de ocultarse un corazon hermoso, un rostro angelical!

CONDESA. Caballero! (Es él! el que ví en el baile.) (*Bajo á Luisa.*)

LUISA. (Qué casualidad!)

VIZCONDE. Oh! yo voy á volverme loco! ¿Con que, vos sois...

CONDESA. Una espantosa vieja que tiembla á la sola idea de casarse...

VIZCONDE. Con quien se finje feo y viejo por amor hácia vos!...

CONDESA. Hácia vuestra esposa.

(*Presentándole su mano.*)

VIZCONDE. Ah!

LUISA. Ya no pensais en separaros?

CONDESA. El cardenal no lo permite.

(*Sonriendo.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. SOURLIS.

SOURLIS. (*Corriendo.*) Victoria, amigo mio, victoria. Ya estás libre de tu compromiso. — Ah! señorita!... (Quien es?)

(*Aparte al visconde.*)

VIZCONDE. Chit!

CONDESA. Seguid, caballero, seguid.

SOURLIS. Me ha costado mucho trabajo, pero al fin lo he conseguido; el cardenal ha cedido. «Yo creia, me ha dicho, hacer la felicidad de entrambos uniendo dos corazones nacidos el uno para el otro.» Era la única venganza que queria tomar de tí por tus críticas sobre su política; pero tanto le he rogado que al fin me ha entregado el contrato, el cual he hecho...

(*Haciendo ademan de romper algo con las manos.*)

VIZCONDE. Desgraciado! le has roto?

SOURLIS. Así me lo encargaste, y yo...

CONDESA. Cielos!

SOURLIS. (*Aparte.*) (Eh!...) (*Estrañando la esclamacion de la condesa.*) He querido proporcionarte la satisfaccion... Mira, aquí le tienes en mil pedazos.

(*Saca el contrato entero de la faltriquera.*)

VIZCONDE. Oh! gracias, gracias, amigo mio! Te presento á mi esposa.

SOURLIS. Tu esposa! cómo se esplica ese cambio?

VIZCONDE (*á Sourlis.*) Cuando la ví la adoré;
pero entónces no era vieja:
ahora que de serlo deja
la amo cual ántes la amé.
Es la misma... (*á Sourlis.*)

(*Sourlis hace un movimiento de asentimiento, como el que recuerda algo.*)

Por mi fé
puse pantalla á mis ojos.
Las *pelucas* y *anteojos*
sirvieron á nuestro intento!...

(*Al público.*)

Dadles vuestro asentimiento
y cesan nuestros enojos.

FIN.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de Febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el minimum la mitad. *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino de* 7 *de Febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art.* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art.* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literatura» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público, respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de Junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese además cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.